



1906: EL AÑO DE LA REFORMA MILITAR

ABSTRACT

El presente trabajo pretende dar una nueva mirada al proceso de “prusianización” del Ejército de Chile acontecido a fines del siglo XIX y comienzos del XX, colocando énfasis en la reforma del año 1906, que constituyó la culminación de ese mismo proceso. Varias han sido las interpretaciones de lo que fue la influencia alemana en el ejército chileno, que van desde las más halagadoras hasta las más críticas. En esta obra, el autor busca mirar este aspecto de nuestra historia castrense con la mayor objetividad posible, distinguiendo tanto sus éxitos como sus fallas. Como todo proceso histórico, no fue totalmente bueno ni constituyó netamente un fracaso, por lo que es necesario examinar todos sus aspectos para finalmente entregar una opinión que sea rigurosa y fundada.

SERGIO ROSALES GUERRERO
MAGÍSTER EN HISTORIA MILITAR Y PENSAMIENTO
ESTRATÉGICO (ACAGUE)

...habiendo sido informado de dónde se hallaban las manzanas del jardín de las Hespérides, atravesó la Libia. En aquel tiempo, el país era gobernado por Anteo, hijo de Poseidón, quien solía matar a los extranjeros forzándolos a la lucha. Habiendo sido forzado a luchar con él, Hércules lo abrazó, lo levantó en vilo, lo sometió y lo mató; porque de la tierra era de donde obtenía su fuerza, de allí que algunos dijeran que era hijo de la Tierra.

PSEUDO-APOLODORO; *La biblioteca*; 2. 5. 11.

PRESENTACIÓN

Hace algunos años, mientras cursaba estudios de postgrado en la Academia de Guerra del Ejército, vine a dar por casualidad con un ejemplar, uno de los pocos que hay en Chile, de *The Grand Illusion* de William Sater y Holger Herwig. El libro, publicado en 1999 por la Universidad de Nebraska, era presentado con una nota muy breve, al comienzo, que rezaba así: “*La gran ilusión* analiza el impacto de las instituciones militares europeas en Hispanoamérica en general y examina la denominada “Prusianización” del Ejército chileno en particular. Los autores se enfocan en el intento de Chile por importar y asimilar métodos, doctrina y material militar de origen foráneo. Para ello, revisan documentos de primera fuente, chilenos, austríacos, británicos y estadounidenses, con los cuales ofrecen una nueva interpretación de las reformas militares en Chile.”

Desde entonces el libro ha sido para mí mucho más que un material de consulta. Diría, en términos estrictamente intelectuales, que se ha transformado en un compañero espiritual. Con el paso del tiempo, no solo tuve la oportunidad de conocer a William Sater, sino que también la de añadir otras lecturas de su breve pero importante producción a mi acervo. Me refiero a la *Imagen Heroica en Chile: Arturo Prat, santo secular*, a su *Historia de Chile 1808 - 2002*, en colaboración con Simon Collier, y a su *Tragedia Andina – La lucha en la Guerra del Pacífico, 1879 – 1884*.

No es este el lugar para comentar la obra de él, menos si debo presentar este pequeño libro mío. Pero no puedo dejar de manifestar la enorme gratitud que siento hacia un historiador a quien he visto solo un par de veces en mi vida, y con quien he intercambiado alguna correspondencia dispersa, tocando estos temas una y otra vez, no tanto para poner a prueba el pensamiento de él en estas materias, sino que más bien para poner en aprietos mis propias ideas sobre la historia de Chile, y en particular la del Ejército.

Debo confesar que en este cometido he lamentado, hasta donde es posible hacerlo sin caer en la autoexculpación, el no haber sido un historiador profesional. Leer historia, aunque sea en abundancia, no es lo mismo que escribirla (que tampoco es lo mismo que hacerla). Mi

formación tiene dos características que pueden ser poco deseables en un historiador: 1) es autodidacta, y 2) es en exceso plural. Nada, en todo caso, con lo que no se pueda vivir, como diría Gabriel García Márquez, para contarla.

Y dejo para otro momento la continuación de lo precedente, esperando, eso sí, que no olvide el lector que mis convicciones se originan en las de otros, y que estos otros no han llegado a ser tantos. Si alguna razón tengo para suscribir la mirada de William Sater, en particular, es mi propia experiencia de más de treinta años sirviendo en el Ejército. Y lo que vi desde adentro es, si se me permite decirlo, *avant la lettre*, lo que vio él desde fuera.

Dicho lo anterior, debo agregar que la realización de este trabajo no hubiese sido posible sin la ayuda de la Academia de Historia Militar, en particular por medio de su fondo para proyectos de investigación de miembros académicos, a lo que debo sumar la generosidad de numerosas personas que a lo largo de la investigación me permitieron ya fuera comprender determinadas ideas o incorporar derechamente documentos o libros que en estricto rigor la completaron y, en algunos casos, la salvaron de coger caminos equivocados. La idea de que la historia es una sola senda esconde una pequeña gran verdad, y es que la historia no es una senda, es un laberinto.

Las siguientes personas contribuyeron en mayor o menor medida a mi trabajo y para ellos va mi agradecimiento más profundo: los historiadores Francisco Ballart, Enrique Brahm, Roberto Arancibia, y Cristián Guerrero, que me proporcionaron perspectiva y profundidad. A Eduardo Arriagada, de la Academia de Historia Militar, agradezco sus notas y comentarios siempre (no usualmente, sino siempre) aclaratorios. Al comandante Pedro Hormazábal, del Departamento Cultural Histórico y de Extensión del Ejército, que no solo me permitió revisar los pesados empastes de las listas de revista de comisario de los años 1906 a 1909, sino que además me dio la idea de hacerlo para constatar, sin asomo de duda, la verdadera fuerza de la I División Militar en esos años y, con ello, los verdaderos alcances de la reforma. Su inspiración y consejo solo quedaron igualados por su conversación y su colección inapreciable de cientos de pequeños detalles chejovianos que constituyen el sabor, antes que el color, de la historia del Ejército. A María Paz, que buscó, trasladó, y hasta fotografió aquellos empastes. Al personal de la Biblioteca Central del Ejército (ex Augusto Pinochet Ugarte), por su

paciencia con el peor lector que quepa imaginar (uno que ama los libros). Pongo aquí sus nombres, Nora, Ivania, Claudia, Julio. Al comandante Pablo Rodríguez, uno de los mejores amigos que uno puede aspirar a tener. Sus consejos e intuiciones sobre la trayectoria del Ejército en los siglos XIX y XX, diría que empapan cada página de este trabajo.

No podría dejar de mencionar a mi esposa, que vivió junto conmigo todas las etapas de la investigación, prestándome pacientemente su atención y, en ocasiones, hasta su agudeza para ponderar y sopesar mis sospechas más graves. Sé que debió esforzarse para tomar debida nota de un mundo que desapareció para siempre y que a muy pocas personas —ya sea de manera forzada o no— realmente interesa. Los historiadores, incluidos los profesionales, no solo escriben de noche, además lo hacen con su propia generación enseñándoles la espalda.

Dejo para el final a William Sater, pero solo para mencionar que la historia va dejando sentir su peso también sobre sus hombros y los de su mujer. Pese a ello, ha tenido la generosidad de contestar mis cartas y de reprochar abiertamente mis desaciertos y desvaríos. Él inspiró todo esto, finalmente. A partir de ahora los errores son solo míos.

INTRODUCCIÓN

Las guerras en las que no se lucha, no son guerras de las que se pueda salir victorioso, lo que es otra manera de decir que la guerra para los Ejércitos es una cuestión de sobrevivencia. Por contrapartida, Steven Pinker en *Los mejores ángeles de nuestra naturaleza*, nos muestra que para cada medida de violencia objetiva que se pueda ponderar, el siglo veintiuno marca un declive significativo. Tanto las guerras entre las grandes potencias, con mucho las más devastadoras, como las muertes en batalla en el período 1946 – 2016, han ido a la baja. La “Guerra empieza en la mente de los hombres,” se lee en un lema de Naciones Unidas. No obstante, agrega Pinker, “encontramos que la retirada de la guerra es más que una mera reducción en el número de guerras y en el número de muertes que ellas provocan; también podemos apreciarla en los preparativos que los países realizan para enfrentarla. El predominio de la conscripción, el tamaño de las fuerzas armadas, y el nivel global de gastos militares como porcentaje del PIB, todos han disminuido en las décadas recientes.”¹

Malas noticias para los profesionales de las armas.

El hombre, sin embargo, no puede excluir el recurso de la violencia de su bagaje de medios. Hacerlo significa otorgar una ventaja que, con el tiempo, se vuelve insalvable. Los ejércitos podrán reducirse, pero nunca extinguirse. La curva que describe Pinker es una buena noticia, a no dudarlo. Pese a ello, la guerra sigue siendo una asíntota, una curva que nunca toca el eje horizontal. Si bien es reducible hasta las menores proporciones concebibles, jamás desaparece.

Buenas noticias para los profesionales de las armas.

Pero aún mejores si se considera que la disuasión tiene hoy en día un complemento mucho más poderoso que el miedo, el interés, o el honor. Me refiero a la globalización. El intercambio, no solo comercial, que se ha apoderado del mundo, es el mejor seguro contra las

¹ Steven Pinker; *Enlightenment Now*; Viking; New York; 2018; p. 162.

guerras. Y su tendencia, si vamos a creerle a Pinker, es al alza tanto en número como en especie.

Hasta aquí entonces, este pequeño libro no debiera tener lectores. Salvo por el hecho de que seguirá habiendo ejércitos y que estos serán (vaya paradoja) cada día más costosos para las sociedades. Y salvo, también, porque las historias, a diferencia de los modelos T o los motores a vapor, nunca pasarán de moda.

La historia que se cuenta aquí se centra, pero no se reduce a, el año 1906. Y fija su atención en el Ejército de Chile, en particular en el proceso de reforma que significó cambiar las antiguas zonas militares por divisiones, en un intento por dar a estas últimas una mayor autonomía con relación al estado mayor general, tal como en la reforma precedente se buscó, con las zonas, separar a las unidades del mando que ejercían sobre ella las autoridades provinciales a través de las comandancias de armas.

Todo ello significó establecer nuevas relaciones de mando, nuevas designaciones, nuevas planificaciones, y todo un largo añadido que el lector irá explorando a medida que avance en la lectura del trabajo.

La reforma de 1906 no es la primera sino una más dentro de una larga serie que había comenzado hacia 1886. Ella significó cambiar al Ejército desde una concepción que lo veía como un ente que se construía según las circunstancias, y con tendencia a desaparecer casi al mismo tiempo que las crisis que lo despertaban de su letargo. La reforma implicaba ni más ni menos que mantener a un ejército en pie de guerra de forma permanente.

La ausencia o disminución de la amenaza no serían obstáculo para que no hubiera un ejército en pie de guerra, todo el tiempo. La idea no era original. En su momento, había sido importada de Europa, en particular de Alemania, e iba de la mano con la tendencia global que indicaba que los ejércitos, y las guerras para los que estos se preparaban, eran una alternativa reconocidamente válida para la solución de conflictos.

Por otra parte, Chile, para usar la expresión de Gonzalo Vial, era un país sitiado. Su realidad vecinal no era especialmente auspiciosa. El siglo XX iba a ser la mejor demostración

de que la posibilidad de no contar con un ejército permanente era una opción que no se hallaba libre de riesgos.

De modo que se organizó un ejército que asegurara la soberanía nacional frente a cualquier posibilidad vecinal de agresión.

Eso en cuanto a la organización. En cuanto a los medios, la historia así lo demuestra, fueron no solo escasos, sino que siempre se movieron por una pendiente que iba del *tener* al *no tener*, o entre *debe tener* y *falta para completar*. Para los sucesivos gobiernos del siglo XX, el Ejército solo representó una prioridad en la medida que una crisis hiciera su aparición sobre el horizonte. Benditas crisis: fueron los países vecinos, y en particular sus gobernantes, los que mantuvieron con vida al Ejército de Chile. Sus mejores aliados estuvieron allá afuera, del otro lado de la cordillera y del otro lado de los desiertos.

La narración que sigue tiene que ver con todo esto. Cómo se gestó la reforma de 1906 y de qué modo se fue llevando a cabo, quiénes fueron sus promotores, quiénes sus detractores, y por qué.

Comenzamos dando una mirada al Chile de aquel tiempo, para pasar en seguida a revisar el capítulo europeo de la reforma. Sus orígenes en el mundo prusiano, y su proyección por el globo hasta los sitios más remotos, son un componente que no debíamos pasar por alto si pretendíamos entender el fenómeno de manera integral.

Veremos también de qué modo se fue implementando, de tal manera de comprender sus efectos posteriores en la sociedad chilena, especialmente en las décadas de 1920 y 1930. Prusia, o Alemania después de las guerras de unificación, había alcanzado su propio modelo de ejército, fruto de un copioso agregado de aciertos y errores, avances y retrocesos. De allí que el modelo prusiano, más allá de los brillos y el lustre de sus uniformes, se nos aparezca lleno de cicatrices y costuras, pues se trataba del producto de una evolución. Era evidente que para el caso chileno no era necesario reinventar la rueda, pero eso tiene un costo. La rueda no nos ahorra el camino.

En definitiva, ¿era importable aquel modelo de una sola vez y para siempre? ¿Nos podíamos ahorrar los dolores de la evolución? ¿Qué fue lo que quedó, qué fue lo que se perdió en el intento?

Es lo que intentamos responder a continuación.

El final, si cabe adelantarlo, sigue abierto. No menos el pasado que el porvenir.

Santiago de Chile, 2017 – 2018.

CHILE EN 1906

El 6 de agosto de 1906 ocurrió un hecho singular. El capitán de corbeta Arturo Middleton Cruz, a la sazón jefe de la sección meteorológica de la Armada de Chile, publicó en *El Mercurio* de Valparaíso un pronóstico que a los pocos días se haría realidad: se trataba del terremoto que azotaría al puerto diez días más tarde, dejando un saldo de más de dos mil muertos, decenas de miles de heridos, además de graves daños en infraestructura y servicios. La predicción del capitán Middleton se basaba en la conjunción de la Luna con Neptuno y el Sol, lo que determinaba la formación de un círculo de peligro cuyo punto crítico caía en las inmediaciones del puerto. Aún hoy la predicción sigue produciendo asombro, pese a que se trataba, en el mejor de los casos, de un golpe de suerte mezclado con ignorancia, superchería, y nuestra inveterada necesidad de construir mitos.² Pese a todo, la idea de que era posible predecir un fenómeno geológico fijando la vista en otros de tipo astronómico a nadie pareció extrañarle, ni entonces ni ahora. Por otra parte, ese mismo año, unos meses antes, el 12 de mayo, se publicaba un Reglamento Orgánico en que se “explicaban y deslindaban las atribuciones de los diversos departamentos y secciones del Ministerio, y de los establecimientos e institutos militares,”³ y que ponía en marcha la reforma a la organización del Ejército, hito al que con el tiempo se denominó reforma militar de 1906. Tal hecho, igualmente singular, con todo lo significativo que iba a resultar para la historia del siglo XX chileno, careció de profetas. No hubo un capitán Middleton que augurara lo que iba a ser de aquel punto en que coincidían las trayectorias del mundo prusiano con la del mundo chileno, a lo largo de la costa del Pacífico sur. Por el contrario, nadie llamó a la reforma proceso en el sentido que le damos hoy. El año de marras se hablaba de la necesidad de reformas y de la

² Véase al respecto, Revista de Marina N.º 894 (septiembre – octubre de 2006); en <https://goo.gl/PqbGoG>; acceso: 13/3/2018; Manepedia; Valparaíso, 1906, *El terremoto que la Armada predijo*; en <https://goo.gl/Us5xds>; acceso: 13/3/2018; Santiago Cultura; *17 de agosto: El día después del terremoto de 1906*; en <https://goo.gl/k8bQab>; acceso: 13/3/2018. Puede consultarse también una interesante monografía del profesor y físico chileno José Luis Giordano, de la Universidad de Talca, titulada *La Predicción del terremoto de 1906. ¿Ciencia o fantasía? Una aproximación a la historia perdida bajo la leyenda del Capitán Middleton*; Editorial Académica Española; 2013; además, en Gonzalo Vial; *Historia de Chile (1891-1973) Triunfo y decadencia de la oligarquía (1891 – 1920)*; Santiago; Editorial Santillana del Pacífico S. A. de Ediciones; 1983; p. 426.

³ Memoria del Ministerio de Guerra (en adelante, Memoria de Guerra); Santiago de Chile; Imprenta del Ministerio de Guerra; 1907; p. 3.

necesidad de reformar antes que del asunto en sí: “Cada día es más urgente *reformar* esta ley [de reclutas y reemplazos],”⁴ “[e]n la Oficina de Partes se ha adoptado una sola numeración para los decretos, y en los libros de correspondencia se han hecho algunas *reformas...*”⁵, “[p]or lo que respecta a los contadores... se impuso todo lo concerniente a la *reforma* en el sistema de contabilidad militar...”⁶. O en párrafo aparte: “Una *reforma* muy ventajosa para el Fisco, que se podría introducir en todos los cuarteles de la República, es el establecimiento de una lavandería a vapor en cada cuartel.”⁷ O esta otra, todavía más original: “Una de las *reformas* introducidas en la ropa de brin recientemente entregada, es la supresión de los bolsillos (aunque en la blusa vienen señaladas las carteras).”⁸ Sin embargo, había una reforma a la que se aludía con insistencia, calificando su modificación de “necesidad imperiosa.” Nos referimos a la ley de reclutas y reemplazos que ese año, el de 1906, dejó de cumplir el cincuenta por ciento de los llamados, lo que demostraba a todas luces “el mal cumplimiento de la ley,”⁹ y hacía presagiar —esta vez sí— el pleno desprestigio en que ella caería de mantenerse el estado de cosas vigente.

Pese a ello, una reforma es una apuesta que supone de un lado un problema y del otro una solución. Y una apuesta supone un escenario futuro en el que el problema que se corrige por acción de la reforma ya no se dará de la manera en que se daba antes. En estas circunstancias, ¿qué esperaban los reformadores que ocurriera? En un editorial del diario *El Mercurio* de Santiago, aparecido en octubre de 1926, en recuerdo de los cuarenta años de la llegada del primer instructor alemán a Chile, se hablaba de la clarividencia y previsión de los gestores. ¿El objetivo?, “renovar los métodos de instrucción, la táctica y la organización del Ejército que, puestos a prueba en la guerra del Pacífico, habían demostrado prácticamente, a pesar del triunfo, no estar de acuerdo con los adelantos que los elementos bélicos habían alcanzado hasta entonces.”¹⁰ Todo parecía indicar que el objetivo se había logrado, salvo por

⁴ *Ibíd.*; p. 5.

⁵ *Ibíd.*

⁶ *Ibíd.*; p. 18.

⁷ *Ibíd.*; p. 25. (La cursiva es mía.)

⁸ *Ibíd.*; p. 106. (La cursiva es mía.)

⁹ *Ibíd.*; pp. 88-9. En la memoria correspondiente al año 1905, el general Emilio Körner anotaba: “Como ya he expresado en la memoria del año anterior, el cumplimiento de la ley de reclutas y reemplazos se infringe de una manera alarmante. Es hoy de una necesidad imperiosa activar la revisión de la Ley de Servicio Militar.” Memoria de Guerra; 1906; p. 13.

¹⁰ VV.AA.; *La instrucción alemana en Chile. Recuerdos de cuarenta años*; Santiago de Chile; s.p.i.; 1926; p. 1.

un aspecto que una nota sombría subrayaba al final: “Recordemos en el día de hoy esa inmensa labor de cuarenta años... pero no olvidemos que la última contienda europea ha impuesto la necesidad de una *nueva* reforma que debemos afrontar sin prejuicios, sin vacilaciones y sin espíritu versátil.”¹¹ La clarividencia se había quedado corta, salvo en el hecho de que la victoria en la guerra no había alcanzado a nublar la vista de dos de sus más señaladas figuras, el almirante Patricio Lynch y el general Emilio Sotomayor, entre otros.

El país, por su parte, más extenso y mejor asentado en su idea de unidad, daba muestras, en 1906, de salir —aunque a tirones— de los problemas de balanza comercial de los años precedentes,¹² y aun así, no conseguía entrar todavía en la era industrial con el paso largo y seguro de las grandes potencias, por lo que le resultaba extremadamente difícil tener que lidiar con la interdependencia que tensionaba a las economías más débiles, especialmente por el hecho de que las crisis se sucedían con mayor periodicidad. Si bien la sociedad industrial resultaba más próspera en todo sentido que su precedente comercial, también resultaba más inestable, y lo era todavía más cuando menos se sabía acerca de cómo debía funcionar. La ciencia económica iba muy por detrás de la matemática, la física y la química, de allí que el diagnóstico cargado de ironía de Encina en *Nuestra inferioridad económica* resultara, antes que provocador, certero: “En torno de las balanzas comercial y de cuenta, se ha formado entre nosotros... un enredo difícil de desenmarañar, sin largas consideraciones y sin alguna preparación de parte de los lectores. La superficialidad y las lecturas mal digeridas..., el deseo de servir determinados propósitos monetarios... y el invencible apego a los postulados a priori... han concluido por formar un laberinto dialéctico delante del cual [cabe preguntarse] si los que discuten se entienden o no a sí mismos.”¹³ Si bien se trataba del estado de cosas propias de una sociedad que explotaba minerales con una capacidad que se hallaba más a sus anchas en el cultivo y explotación de la tierra, no dejaba de observarse un desarrollo industrial que pivotaba sobre el término de la guerra del Pacífico, con la “diversificación y ampliación de la industria manufacturera. De las casi 2.500 fábricas que existían en el país hacia 1895, alrededor del 42% de ellas se había creado en los últimos cinco años. Para 1920 las fábricas

¹¹ *Ibídem*; p. 2. (La cursiva es mía.)

¹² Véase Francisco A. Encina; *Nuestra inferioridad económica*; Santiago; Editorial Universitaria; 1981; p. 225 y ss. (La cursiva es mía.)

¹³ *Ibídem*; p. 225.

habían sobrepasado las 2.700 y había más de 4.600 talleres artesanales y pequeños obrajes.”¹⁴ De allí la “creciente afluencia de capitales británicos a la industria salitrera,”¹⁵ o de capitales norteamericanos “en la explotación de cobre de baja ley.”¹⁶ Pese a la lentitud, “a la industria manufacturera le iba bastante bien. Entre 1880 y 1900, la producción industrial creció a una tasa anual del 2.1%, la cual aumentó a un 2.9% en la década siguiente.” Las causas de esta expansión se debían “a las demandas de una creciente población urbana y de la zona del salitre. Sin embargo, tan importante como lo anterior fue la formación de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) por parte de industriales chilenos en 1883.”¹⁷

En lo monetario, el país recién entraba en la senda del papel moneda, carecía de Banco Central, y, más importante aún, de la costumbre del circulante. Fue la época “en que se constituyeron sociedades de todo tipo, en especial mineras, y en que, con el auge de la Bolsa de comercio, Viña del Mar creció a pasos agigantados. También las especulaciones se volcaron hacia otros proyectos de urbanización... El costo de la vida, a su vez, subió rápidamente, afectando con dureza a los asalariados, protagonistas de numerosas huelgas.”¹⁸ En suma, el país se aceleraba por encima de sus límites de velocidad. “En todo el curso conocido de la historia,” escribe Encina, “el poder de los genios políticos jamás ha ido más allá de dar forma... a algunas de las posibilidades implícitas en las propias fuerzas sociales... Más aún, la conciencia social solo registra los cambios cuando han tomado forma concreta, o sea, cuando ya se han realizado.”¹⁹ Quizá por lo mismo, los verdaderos protagonistas de la república parlamentaria van a ser la inflación y la política monetaria. El viaje de ida y regreso al patrón oro se iba a recorrer más de una vez a lo largo del período. Las fluctuaciones en el precio del salitre unidas a una política errática, o a lo que Collier y Sater denominaron “parálisis política del régimen parlamentario” dificultaban cualquier innovación. “Concebir políticas [económicas] alternativas no era difícil, pero resultaba casi imposible llevarlas a la práctica.”²⁰

¹⁴ Osvaldo Silva Galdames; *Breve historia de Chile*; México, D.F.; Fondo de Cultura Económica; 1995; p. 279.

¹⁵ Sergio Villalobos, Osvaldo Silva G., Fernando Silva G., Patricio Estellé M.; *Historia de Chile*; Santiago; Editorial Universitaria; 1974; T. 4; p. 621.

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ Simon Collier, William Sater; *Historia de Chile. 1808-1994*; Cambridge; Cambridge University Press; 1998; p.149.

¹⁸ *Ibíd.*; p. 630.

¹⁹ Francisco A. Encina; *Historia de Chile – T. 20*; Santiago; Editorial Nascimento; 1952; p. 348.

²⁰ Simón Collier, William Sater; *ob. cit.*; p. 151.

En el mundo agrícola, la producción y la propiedad de la tierra parecían habitar mundos opuestos. En 1900 las haciendas abarcaban el 75% de la tierra, con una participación en la producción total equivalente al 66%. Para 1917 más de la mitad de toda la tierra se hallaba en manos del 0.46% de los propietarios.²¹ Por contrapartida, cerca del 60% de todas las propiedades ocupaban menos del 1.5% de la tierra. Los grandes propietarios, dueños ya del mayor espacio cultivable, tenían pocos incentivos para producir. El país se vio obligado a importar alimentos.²²

En 1907, al año siguiente de la promulgación del Reglamento Orgánico que aquí nos ocupa, la población del país ascendía a 3.249.279 habitantes, de los cuales 134.524 eran extranjeros —peruanos en su mayoría, casi todos ellos residentes en la provincia de Tacna.²³ El 40% de la población sabía leer (una cifra interesante si se tiene en cuenta que el alfabetismo en el mundo se alzaba hasta un magro 21.4%. En Argentina el índice se acercaba al 60% —lo alcanzaría en 1910—, y el de Perú al 30%),²⁴ y el 43% residía en zonas urbanas. La escolaridad alcanzaba a las 220.000 personas, de las cuales 160.000 (72%) correspondían a la educación primaria pública, mientras que solo 2.000 cubrían las vacantes que ofrecía la educación superior estatal (75%) y privada (25%). Las ciudades más populosas eran Santiago (332.000), Valparaíso (193.000), y Concepción (105.000).²⁵ El PIB real superaba levemente los dos billones de pesos, de los cuales trescientos noventa y ocho mil millones provenían de la minería (18.5%), seguida de la construcción (doscientos sesenta y un mil millones) y la manufactura (doscientos cincuenta y un mil millones).²⁶ La producción minera más relevante la

²¹ No se trataba de un caso aislado. La distribución de la tierra y su tendencia a la concentración parece ser una pista resbaladiza para realidades tan distantes y distintas como, por ejemplo, España, Inglaterra o Japón. En el caso del primero, que está en la base de nuestro modelo de sociedad, en 1930, el 4% de los terratenientes eran dueños de dos tercios de la tierra cultivable, y el 0.1% más rico era dueño de un tercio del total. Tomado de William J. Bernstein; *The birth of plenty. How the prosperity of the modern world was created*; New York; McGraw-Hill; 2004; p. 258.

²² Simon Collier, William Sater; ob. cit.; p.148.

²³ Preferimos basarnos en el censo de 1907. El anterior era de 1887. En Memoria Chilena: Censo de 1907; Internet: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-92761.html>; acceso: 23/4/2018. (Por la misma época, Perú se aproximaba a los cuatro millones de habitantes, en tanto que Argentina pasaba ya de los seis millones.)

²⁴ Our World in Data; <https://ourworldindata.org/world-population-growth>; acceso: 24/4/2018.

²⁵ José Díaz, Rolf Lüders, Gert Wagner; *La República en cifras. Chile 1810 – 2010. Historical Statistics*; Santiago de Chile; Ediciones U.C.; 2016; p. 606 y tablas asociadas.

²⁶ *Ibidem*; p. 59 y ss. En adelante, todas las cifras en pesos equivalentes del año 2003.

representaba el salitre con un millón ochocientas mil toneladas (65%). El PIB per cápita llegaba a los 672.000 pesos.²⁷

En 1906 no existían la estación Mapocho (1913), ni la Biblioteca Nacional (1924), ni el Palacio de Bellas Artes (1910), ni el Club de la Unión (1924). La revista ilustrada *Sucesos* se hallaba recién inaugurada (1903), igual que *Zig-Zag* (1905), pero no existían ni *Selecta* (1909), ni “el notable *Pacífico Magazine*” (1913).²⁸ El sistema de tranvías se hallaba recién electrificado (1900), y en 1903 la *Chilean Electric Tramway* “había aumentado a casi 97 kilómetros el tendido de líneas” en la capital. Aunque había un número significativo de teléfonos, en Chile se enviaban un promedio de 643,22 telegramas por cada mil habitantes, y 24,51 piezas postales por habitante²⁹ (una carta podía tardar hasta ocho días en llegar a Valparaíso desde Santiago, “si es que llegaba”).³⁰ No había cobertura urbana de agua ni de alcantarillado, tampoco de electricidad. No había vehículos motorizados, pero sí había 4.800 kilómetros de vías férreas, muchas de ellas privadas (50.7%).³¹ En cuanto a los caminos, estos no experimentaron grandes progresos en la época que nos ocupa. La mayor parte de ellos era de tierra, algunos públicos (600), con 23.000 kilómetros, y otros vecinales (1.500), con 18.000. Muchos no pasaban de ser senderos, llenos de piedras y baches, a duras penas conservados por el trabajo de los llamados *camineros*. “Esto se explica por la persistente y ambiciosa política ferroviaria, y por la costosa mantención de una red vial de cierta importancia. Por otra parte, el tímido comienzo del transporte automotriz fue un estímulo excesivamente débil como para otorgar prioridad a las obras camineras.”³²

²⁷ *Ibíd.*

²⁸ Simon Collier, William Sater; ob. cit. p. 165.

²⁹ José Díaz, Rolf Lüders, Gert Wagner; ob. cit.; p. 186.

³⁰ Simon Collier, William Sater; ob. cit.; p. 163.

³¹ *Ibíd.*; p. 177.

³² Sergio Villalobos *et al.*; *Historia de Chile*; ob. cit.; ed. 1995; p. 645.

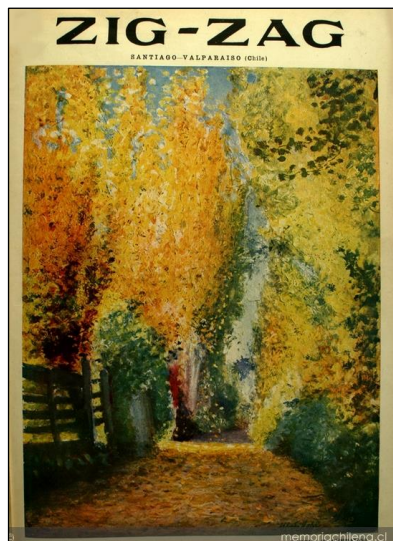


Figura 1. Portada del número 59 de la revista Zig-Zag, publicada el 13 de mayo de 1906, un día después de promulgado el D.S. 702 con la nueva organización del Ejército.³³

Zig-Zag fue pionera entre las publicaciones magazinescas en Chile. En sus páginas iba a quedar registro de la vida social del país de la que, inevitablemente, iba a formar parte el Ejército.

De los datos anotados hasta aquí, resulta fácil comprobar que el país avanzaba por detrás de las grandes potencias, pero muy por encima del promedio mundial en materias como alfabetismo y escolaridad. Por otra parte, si bien el proceso industrializador resultaba lento, era un hecho que la producción se asentaba en los nichos mineros, de la construcción, y la manufactura. Ellos se transformaron en los polos que atrajeron cada vez con mayor dinamismo a la población desde el campo a la ciudad. En Chile, la población urbana sobrepasaría a la rural hacia 1940, en tanto que en el concierto mundial dicho proceso acabaría recién en la primera década del siglo XXI.³⁴ Ello invariablemente significó un colapso para las ciudades que no dieron abasto con la llegada de este creciente número de inmigrantes. La agricultura se veía desplazada por nuevas formas de producción, a las que se añadían el comercio, los servicios, y la burocracia fiscal.³⁵ Con los años, las múltiples tensiones que este nuevo modelo de sociedad iba a generar, daría lugar a la denominada “cuestión social.” Del choque de todas ellas iba a nacer la clase media chilena, estamento a un tiempo amplio, variado y creciente,

³³ Memoria Chilena; en <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-85044.html>; acceso: 22/3/2018.

³⁴ Our World in Data; acceso: 24/4/2018.

³⁵ En paralelo, este reemplazo del estamento social basado en el trabajo y la generación de riqueza antes que, en el linaje y el abolengo, iba a desplazar el eje del ascenso social hacia otras escalas, no menos eficaces y bastante más flexibles. En este sentido, la “administración pública, pequeña en número, pero con tendencia irrefrenable a crecer, ofrecía posibilidades para ello a través de ministerios, servicio de correos, oficinas de aduanas, tribunal de cuentas, etc. El Ejército parece haber sido más efectivo que el sector burocrático como cooperador a la ampliación de los grupos medios.” En Sergio Villalobos et. al; ob. cit.; ed. 1995; p. 678.

que en parte se iba a originar en, y en parte iba a servir de fuente nutricia para el Ejército desde entonces hasta nuestros días.

Este vistazo rápido nos permite sostener que 1906 fue un año más propio del siglo XIX. Es antes que un salto a la modernidad, un adentrarse del pasado más reciente en ella. Una especie de prolongación que se advierte en la moda, las costumbres, el lenguaje y en la proximidad de las cicatrices que mostraba el país: una guerra exterior y una guerra civil en menos de diez años. Más aún, todavía en 1906 quedaban veteranos de la guerra contra la Confederación peruano-boliviana exhibiendo sus medallas. Sigo en esto al historiador René Millar, no tanto por semejanza de ideas como por una cuestión de convicción. Para él como para este autor, el siglo XX chileno recién va a tomar forma en la década de 1920: comienza esa década revuelta con la movilización del Ejército al norte, sigue la fundación del partido comunista, y se dicta una nueva constitución para el país. Hechos aislados por fuera pero dramáticamente entretreídos por dentro. “Los grandes cambios se produjeron en la década de 1920,” anota Millar, “[a]hí es cuando podemos decir que hay un Chile diferente... ¿Por qué? Porque toda una serie de fenómenos que formaban parte de la historia tradicional del Chile decimonónico cambian en la década de 1920; no se alteran de manera fundamental en 1900 sino que lo hacen en la década de 1920.”³⁶

Por lo tanto, 1906 es un año que se inscribe en este gran marco que prefigura o prologa el contenido de una sociedad en transformación. Es por eso por lo que la estabilidad de entonces parecía más afín a un cielo encapotado que a una tarde primaveral.³⁷ El parto que iba a dar a luz a la clase media era el efecto de este desnivel que hemos venido dibujando y que ponía a las ciudades en la parte más baja del tobogán, como recipientes que atraían desaprensivamente al mundo rural, pero sin poder acogerlo del todo. Las revoluciones sociales suelen ser el producto no tanto de la insatisfacción que produce un cambio como del hecho de que este se da siempre antes de tiempo. El cambio, para decirlo de otro modo, es siempre prematuro. Por lo mismo, los estallidos iban a resultar inevitables, y a falta de profetas que lo

³⁶ René Millar C.; *El Ejército en la década de 1920*; en Centro de Estudios e Investigaciones Militares; II Jornada de Historia Militar; Santiago; CESIM; 2005; p. 78.

³⁷ Aun así, sostiene Bernardino Bravo Lira, hasta “principios del XX, bajo el régimen parlamentario, Chile se encontraba entre los países más estables del mundo, después de Inglaterra y Estados Unidos.” En *Una Historia jamás contada. Chile 1811 – 2011*; Santiago; Origo Ediciones; 2017; p. 305.

advirtiesen íbamos a encontrarnos con un desfile de intelectuales (Venegas, Letelier, McIver, entre otros)³⁸ que iban a denunciar con mayor o menor realismo los dolores y las cicatrices que caracterizaban al sujeto marginal. Este movimiento inercial que desplazaba a masas de personas en busca de mejores condiciones de vida, andando el tiempo se iba a desgranar en cientos de pequeñas microhistorias o casuísticas, de las que los partidos políticos oportunamente iban a sacar provecho. Así, la Convención Radical de 1906 se vivificaba en Santiago con la savia, “principalmente, de profesionales, profesores, empleados particulares, en suma, capas medias, mientras en Concepción —escribe Mario Góngora— y en el Norte Chico eran el partido de los grandes propietarios [que] encaran resueltamente la gran controversia [entre] individualismo y socialismo.”³⁹ Como si de pronto hubiesen surgido dos países en uno o el uno se hubiese dividido en dos, Santiago representaba la forma más avanzada de cambio social. Es un hecho que en la primera década del siglo XX los partidos, no solo el radical, van a apelar a, y a nutrirse de, este germen de clase media capitalina. Las ciudades son grandes atractores, puntos hacia los que convergen las personas en toda su amplia variedad. En las ciudades nace el marxismo. En las ciudades nace también el liberalismo. El laicismo es un producto eminentemente urbano (lo que, de paso, determinó el nacimiento del radicalismo como escisión del partido Liberal en 1863),⁴⁰ y, como tal, una nueva forma de confrontación, otro nuevo actor que sumariamente se incorpora a la consigna urbana.

Este el caldo primigenio del Chile moderno. Y su carácter más relevante es el espacio fronterizo, esa tierra de nadie en que germinará la semilla de la clase media que tendrá en el mismo Ejército a un interesante motor de inserción y movilidad social. El historiador estadounidense John R. Bawden, puntualizaba que ya en la década de 1950

los estudiosos subrayaban el origen de clase media de los cuerpos de oficiales latinoamericanos. John J. Johnson señalaba que las razones prácticas por las cuales los jóvenes se incorporaban a las fuerzas armadas eran el estatus, los beneficios corporativos, y la pensión. Observó que gran parte de la oficialidad más joven provenía de las provincias, pero que ya como tenientes o capitanes aspiraban a casarse con las hijas de las familias más acomodadas de la capital. Al mismo tiempo, oficiales de

³⁸ Véase Mario Góngora; *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*; Santiago, Editorial Universitaria; 2013; p. 129 y ss.

³⁹ Mario Góngora; ob. cit.; p. 137.

⁴⁰ En Bernardino Bravo Lira; ob. cit.; p. 276.

alta graduación podían esperar asistir a fiestas y recepciones de la alta sociedad, y tener acceso a los líderes de la nación.⁴¹

Como fuese, de ese naciente espacio intermedio va a nutrirse el estamento militar para completar sus cuadros de oficiales año tras año. Si bien las clases más acomodadas estarán representadas en el mundo castrense, el grueso va a salir de este mundo urbano en formación. Hijos de comerciantes, de artesanos, de profesionales, se darán cita en los cuarteles e irán a formarse como hombres de armas.

El Ejército se encargará de amoldarlos, de ajustarlos a consignas y a valores nacionales intransables. Y la unidad de doctrina irá paulatinamente velando los orígenes, reemplazándolos por la vara del mérito que, antes que cualquier otra, es la que da la medida del hombre. “Es posible que ya en la segunda mitad del siglo XIX,” escribe en esta misma vena Fernando Silva Vargas, “estuvieran diseñados los caminos que habrían de estimarse más idóneos para el mejoramiento social... El ejército parece haber sido más efectivo que el sector burocrático como cooperador a la ampliación de los grupos medios. No era raro el caso de quienes, iniciados en calidad de soldados, podían alcanzar la categoría de oficiales con bastante rapidez.”⁴²

El relato de Olegario Lazo Baeza, *El Padre*, cuenta, precisamente, la historia de un hombre pobre (“un viejecito de barba blanca y larga...”) que va a visitar a su hijo que es un joven oficial prestando servicios en un regimiento de caballería. Como buen padre que es, le lleva una gallina en un canasto preparado especialmente para él (“¡Ja, ja, ja!... Sí. Cazuela..., pero para mi niño.”) Al acercarse a donde su padre lo esperaba, el hijo lo saluda fríamente: “—¡Qué ocurrencia la suya...! ¡Venir a verme...! Tengo servicio... No puedo salir.” El hombre queda “desconcertado, tembloroso... Dijo adiós y se fue arrastrando los pies.”⁴³ Este quizá sea el más triste de los cuentos que escribiera Olegario Lazo, esa obra maestra —escribe

⁴¹ John R. Bawden; *The Pinochet Generation*; University of Alabama Press; 2016; p. 5. Otro aspecto importante, según el mismo autor, será la representatividad que alcanzarán, junto con la extracción social, las poblaciones de inmigrantes, especialmente alemanes, ingleses, italianos, franceses, sirios, y yugoslavos, a los que habrá que agregar su origen religioso: “dos luteranos de habla alemana se unirán en su momento a la Junta: Fernando Mathei (Fuerza Aérea) y Rodolfo Stange (Carabineros).” *Ibidem*.

⁴² Sergio Villalobos *et al*; *Historia de Chile*; ob. cit.; p. 678.

⁴³ Olegario Lazo Baeza; *El padre*; en *Antología del cuento chileno*; Santiago de Chile; Editorial Universitaria S.A.; 1963; pp. 139-42.

el crítico Ignacio Valente— que encierra en brochazos de diáfana sencillez una sobrecogedora emoción. Todo un mundo parece darse cita en el estrecho margen de este relato breve, ni más ni menos que aquel de las primeras décadas del siglo XX. Una clase social nueva emerge entre las dos orillas que señalan la distancia entre las clases altas y bajas.

Y el Ejército va a jugar un rol, no de articulador, sino de proveedor de esta especie nueva: la del hombre común de Aaron Copland, la del hombre olvidado de W. G. Sumner. Cómo se organice ese ejército, y según qué modelos, es algo que parece no venir a cuento.

Este es el mundo, decimos, en el que se va a dar la reforma del año 1906; en todo caso un preámbulo de lo que será la década de 1920. Por su parte, Emil Körner ha llegado al país poco después del término de la guerra del Pacífico, ha participado en la guerra civil de 1891, ha revolucionado al Ejército con ideas fraguadas siglos antes en la Europa septentrional, en Prusia. No ha venido a escribir, como Ercilla en 1557. En 1886, él ha llegado para transformar.

La pequeña revolución prusiana que irá a gestarse en Chile con la llegada de Emil Körner tiene, ciertamente, su origen en el otro extremo del mundo. Su carácter militar es propio del lugar y del tiempo en que surgió. En 1906 pocos sospechaban que los años venideros iban a hacer estallar el mundo por los aires. Y el militarismo alemán, nacido en Prusia a mediados del siglo XVII, iba a resultar uno de los grandes causantes —si no el que más— de la tragedia europea.

Revisaremos a continuación, de manera muy sucinta, los orígenes y el desarrollo de este fenómeno social que instaló, en plena modernidad, al sujeto militar en el centro del cuerpo social. Su pulsión iba a proyectarse en todas direcciones y se afincaría, tanto en idea como en forma, en los rincones más remotos del planeta.

PRUSIA: 1640 – 1918

Pocos temas han acaparado tanto la atención de los historiadores como la Segunda Guerra Mundial. Sus raíces se pueden hallar en la Primera Guerra Mundial o Gran Guerra que fue la que la precedió, mientras que las de esta pueden hallarse, a su vez, en las guerras que dieron lugar al proceso de unificación alemana, a contar de la década de 1860. Ambas, tanto la Primera como la Segunda, tuvieron como protagonista a Alemania. Y en ambas guerras, el protagonista terminó siendo derrotado. Sin embargo, el modelo militar que encarnó iba a transformarse, paradójicamente, en el modelo para una gran parte de los ejércitos del mundo hasta el extremo de que la medida del ser militar era el grado de correspondencia que pudiera haber con el ser militar germano, particularmente el prusiano. Lo más interesante de todo es que luego de vencer a otros ejércitos durante las guerras de unificación alemana, la maquinaria militar que habían ido montando por siglos acabó siendo sucesivamente derrotada, no solo por ejércitos superiores en número, sino por ejércitos que mejoraron sus propios modelos. El militarismo, la rama envenenada de la profesión de las armas, acabó no solo con la casta que la hizo posible, sino que también con la completa devastación de la sociedad en la que floreció. Los extremos de perversión y crueldad que se alcanzaron, sobre todo en la Segunda Guerra Mundial, fueron la señal de que existía un límite más allá del cual no era posible controlar lo que se liberaba. Así, la pérdida del control, tan caro a la formación militar prusiana, fue la última etapa de descomposición de un espíritu enfermo.

Pero esto no tenía nada de nuevo. Para Maquiavelo los ejércitos eran organizaciones peligrosas, que había que mantener sometidas por el miedo y el castigo.⁴⁴ Entonces, todo lo que los ejércitos *podían* hacer era lo que había que limitar mediante una fórmula que redujera ese potencial a lo que los ejércitos *debían* hacer. Para quienes ejercían el monopolio de la violencia era importante evitar que las cosas se trastocaran hasta el extremo de que la violencia lo monopolizara todo. El fenómeno histórico que vamos a estudiar en este apartado tiene que ver precisamente con esto, para lo cual revisaremos el itinerario que siguió el mundo militar

⁴⁴ Niccolò Machiavelli; *Art of War*; Translated, Edited, and with a Commentary by Christopher Lynch; Chicago; The University of Chicago Press; 2003; p. 159.

prusiano desde 1640 hasta 1945, y cuya especial manifestación llegó a expresarse en lugares tan apartados del mundo como Chile.

Los ejércitos, como es bien sabido, no pueden vivir apartados de la sociedad, aunque tampoco mezclados de manera indistinta con ella. No son un espejo en el que la sociedad se mire, sino algo mucho más sutil. Erich María Remarque lo plantea de este modo en *Sin novedad en el frente*: “Fuimos entrenados en el ejército durante diez semanas y en ese lapso recibimos más influencia que en diez años de escuela. Aprendimos que el brillo de un botón vale más que cuatro volúmenes de Schopenhauer. Al comienzo asombrados, después amargados y, por último, indiferentes, nos dimos cuenta de que lo que importaba no era la mente sino el cepillo de dientes, no la inteligencia sino el sistema, no la libertad sino los ejercicios de instrucción. Nos hicimos soldados con ansiedad y entusiasmo, pero ellos han hecho todo lo posible para arrancar todo eso fuera de nosotros. Después de tres semanas ya había dejado de resultarnos incomprendible que un cartero con galones tuviera más autoridad sobre nosotros que nuestros padres, nuestros profesores, y toda la cultura desde Platón a Goethe.”

El modelo militar prusiano no concebía a la sociedad como el panorama en cuyo seno lo militar se mantenía presto para su defensa, como un perro guardián. Era al revés, era la sociedad la que se hallaba al servicio de su ejército. En el centro de aquel mundo anterior a 1914, el ejército era el cuerpo central del orden social germano.

Como era de esperar, para realidades como la chilena, particularmente la de su Ejército, ese orden acaparó su atención rápidamente, pero no tanto por su modelo de sociedad como por su modelo militar, en particular por la victoria militar de 1870-71 en la guerra Franco-Prusiana. En efecto, la guerra había agotado el modelo militar francés que era el molde en el que, hasta entonces, se formaban los ejércitos, entre otros el chileno. Luego de la victoria prusiana de Sedán, el modelo pareció extinguirse frente a otro nuevo que surgía.

El sistema militar prusiano —escriben Sater y Herwig— fue la envidia de, y el modelo para, gran parte del mundo después de la guerra franco-prusiana de 1870-71. Gobiernos no solo de Europa y Asia Menor sino tan lejanos como los de Japón y China, Centro y Sud América, acudieron a Prusia

en busca de armas y de misiones militares para el entrenamiento, y enviaron a sus mejores y más brillantes oficiales subalternos a estudiar el modelo Germano de hacer la guerra.⁴⁵

Un modelo de ejército chileno propiamente dicho nunca ha existido como tal. Lo que ha habido es una versión chilena de otros ejércitos. No constituye un modelo en sí mismo sino una variación de otros que le resultaron ya sea afines o impuestos por las circunstancias. Su problema, en consecuencia, era (y sigue siendo), antes que la invención de un modelo propio, el de la adaptación a otro que le es ajeno.

Este fenómeno, no solo dice relación con el capítulo chileno, sino que, prácticamente, con la totalidad de los ejércitos del mundo. El modelo prusiano, nacido en el siglo XVII, no solo revolucionó el ethos militar en Chile, puesto que el mismo representaba la síntesis de lo que el ciudadano corriente podía entender como propiamente militar: disciplina, orden,



Figura 2.

El káiser Guillermo II revistando a las tropas c. 1914. El modelo militar prusiano llegó a representar el patrón universal de la profesión militar⁴⁶

jerarquía, uniformidad, entre otros. Pero, además, para el militar mismo, el modelo prusiano representaba el punto más alto de la economía guerrera: un ejército pequeño pero capaz de enfrentar a cualquier otro, con independencia de su tamaño.

No vamos a adentrarnos en la historia de los ejércitos, que es

materia que escapa a los fines de este trabajo. Diremos, no obstante, que esta economía guerrera participa o se nutre de un mito fundacional. Este mito fundacional representa lo que

⁴⁵ William Sater, Holger H. Herwig; *The grand illusion. The Prussianization of the Chilean Army*; Lincoln and London; University of Nebraska Press; 1999; p. 7.

⁴⁶ The History Place; en Internet, <https://goo.gl/q4D5bY>; acceso: 17/11/2017.

denominaremos el ideal del general. Y este ideal es el de derrotar al enemigo con un ejército muy pequeño, muy certero, y extremadamente eficaz. La tradición bíblica lo resumió en un relato que con toda seguridad provenía del folclore ancestral y que se concretó en el encuentro de David contra Goliat.

En algún momento, el ejército prusiano fue el David de esta historia. Lo acostumbrado era formar, blindar y artillar a un Goliat. ¿Era posible, por el contrario, hacer de un pastor, actuando a pecho descubierto, un arma letal, incluso —o especialmente— para enfrentar a un Goliat perfectamente equipado? La tradición se había movido en esa dirección, pero la práctica se había ido moviendo en la opuesta. Los ejércitos masivos son como el precipitado más esencial de la profesión militar: la insaciable búsqueda de certeza en la victoria. David era el modelo, pero la necesidad de pisar sobre suelo seguro lo transformaba en un Goliat. No importaba qué tanto se esforzara el organizador, siempre acabaría transformándose el pequeño David en un gigante Goliat. El imaginario tiene este defecto de óptica, uno que hace creer al observador que lo posible es de hecho factible.

La Prusia de mediados del siglo XVII era un conglomerado de pequeños estados, un corpus fragmentado pero con unidad lingüística. Entre otras tantas familias, la de los Hohenzollern “emergió de la oscuridad a fines de la Edad Media hasta eventualmente ponerse a la cabeza de las grandes dinastías europeas.”⁴⁷ Habían sido más vigorosos y belicosos que los Habsburgo. Para la guerra de 1914, “[t]enían una larga historia no solo como gobernantes sino como inventores de países que deseaban gobernar... Siglos antes, [los Hohenzollern] habían inventado Prusia, un país tan completamente artificial que tras el término de la Segunda Guerra Mundial dejaría de existir de una vez y para siempre.”⁴⁸ El territorio mismo, Prusia, había sido habitado por eslavos antes que por germanos, “y conquistada y cristianizada en el 1200 por una orden religiosa conocida como Los Caballeros Teutones.”⁴⁹ Luego de que la Reforma Protestante inundara el norte de Europa, cierto Alberto Hohenzollern se convirtió al protestantismo (1525), declarando que Prusia pasaba a ser un ducado y que “él mismo — sorpresa— iría a ser su duque. La pequeña dinastía de este Alberto se extinguiría en su línea

⁴⁷ G. J. Meyer; *A world undone. The story of the Great War. 1914 to 1918*; New York; Bantam Dell; 2006; Kindle edition; pos. 1198.

⁴⁸ *Ibíd.*

⁴⁹ *Ibíd.*; pos. 1209.

masculina luego de tan solo dos generaciones,”⁵⁰ tras lo cual se celebró un oportuno matrimonio entre la joven heredera y su primo, el Elector de Brandeburgo.

Pasaron algunos años hasta que el Gran Elector, Federico Guillermo, quien fuera margrave⁵¹ desde 1640 hasta 1688, organizara el ejército que iba a dar fama a la región, concibiendo y dando a luz lo que la modernidad tildará de “propiamente militar.” No por nada Napoleón, nunca tardo en el ingenio, anunció que aquel ejército había sido concebido en una bala de cañón.⁵²

En aquel período, entonces, un conjunto de efectivos ajustes políticos y sociales dio al Gran Elector la posibilidad de organizar un ejército propio y permanente, uno que lo proveyera de la posibilidad de defenderse sin tener que recurrir al capricho de los señores de otros reinos (con cuyo acuerdo y concurso debía contar) o a la siempre elusiva y blanda diplomacia. “El resultado más directamente significativo de los compromisos de 1653, fue el de proveer al Elector con el ejército que él deseaba. Es verdad que los fondos otorgados en 1653 solo le alcanzaban para mantener una fuerza modesta, que no pasaba de los 5.000 hombres, pero esta era una base sobre la que se podía construir, y qué tan rápido y eficientemente podía hacerse..., es algo que demostró con motivo del rompimiento de las hostilidades entre Suecia y Polonia en 1655.”⁵³ Cinco años más tarde, en 1660, el Ejército alcanzó los 27.000 efectivos, luchando en una guerra que no era la suya, y a la que se puso término con el tratado de Oliva ese mismo año. A partir de este momento fue posible afirmar que el ejército permanente había nacido en Prusia durante la guerra de 1655 – 60.⁵⁴

Si bien en lo sucesivo hubo reducciones en el número de efectivos, ellas no resultaron significativas cuando se comparaban con las cifras precedentes. En consecuencia, el Elector nunca más se vio forzado a levantar un ejército desde abajo como había sido la norma hasta entonces. Asimismo, instituyó puestos estatales para los oficiales que hubiesen dejado el

⁵⁰ *Ibídem.*

⁵¹ Fórmula española de la palabra alemana Markgraf, Marqués.

⁵² G. J. Meyer; *ob. cit.*; pos. 1216.

⁵³ Gordon A. Craig; *The politics of the Prussian army. 1640 – 1945*; New York; Oxford University Press; 1964; p. 4.

⁵⁴ *Ibídem*; p. 5. Tomado de Curt Jany; *Geschichte der Königlich-preußischen Armee bis zum Jahre 1807* (Berlin; 1928-9); I.; 192-3. (Nota del autor en el original.)

servicio después de 1660, lo mismo que para los soldados rechazados del servicio, a los que ubicó como campesinos y agricultores en sus dominios reales, creando de este modo cierto tipo de reserva entrenada. Después de 1672, cuando las pretensiones expansionistas de Luis XIV volvieron a subir a Europa al tren de la guerra, el ejército de Federico Guillermo empezó a expandirse otra vez. Para entonces, la autoridad del gobernante se volvió incuestionable en todas direcciones, incluida la Prusia oriental.⁵⁵ A su muerte, en 1688, había dejado un ejército cuya marca llegaba a los 30.000 efectivos. Pero más importante aún, su fuerza militar había dejado de ser un tinglado de cuerpos de voluntarios, más o menos armados y uniformados, para transformarse en un organismo permanente, con unidad de mando, y con la presencia de un estamento asesor, todavía en etapa prenupcial, denominado estado mayor general.

Lo que sigue es un ascenso sin término de este curioso ejército en plan de permanencia, una permanencia que se asentaba en la vida de cuartel, mezcla de hábitos monacales con simulacros de guerra, que con los años va a transformarse en la fibra estructural del reino entero.⁵⁶ La administración centralizada de este novedoso Leviatán va a prolongarse y arraigar en el mismísimo Estado prusiano. Ya en tiempos del Gran Elector, se exigía a los oficiales completa fidelidad al rey en su calidad de comandante en jefe del ejército. De esta época provienen los primeros intentos por inculcar en los oficiales la idea de que como tales eran, antes que hombres de negocios o especuladores, servidores del Estado.⁵⁷

Este panorama que ofrecía el ejército prusiano venía a renovar la idea de una estructura que con el tiempo se había vuelto instrumental, presta tan solo para la ocasión. Los ejércitos se movilizaban y desmovilizaban según se los llamara a reconocer cuartel. Pasado el temporal, el soldado regresaba a su ocupación principal, es decir, cualquier otra menos la de la milicia. Si bien para la época de Federico el Grande la revolución militar prusiana va a haber alcanzado el estatus de leyenda viva, ello no le alcanzaba para volverse estructural o solidaria con el Estado. Ciertamente se había alcanzado una cima a la cual debía sucederle el descenso. Incluso “Treischke, uno de sus grandes admiradores se vio obligado a admitir que Federico había dejado al ejército ‘en una condición peor a la que tenía cuando lo recibió tras su ascenso al

⁵⁵ *Ibíd.*

⁵⁶ El reino de Prusia iba a aparecer recién hacia 1701 y se extendería por tres siglos hasta desaparecer en 1918.

⁵⁷ Gordon Craig; *ob. cit.*; p. 7.

trono.”⁵⁸ Dicho de otro modo, Federico había sido la razón de ser del éxito antes que su mero administrador. Él mismo se había vuelto la estrella de su tiempo, lo que superaba por defecto cualquier intención de reducir sus alcances o de resumir sus hazañas, pues se trataba de un rey filósofo a la manera de Platón, hombre de genio que podía sentarse a discutir de igual a igual con Voltaire,⁵⁹ de interpretar y de componer obras musicales (compuso sonatas y hasta cuatro sinfonías), de inspirar al mismísimo Bach a componer su *Ofrenda Musical*,⁶⁰ además, ciertamente, de hacer la guerra en las condiciones más desfavorables, y, como si todo esto fuera poco, de salir vencedor (llegó a estar en guerra con cuatro potencias europeas simultáneamente, Austria, Francia, Rusia y Suecia).⁶¹

Al igual que para el Gran Elector, para Federico Guillermo I, el padre de Federico el Grande, “la posición de un príncipe estaba determinada... por el número de tropas que pudiera manejar.” “Me río de los bribones,” decía refiriéndose a los ministros de su padre, “que dicen que pueden obtener tierras con una pluma... Yo digo que solo pueden conseguirse con la espada.” Su naturaleza militarizada debe haber chocado de frente con las formas menos belicosas de su hijo a quien frecuentemente le repetía, “Fritz, grábate mis palabras: haz de mantener un ejército grande y eficiente; no puedes contar con un amigo mejor, y sin este amigo no podrás sobrevivir... Créeme, debes dejar de pensar en cosas imaginarias; ocupa tu mente en cosas reales. Ten dinero y ten un buen ejército; ellos aseguran la gloria y la seguridad de un príncipe.”⁶²

Contra lo que su padre pudiera creer, Federico no despreciaba la guerra. Su sentido estético no le hubiese permitido desperdiciar las potencialidades de un ejército bien entrenado.

⁵⁸ *Ibídem*; p. 22.

⁵⁹ Quien, de paso, estuvo tanto tiempo en la corte del célebre gobernante, que, en palabras de G. J. Meyer, acabarían despreciándose el uno al otro. En *ob. cit.*; pos. 1224.

⁶⁰ Puede leerse una versión de este inesperado origen de la obra en Wikipedia. Allí se cuenta de una reunión entre Bach y Federico II, el 7 de mayo de 1747, ocasión en la que el viejo Johann visitaba a su hijo Carl Philipp, a la sazón músico de la corte en Potsdam. Federico, entonces, le presentó un pianoforte con el que lo desafió a improvisar una fuga a tres voces, y Bach lo hizo. Entonces Federico lo desafió a que lo hiciera a seis voces, algo extremadamente difícil. Bach le respondió que eso le tomaría más tiempo, pero que cuando lo terminara se lo enviaría. En seguida regresó a Leipzig donde compuso *Thema Regium* (Tema del Rey). Dos meses más tarde, Bach publicaría el conjunto de piezas que conocemos como *Ofrenda Musical*. En Wikipedia, <https://goo.gl/2QJ4BX>, acceso: 5/6/2018. En la misma dirección web puede escucharse el tema en cuestión.

⁶¹ *Ibídem*; pos. 1232.

⁶² Gordon Craig; *ob. cit.*; pp. 7-8.

Por lo mismo, la vida de cuartel le debe haber parecido ociosa y opaca, un inventario inútil de fuerzas prodigiosas destinadas a desvanecerse en la rutina.

Prusia entregaba al mundo del mañana un proyecto de ejército permanentemente preparado para la guerra, un modelo de soldado, un modelo de hombre de guerra, y —en la figura de Federico el Grande— un modelo de general.

Pese a todo, para 1807 el ejército había terminado por atrofiar el Estado de Federico (fallecido en 1786), hasta el extremo de colapsarlo sin destruirlo. Respiraba, pero no se movía. “La creación de un ejército capaz de ganar reconocimiento internacional fue posible solo mediante la subordinación de las energías totales de sus súbditos a la mantención del establishment militar.”⁶³ Así, a la rémora financiera y administrativa que significaba mantener un ejército en pie de guerra, se sumaba la desconfianza del káiser en un ejército que no hiciera diferencias entre estratos sociales, pasando por la pujanza de hombres como Scharnhorst, Gneisenau y Clausewitz, que así lo deseaban, junto con una mayor centralización de todo el aparato militar,⁶⁴ hasta la autoridad espectral de un hombre que, como Napoleón, parecía estar presente en todos lados y cuya suspicacia desaconsejaba actuar en contra de sus deseos, especialmente cuando se trataba de la fuerza y de la organización militar de un ejército vencido, pero que, como decimos, todavía respiraba.

Este es el estado de cosas en 1814, el mismo año en que Scharnhorst y Gneisenau producen lo que será la reforma del ejército prusiano. La idea tras bastidores consistía en redoblar la identidad entre el pueblo prusiano y el Estado, superando la distancia que se había formado entre ambos. Se buscaba “salvar [dicha distancia] para inspirar un nuevo sentido de devoción al Estado prusiano...; los resultados inmediatos [de este esfuerzo reformador] se vieron reflejados en las exitosas campañas contra Napoleón de 1813-14, y en el entusiasmo popular con que fueron apoyadas por el pueblo prusiano.”⁶⁵

Sin embargo, los años posteriores acabarán por apagar las ilusiones que despertara la reforma, y en sucesivas crisis —especialmente la de 1848 que por poco acaba con la

⁶³ Gordon Craig; ob. cit.; p. 14.

⁶⁴ El ministerio de la guerra —sin ir más lejos— no se unificó bajo la figura de un único ministro sino hasta 1814. Cfr. Gordon Craig; ob. cit.; p. 52.

⁶⁵ Gordon Craig; p. 38.

monarquía— van a encontrarse frente a frente dos bandos rivales: la Cámara de Representantes y el poder del monarca. Este último, sin embargo, va a contar con el apoyo del ejército, mientras que aquella va a tener que conformarse con un mero papel, esto es, con la recientemente promulgada *charte* real, o constitución, que va a ser el leitmotiv de la relación entre ambos poderes hasta 1918. En este panorama, la era Bismarck se verá marcada por la presencia militar en todas las grandes decisiones. El ejército prusiano pasará a ser el estado dentro del estado. Las guerras de unificación de las décadas de 1860 y 1870, no harán más que confirmarlo. Serán, no obstante, tiempos marcados por las luchas de poder entre el ejército y el parlamento; por el debilitamiento de la función del ministerio de la guerra en virtud del fortalecimiento que irá ganando el estado mayor general; y por el ascenso también creciente del llamado gabinete militar, estamento de consulta y de compañía permanente del emperador.⁶⁶

En consecuencia, esta manera de comprender la estructura política de la nación no solo propone al ejército como un actor más en la vida del país, sino como a uno de sus fundamentos. El ejército no es un accesorio institucional más, sino un accesorio institucional clave, y como tal no puede someterse al control civil pues posee vida propia. Más aún: inteligencia propia. Hacia el término de la guerra franco-prusiana, en un famoso ensayo sobre estrategia, Moltke anotaba que la

[p]olítica usa la guerra para el logro de sus fines; opera decisivamente al comienzo y al final [del conflicto], de tal manera que se abstiene, ciertamente, de aumentar sus demandas mientras dure la guerra o de beneficiarse inadecuadamente de su éxito... La estrategia solo puede dirigir sus esfuerzos hacia las más altas metas que los medios disponibles ponen a su alcance. *De este modo es como mejor ayuda a la política, trabajando solo por sus objetivos, pero con independencia de ella en el desarrollo de las operaciones.*⁶⁷

En otras palabras, la política podía desencadenar una guerra, pero no podía aspirar a dirigirla. Este era un asunto del que debían encargarse exclusivamente los militares, y en particular el estado mayor general. Así, el estratega debía verse libre de la interferencia civil. “Generaciones de oficiales,” escribe Gordon Craig, “entrenados en el estado mayor general

⁶⁶ Gordon Craig; p. 219 y ss.

⁶⁷ Gordon Craig; p. 216. (La cursiva es mía.)

por Moltke, iban a aceptar esta doctrina e iban a intentar aplicarla, con devastadores resultados, en la Primera Guerra Mundial.”⁶⁸

La llamada “Revolución germana,” de la década de 1860 era una realidad que tardaría ocho décadas en desvanecerse. Para el historiador Paul Kennedy, esta larga revolución era el producto de algunos elementos interrelacionados. El primero era el servicio militar, que contemplaba tres años de servicio obligatorio en el ejército, y otros cuatro en la reserva, tras lo cual se pasaba a integrar el *Landwehr* o milicia. En buenas cuentas, ello significaba que el total del ejército prusiano movilizado tenía siete clases activas todo el año. Con ello, Prusia mantenía el mayor de todos los ejércitos de las grandes potencias como proporción de la población. Esto era posible, tanto por el alto nivel de la educación primaria de los conscriptos (sin la cual el modelo no se hubiese podido sostener) como por una organización superior en condiciones de manejar esas enormes cantidades de hombres en armas. Resultaba un sinsentido disponer de una fuerza de medio millón o de un millón de hombres que no hubiesen podido ser adecuadamente entrenados, vestidos, armados, alimentados, y transportados a los frentes de batalla decisivos, por no mencionar el hecho de que, además, el mando debía poder comunicarse y controlar a cada uno de los cuerpos involucrados. El organismo encargado de impartir el control sobre esta fuerza era precisamente el Estado Mayor General prusiano, que pasó de la oscuridad, a comienzos de la década de 1860, a ser “el cerebro del ejército” bajo el genio de Moltke el viejo.⁶⁹

Los estados mayores no solían pasar de la categoría de cuarteles generales organizados para campañas específicas, esto es, se organizaban al mismo tiempo que la fuerza militar de que se tratara. El caso del estado mayor prusiano era diferente. Moltke se había encargado de reclutar para él a los mejores egresados de la Academia de Guerra, con los cuales se entregaba de lleno a la planificación de futuros conflictos. Los planes de operaciones no solo tenían que hallarse elaborados mucho antes de las operaciones, sino que además tenían que ser permanentemente actualizados para el caso de que se produjese el rompimiento de hostilidades. Para ello se contaba con una especie de medio de contraste que eran las maniobras y los juegos de guerra, todos ellos cuidadosamente estudiados, a la par de las campañas y

⁶⁸ Gordon Craig en *ibídem*.

⁶⁹ Paul Kennedy; *The rise and fall of the great Powers*; New York; Vintage Books; 1989; p. 184.

maniobras de otros ejércitos. Se había creado, asimismo, un departamento especial para el estudio del desarrollo del sistema de ferrocarriles, con la tarea de optimizar el traslado de las tropas hacia los distintos frentes. Sobre todo, escribe Paul Kennedy, el sistema de trabajo de Moltke buscaba inculcar en este *staff* la práctica operacional de tratar con grandes cuerpos (cuerpos de ejército o ejércitos completos) que se moverían y actuarían de manera independiente, pero siempre en condiciones de converger allí donde fuese a producirse la batalla decisiva. Si la interrupción de las comunicaciones, por la razón que fuere, no permitiese materializar las coordinaciones, entonces se permitía a los generales en el frente actuar con autonomía, y sobre la base de reglas básicas, convenientemente detalladas. “Lo más importante acerca del sistema prusiano no era si se hallaba libre de errores, sino que el estado mayor estudiaba cuidadosamente los errores cometidos y reajustaba el entrenamiento, la organización, y el armamento en la medida adecuada.” El triunfo, por tanto, del ensamble prusiano-alemán era claramente un triunfo de su sistema militar. “Sin embargo, como observa con agudeza Michael Howard, ‘el sistema militar de una nación no es una sección independiente del sistema social sino un aspecto de él en su totalidad.’ Detrás de los arrolladores avances de las columnas germanas y de la orquestación controlada del estado mayor general, hay una nación mucho mejor equipada y preparada para las condiciones de la guerra moderna que cualquier otra en Europa.”⁷⁰

La formidable maquinaria militar en que se había transformado el otrora desmembrado conjunto de cuerpos provistos por los microestados alemanes de los siglos XVII y XVIII, era una realidad nueva y radical. Esta modalidad señalaría el paso que iban a dar los ejércitos desde lo transitorio a lo permanente, y de la movilización a la profesionalización. La guerra misma había dejado de ser un asunto puntual; ahora se la vivía desde la paz como un hecho concreto. La paz empezó a ser una paz armada,⁷¹ y la razón de fondo es que la guerra era un medio válido, si bien radical, para solucionar conflictos. La hegemonía alemana hacia la segunda mitad del siglo XIX se construyó sobre el reconocimiento y el ejercicio de esta realidad manifiesta. Dinamarca (1864), Austria (1866), y Francia (1870-1), dieron cuenta a su debido tiempo de que el modo germano era esencialmente este. Para los liberales alemanes la historia

⁷⁰ Paul Kennedy; ob. cit.; p. 187.

⁷¹ S. Pabón, L. de Sosa, J. L. Comellas; *Historia contemporánea general*; Barcelona; Editorial Labor S.A.; 1970; p. 479.

podría haberse escrito de otro modo, pero a su debido tiempo Bismarck, les “recordaba que solo la guerra podría alumbrar la nueva nacionalidad.”⁷² En efecto,

[a] partir de la crisis de los años 1873-1874, [que] constituyó un duro golpe para el optimista liberalismo económico, y en vista de que parecía [que] la libre actividad de los individuos ya no podía asegurar el crecimiento y el progreso, se empezó a apelar a la potencia ordenadora del Estado. [El viejo] Estado liberal del siglo XIX, el... de la no intervención, de la seguridad, del derecho y de la cultura, empezaba a dejar paso al moderno Estado del siglo XX: el Estado interventor. A partir de las medidas tomadas por el Canciller Bismarck, en los años finales de su gobierno, el Estado empezó a tomar a su cargo y a regular ámbitos cada vez más amplios de la vida de la comunidad para asegurar el bienestar material de los ciudadanos. La proliferación de las normas jurídicas iría en constante aumento, para regular el comercio exterior, establecer barreras aduaneras y subvenciones, estatizar empresas como los ferrocarriles..., proteger ciertas actividades o rubros de producción, regulando la competencia y desarrollando una cada vez más agresiva política tributaria. El Estado interventor, desde las últimas décadas del siglo XIX, entraba de lleno a regular la economía y la sociedad.⁷³

Así, lo que va a nacer de este modelo germano será como una copla mal concebida. En ella van a converger la nacionalidad, el estado, y —*a fortiori*— el populismo. No podía ser de otra manera. Las masas avanzan sobre la historia con la fuerza de un océano que se sale de sus orillas, “y ya no se puede, de ahora en adelante, prescindir de ella[s]. No es una casualidad que se implante por estas fechas, en casi todas partes, el [derecho a voto]; ni siquiera lo es, aunque parezca paradójico, que la medida la tomen precisamente políticos conservadores, como Bismarck o Disraeli.”⁷⁴ El gran ganador en todo esto será el Estado que, lejos de articular los procesos para dar cabida a movimientos espontáneos de personas, va a aumentar de manera considerable sus atribuciones. Fundamental, entonces, será el rol que habrán de cumplir las fuerzas armadas. La dificultad de organizar una revolución sin contar con el apoyo de ellas se irá haciendo cada vez más difícil. “El Estado llega así a granjearse unas disponibilidades como en otro tiempo no pudo ni soñar y adquiere ahora, a fines de siglo, por primera vez en la historia, la plenitud de su capacidad de control y de tutela de los ciudadanos... Los mismos conflictos sociales, que le erigen necesariamente en mediador, aumentan su poder y hacen que

⁷² S. Pabón *et al* en *ibídem*; p. 346.

⁷³ Enrique Brahm; *El impacto de la Primera Guerra Mundial en Chile*; en *Jornada de Historia Militar IX y X*; s.l.; Departamento de Historia Militar; 2016; p. 13.

⁷⁴ S. Pabón *et al*; *ob. cit.*; p. 474.

su papel tutelar sea reconocido por unos y otros.”⁷⁵ El Estado bismarckiano se convirtió en una maquinaria en la que se multiplicaron los funcionarios, el derecho privado tendió a desaparecer, y el “Ejército se convirtió en una inmensa y aplastante máquina de guerra, por obra y gracia de dos factores mancomunados..., recursos estatales y adelantos técnicos.”⁷⁶

El mismo emperador Guillermo II, que iba a ser el último de su sucesión (va a gobernar desde 1888 hasta 1918), se va a formar, no el mundo de la corte o la diplomacia: su formación va a darse en el mundo militar. A diferencia de sus progenitores, va a terminar su educación como oficial del Primer Regimiento de Guardias, por lo que desde niño va a haber bebido del seno materno la tradición que sostiene que cada oficial prusiano no solo es la quintaesencia del honor, sino de lo mejor de cada generación, de todo lo que abarca la cultura, y por ende de la vida del intelecto.⁷⁷ Con todo, señala el historiador John Röhl, se trataba, en la persona del Káiser, de un ser impetuoso e impulsivo, imbuido de nociones antiguas acerca del derecho divino de los reyes, y del destino trazado por Dios para la grandeza Prusiano-Alemana, aunque al mismo tiempo se manifestase inseguro y en extremo sensible a los deslices que podía percibir hacia su dignidad imperial o su misión dinástica. Se trataba, en suma, de la última persona a la que se debían haber confiado los inmensos poderes de la monarquía militar Hohenzollern, precisamente en esa coyuntura que se dio entre las historias de Alemania y la del resto de Europa.⁷⁸

Hasta aquí el estado de cosas hacia la edad crepuscular del siglo XIX europeo, no solo en Alemania, como hemos podido ver, sino que también en el resto de las potencias europeas con la sola excepción, quizá, de Inglaterra. Por consiguiente, era este y no otro el ambiente en el que se movía la oficialidad prusiana, el mismo que iban a observar con atención pero sin mucho detenimiento, tanto la clase política como el estamento militar chileno. En ese mundo, insistimos, ha crecido también el joven capitán Körner, y a este mundo del extremo sudamericano va a traer su modelo de soldado.

⁷⁵ Enrique Brahm en *ibídem*; p. 475.

⁷⁶ Enrique Brahm en *ibídem*; p. 476.

⁷⁷ Paul Kennedy; *ob. cit.*; p. 240.

⁷⁸ John Röhl; *Kaiser Wilhelm II: A concise life*; United Kingdom; Cambridge University Press; 2014; p. XIV; Kindle Edition, pos. 194.

Teniendo a la vista este panorama del que hemos dejado fuera la geografía, pues ella por sí sola es también un factor determinante, no podemos sino empezar a reconocer las graves diferencias y las enormes distancias que se iban a establecer entre dos mundos determinados obstinadamente a parecerse.

Veremos a continuación algunos de los rasgos que definieron este fenómeno en Chile, las condiciones en que se dio, el impacto que tuvo, especialmente en lo estructural (con lo cual nos referimos tanto a lo físico como a lo conceptual), y el modo en que se fue tejiendo todo este largo proceso hasta 1906, que es el año en que hemos centrado nuestra atención. Comenzaremos proponiendo una respuesta a la pregunta de por qué reformar, qué necesidad había de cambiar un ejército señaladamente victorioso que, quiérase o no, había demostrado no solo la capacidad de movilizar a grandes cantidades de hombres, sino que además la de organizarlos, entrenarlos, apertrecharlos, abastecerlos, y hacerlos ganar una guerra que se peleó a miles de kilómetros de sus hogares.⁷⁹

⁷⁹ Este dato, que al lector actual le puede parecer redundante no lo es tanto si se considera que bien entrado el siglo XIX, la vida de un hombre corriente transcurría en un radio que rara vez superaba los treinta kilómetros de su lugar de nacimiento.

EL EJÉRCITO HASTA 1906

¿Por qué una reforma? La *Historia del Ejército de Chile* señala que la necesidad de reformar tenía su origen en una serie de motivos entre los cuales cabe enumerar aquí: (1) la mantención de una fuerza capaz de defender al país, (2) la ampliación del marco estructural desde el propio de una fuerza combatiente hacia otra que incluyera servicios de apoyo en todas las áreas, (3) la modificación de la institucionalidad interna del Ejército (reglas, normas, administración de justicia, entre otros), (4) la definición de una carrera estable bajo el nombre de “carrera militar,” y (5) la renovación del material de guerra.⁸⁰

Sin embargo, nos parece que antes que motivos, los aquí reseñados obedecen más bien a una lista de deseos que a una condición ambiental. Al leerlos, queda la impresión de que la institución es antes que un organismo, un alguien, una persona consciente y plenamente advertida de sus falencias, capaz de observarse a sí misma y de darse cuenta de lo que le falta y de lo que le sobra. Nos parece, en todo caso, que lo contrario suele ser lo cierto. Las condiciones cambiantes e inmanejables del entorno son las que más pesan a la hora de tomar medidas transformadoras. Organizaciones tan amplias y de tan larga data como los ejércitos son entes reactivos que se van haciendo a medida que pasa el tiempo. Sus estructuras, entonces, crujen y se resienten con los cambios, pues muchos son contraproducentes, excesivos, o abiertamente perjudiciales. Algunos pueden hallar acomodo y otros deben ser abortados.⁸¹ Todo este andamiaje es invisible a los ojos y, por lo tanto, adolece de la mirada del forjador que cree estar haciendo una cosa justo cuando le está resultando otra. A períodos de evolución (o crecimiento natural) suceden otros de crisis (o de reforma) que se van sucediendo sin pausa en el tiempo.⁸² Y todo este ensamblaje, en algún momento del tiempo es el Ejército, y en otro

⁸⁰ ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO (EMGE); *Historia del Ejército de Chile*, T. VII; EMGE; Santiago; 1982; pp. 17-8.

⁸¹ Y así también encontramos cambios que debiendo abortarse se les acomoda, y otros que debiendo acomodarse se les aborta.

⁸² Cfr. Larry E. Greiner; *Evolution and Revolution as Organizations Grow*; en Harvard Business Review; May-June 1998; disponible en <https://hbr.org/1998/05/evolution-and-revolution-as-organizations-grow>; acceso: 17/12/2018.

momento del tiempo es un Ejército distinto, pero el antropomorfismo nos hace verlo como si fuese único, como si fuese un *alguien* que eventualmente se va forjando a sí mismo.

Esta es la razón, probablemente, de que la *Historia del Ejército* suela pasar por alto las condiciones cambiantes del entorno y sus efectos en la organización.

Si bien es cierto que, así como estaba, el Ejército requería de cambios mayores, el hilo narrativo que acabamos de mencionar se halla incompleto. En *El Ejército de los Chilenos*, en cambio, se añade otro hilo más, el cual, a juicio del autor, representa de mejor manera (o, si se prefiere, de manera más completa) la realidad. Citando a Gonzalo Vial, los autores del mismo señalan que la situación internacional de Chile era la de un país asediado. Perú se podía ver tentado de revertir las consecuencias de la guerra, habida cuenta de las dificultades que entrañarían las cláusulas del tratado de límites con Argentina, suscrito en 1881. “Por otra parte, era evidente que en los años finales del siglo XIX estaba teniendo lugar una revolución en el arte de la guerra.”⁸³ No cabía duda de que la reforma no era una opción. No solo estaba cambiando en todas partes la manera de hacer la guerra, sino que esta misma cambiaba por efecto de la inserción de nuevos ingenios bélicos al campo de batalla que, es sabido, influyen dramáticamente, ya sea por alcance, letalidad, o precisión.

Por otra parte,⁸⁴ parecía haber consenso entre varios hombres de estado en que el triunfo de las armas chilenas en la Guerra del Pacífico se había debido, antes bien, a la incompetencia de sus enemigos (algo que, por lo demás no fue propio de esta guerra, pues lo ha sido de todas). Existía también consenso en que se debía recurrir al consejo de expertos extranjeros, entre los cuales se contaban los franceses, pero recurrir a los alemanes parecía mucho más atractivo: ellos eran considerados los mejores militares de la época. A ello se sumaba la necesidad de evaluar, adquirir, y asimilar las nuevas tecnologías, mucho más complejas que las anteriores, lo que iba en demanda de un cuerpo militar más profesional y permanente. Perú y Bolivia, ya lo hemos dicho, no iban a dejar de acariciar la posibilidad de cobrarse una revancha que les devolviera no solo lo perdido en términos territoriales, sino que

⁸³ Patricia Arancibia Clavel, ed.; *El Ejército de los Chilenos. 1540 – 1920*; Santiago de Chile; Editorial Biblioteca Americana; 2007; p. 202.

⁸⁴ Debo este párrafo y parte de los siguientes a una correspondencia con William Sater. Para facilitar la lectura he recurrido, además de la traducción libre, a la paráfrasis.

también el honor que trae aparejada la victoria. (En tanto parecía improbable que Buenos Aires pudiera montar una invasión terrestre —las líneas de suministro se hubiesen mostrado demasiado vulnerables— su flota, en conjunto con la peruana, y las fuerzas militares combinadas de los tres países vecinos, no dejaban de representar un peligro evidente. Chile tenía que modernizar sus fuerzas armadas.)

A mayor abundamiento, considérese lo anotado por el general Roberto Arancibia sobre la situación vecinal. En conjunto, dice, no era de las mejores. Sumidos cada uno de los países en circunstancias internas bastante borrascosas, nada parecía ayudar demasiado. “Toda la política del Perú frente a Chile se había orientado durante el período que siguió al tratado de Ancón, a procurar infructuosamente la celebración del plebiscito de Tacna y Arica. A partir de 1901 las relaciones comenzaron a interrumpirse... en 1918 se llegó incluso a la ruptura de las relaciones consulares.”⁸⁵

Qué duda cabe, entonces, de que todo esto debía repercutir en todos los ámbitos, incluido el espacio geográfico. La falta de caminos adecuados, o de líneas férreas, especialmente hacia el norte y hacia la cordillera, demandaban asimismo una flota naval poderosa, pero ello iba a irrogar costos aún mayores que los que el Congreso iba a permitir al Ejército. A ello se añadían —siempre dentro del marco geográfico— otros tres problemas igualmente sustanciales: (1) una línea de costa extremadamente larga, que habría que sostener militarmente con presencia en puestos igualmente alejados de la capital; (2) la necesidad de mantener a raya a los aborígenes recientemente pacificados en la Araucanía; y (3) la inveterada necesidad de mantener tropas en el centro del país para mantener bajo control a un proletariado cada vez más politizado.

Pero esto no era todo: las reformas por sí mismas no iban a satisfacerse copiando, de buenas a primeras, las prendas de otro. Ello podía ofrecer la sensación de comodidad y resultar, a primera vista, vistoso y a la moda. Pero el problema, sin embargo, distaba de ser ese. Y es que si bien el modelo era el adecuado y podía parecerles atractivo a Körner y a la oficialidad más joven (sus “jóvenes turcos,” como veremos), Santiago no era Berlín. Aquí no existían ni

⁸⁵ Roberto Arancibia C.; *La movilización de 1920*; en III y IV Jornada de Historia Militar; s.l.; Departamento de Historia Militar del Ejército; 2010; p. 48.

los recursos demográficos ni la capacidad financiera para implementar las metas que se había fijado la reforma. Por si todo esto fuera poco, el modelo germano podía parecer muy profesional a la vista de cualquier observador, pero al mismo tiempo se hallaba politizado hasta la raíz del cabello. El ejército alemán hacía sentir su influencia en la corte y hasta disfrutaba de ese poder. En Chile, en cambio, la realidad era otra. Los militares no poseían ni la influencia ni el poder de sus símiles germanos. Los hacendados y las salitreras sí lo tenían, los militares chilenos no. En consecuencia, y a pesar de organizarse grupos como la Liga Militar,⁸⁶ el Ejército no podía “dorarle la píldora” al congreso para conseguir que le asignara los recursos que necesitaba para respirar nuevos y mejores aires.

En suma, la reforma era necesaria y parecía haber acuerdo en que era así. Lo contrario hubiese sido negar la realidad. Incluso hubo voluntad política para llevar adelante el esfuerzo, con todo lo que ello implicó y en las condiciones de cambio social en el que las cosas se fueron dando.

Por lo pronto, según el marco que hemos trazado hasta aquí, la reforma se aplicó pero en límites estrechos a la vez que discordantes. Pese a todo, el Ejército cambió, dejó de ser el que había sido, tanto en la Guerra del Pacífico como en la Guerra Civil, y empezó a caminar con otro paso. Si bien hubo reforma en lo material y en lo estructural (nuevos ingenios guerreros, nuevas instalaciones), quizá la más importante de todas haya sido la que implicó, en palabras de Enrique Brahm, el cambio de mentalidad, el paso que haría primar “la disciplina mental sobre la física.”⁸⁷ Conocer lo que ello trajo como consecuencia en la realidad, es lo que haremos a continuación.

La guerra es una forma de conflicto que, una vez terminada, da paso a otra forma de conflicto, en este caso, la paz. Los que regresan miran hacia atrás y no pueden dejar de pensar en lo que debiendo haberse hecho no se hizo, y viceversa, una manera en todo caso, más o

⁸⁶ Véase en Francisco Javier Díaz V.; *A propósito de nuestra política militar*; Santiago de Chile; Imprenta Jeneral Díaz; 1938; esp. p. 40 y ss. También en Sater y Herwig; ob. cit.; p. 197.

⁸⁷ Enrique Brahm; *Preparados para la guerra*; Santiago; Ediciones Universidad Católica de Chile; 2003; p. 49.

menos sana que posee cualquier persona de mantener latente su identidad sin perderse en un océano de contradicciones.⁸⁸

Por otra parte, una característica acaso universal de los ejércitos es su necesidad de control. El azar es anatema para los militares. Y siempre es mejor si no hay que esperar a que aparezca una buena estrella para actuar y, a cambio, sea posible confiar en hábitos mundanos como la disciplina, la instrucción, el entrenamiento y su infalible prima de seguros: la formación del carácter.

Controlar el azar, entonces, demandaba reconocer los errores cometidos. El problema consistía en asumir que podían eliminarse por completo si se manejaban las variables esenciales y se planificaba con acuciosidad científica.

Pero detengámonos aquí un momento. Uno de los problemas que trajo consigo la secularización fue —por paradójico que pueda parecer—la pérdida de la creencia en las leyes del azar. Si bien aquella significó una merma en las creencias religiosas de la población, esto por desgracia no significó que se viese al azar o la suerte por lo que eran en sí mismas, esto es, realidades puras y duras, fichas en el tablero del mundo natural. El paulatino pero creciente avance de la secularización significó, en consecuencia, arrojar la bañera con el bebé adentro en la medida en que el determinismo científico sustituyó al capricho de los dioses. El azar no es fruto de este capricho, así adopte la forma de uno o de varios, sino del modo que tiene el tablero mismo de la realidad de tejerse (una de las razones de que nunca haya tenido muy buena prensa). Todo el tiempo escuchamos frases del tipo “no creo en coincidencias” o “la suerte no existe,” lo que acto seguido nos deja llamando a la puerta de los conspiradores, sean estos reales o imaginarios. El determinismo científico, en suma, no era sino una parte de la historia, pero por entonces (1886) pareció abarcarlo todo. Era posible, dado el conocimiento de las leyes que rigen los fenómenos del mundo natural, programar científicamente un ejército y, por extensión, una campaña militar. Consecuentemente, todo el problema estribaba en que la planificación fuese lo suficientemente acuciosa y pormenorizada. Ella era el mejor

⁸⁸ Véase al respecto Enrique Brahm, *Del soldado romántico al soldado profesional. Revolución en el pensamiento militar chileno. 1885-1940*; Revista de Historia, Vol. 25; Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile; 1990; pp. 5-37; esp. el numeral 1. Autocrítica tras la guerra del Pacífico.

resguardo contra el fracaso. Si no aseguraba la victoria, al menos evitaría la derrota, incluso la extensión innecesaria de la guerra.

El control de todas las variables, entonces, es el nuevo dios del orden centralizado. La planificación, que es el control sobre el futuro, proponía organizar a la sociedad, en el bien entendido de que, conocidos sus supuestos fundamentales, ello sería solo cuestión de tiempo.⁸⁹ Pero no fue solo la Ilustración o la versión equivocada de ella (pues no era tanto la certeza como la duda lo que había en su seno o, si se prefiere, lo provisional)⁹⁰ lo que derivó en los llamados experimentos sociales de la primera mitad del siglo XX, sino también —y de manera sustancial— las condiciones socio económicas de Europa, o mejor, de las numerosas Europas que coexistían unas con otras en el mismo continente. Entre ellas, la vertiente prusiana.

Esta versión de la realidad, la prusiana, proponía ubicar en el seno de la sociedad no a la civilidad sino a la milicia. Este modelo que, como iremos viendo, va a instalarse paulatinamente en las mentes de la oficialidad más joven del ejército chileno, empezó a exportarse a distintos países ya desde el último cuarto del siglo XIX, desde Alemania. Por aquel tiempo, “[o]ficiales de los ejércitos de Rumania, Turquía y Grecia estudiaban ahora en Berlín la ciencia de Estado Mayor. El General Miribel, nombrado en 1871 Jefe de Estado Mayor francés, lo organizó según el ejemplo prusiano como ‘Etat-Major Général de l’Armée’ con cuatro ‘bureaux’⁹¹ ... En 1882 una misión militar alemana, dirigida por el general de Estado Mayor von Kaehler, acompañado por tres expertos de infantería, caballería y artillería, fue enviado a Turquía. Al año siguiente el sultán Abdul Hamid II llamó a Colmar von der Goltz... como inspector de las escuelas militares... donde pronto” se le encargó “la reorganización militar” de ese país. Lo mismo ocurrió en Italia con el Estado Mayor, organizado *à la* prusiana, lo mismo que en Japón, “que contrató en 1884 al General Meckel

⁸⁹ Todas las grandes ideas llevan implícito el signo de la incompreensión y, por ende, de la mala lectura que se haga de ellas. Sostenemos que mientras más profunda la idea, más nutrida de equívocos se hallará. La Ilustración no es una excepción y es este el sentido con el que la expongo aquí. Lo mismo puede decirse de la Teoría de la Evolución, de la Teoría de la Relatividad, o más recientemente de ensayos como *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas Khun, quien murió intentando aclarar una y otra vez los alcances de su obra, lamentablemente sin éxito.

⁹⁰ “...los mayores descubrimientos han sido hechos por hombres que solo consideraban probable lo que otros daban por seguro,” observaba Georg Lichtenberg. En Edison Otero; *Citas de filosofía, ciencia y pensamiento crítico*; Santiago; Universidad del Desarrollo; 2018; p. 51.

⁹¹ Bajo la influencia del mismo general Miribel, se introduciría en Francia, a partir de 1872, el servicio militar obligatorio.

como instructor de su ejército.” Después de 1890 el teniente coronel von Falkenhayn partió a China como consejero militar. Poco después de la llegada de Körner a Chile, el hijo de von der Goltz, “también oficial de Estado Mayor, fue pasajeramente profesor en la Escuela Superior de Guerra en Buenos Aires.”⁹²

¿Pero qué significaba la prusianización más allá de los hechos? La respuesta no es única. Para unos fue un proceso, “particularmente intenso en la educación. Así, como fenómenos asidos a la misma cuerda, se creó el Instituto Pedagógico para la formación de profesores, y se pusieron en práctica los métodos alemanes en la enseñanza primaria,” algunos de cuyos rasgos característicos eran “la disciplina, el cuidado por la higiene, la gimnasia,” todo ello orientado a “formar el carácter.”⁹³ Para otros, la capa más externa de un negocio muy lucrativo, especialmente para el fabricante alemán Friedrich Krupp que se enorgullecía de que “su compañía se hubiese transformado en la principal proveedora de artillería a no menos de dieciocho países del hemisferio occidental.”⁹⁴ Para otros, incluso, el resultado de una coyuntura que había dejado al ejército “privado de la casi totalidad de sus jefes y oficiales,” lo que sumado a las fricciones con Argentina, la más reciente de las cuales había tenido lugar en 1902, determinó la urgente “modernización del Ejército bajo la supervigilancia de Emilio Körner.”⁹⁵ Mas para los militares de aquel tiempo, como el capitán Alberto Muñoz F., el asunto tenía otra raíz: “La historia se ha encargado de sentar, como un principio incommovible, el mérito sobresaliente del soldado chileno, pero a la vez, ese mismo principio pone de relieve la incapacidad manifiesta de muchos jefes y oficiales que han actuado en diferentes campañas,”⁹⁶ todo lo cual derivaba en que “[l]o militar debía ser elevado a un nivel científico y cultivarse con la rigurosidad propia de las ciencias. Es una profesión que requería tanto más estudio que cualquier profesión liberal.”⁹⁷ En otras palabras, había que dejar de mirar pasivamente la hora

⁹² Walter Görnitz; *El Estado Mayor Alemán. Su historia y semblanza* – Tomo I; Buenos Aires; Círculo Militar – Biblioteca del Oficial; 1952; pp. 189-90.

⁹³ Jean Pierre Blacpain; *Les allemands au Chili, 1816-1945*; Koln & Wien, Bohlan Verlag; 1974; en Cristián Garay Vera, Fernando García Molina; *Germanización y Fuerzas Armadas. Chile y Argentina bajo el embrujo prusiano 1885-1914*; pp. 144-5. Disponible en <https://goo.gl/oYmpbT>; acceso: 18/4/2018.

⁹⁴ William Sater, Holger H. Herwig; ob. cit.; p. 7. “Hay que recordar que solo Chile en 1910 adquirió nada menos que 800 cañones Krupp y 150.000 fusiles y carabinas Mauser;” en Cristián Garay y Fernando García; ob. cit.; p. 147 – n. 5.

⁹⁵ Sergio Villalobos *et al*; ob. cit.; p. 743.

⁹⁶ Alberto Muñoz; *El problema de nuestra educación militar*; en Memorial del Ejército, cuaderno X, año VIII; EMGE; Santiago; 1913; p. 958. En Cristián Garay, Fernando García; ob. cit.; p. 145.

⁹⁷ Enrique Brahm; ob. cit.; p. 37.

para pasar a comprender el aparato de relojería y, de ser posible, reproducirlo. Y qué más a propósito que el elemento prusiano, el mismo cuyo irresistible atractivo Collier y Sater calificaron de “embujo.”

Prusia había resultado vencedora en Sedán, en 1870. A partir de aquel momento, como hemos visto, no hubo otra manera de comprender lo militar sino a través de esta suerte de receta segura que garantizaba la victoria más allá de la magnitud del enemigo, la distancia a recorrer, o el propósito a alcanzar. “Según el plan del Ministerio de Guerra,⁹⁸ a cuyo cargo estaban las reformas y su estudio, era preciso cumplir con varios objetivos, tales como crear una fuerza capaz de repeler una agresión, mantenerla apta en tiempo de paz, trazar planes respecto de sus operaciones y de los posibles teatros de operaciones, actualizar la instrucción, organizar los servicios del Ejército, modificar los reglamentos existentes y las disposiciones de la justicia militar, uniformar el vestuario de las unidades, formar una oficialidad y suboficialidad idóneas, etc.”⁹⁹

Este esquema de las cosas, en definitiva, priorizaba el control por encima de cualquier otra consideración, y por ende la disciplina, la formación y la guía del carácter daban el tono y el compás de esta maquinaria en marcha. Así las cosas, la reforma, entre 1886 y 1920, estaría marcada por tres componentes esenciales: 1) la educación (a partir de 1886), 2) la organización (después de 1891, y después de 1906), y 3) el empleo (maniobras, movilización de 1920). Pueden añadirse otros, pero en beneficio de la claridad diremos que estos tres son los fundamentales. Por lo pronto, si el proceso comenzó con la reforma del sistema educativo, ello no implica que se detuviera en la fase organizacional. Por el contrario, el proceso era una suma o agregado antes que una secuencia, e iba a ser así a lo largo de todo el siglo XX, incluidas la influencia estadounidense a partir de 1945, y la de la OTAN a partir de la década de 1990. De esta manera, la fase educativa o de reforma de la educación fue la más larga de todas. Puede fijarse su inicio con la llegada del capitán Körner a la Escuela Militar, y la posterior creación de la Academia de Guerra un año después, en 1886. Posteriormente,

el 10 de octubre de 1895, [va a llegar] un numeroso grupo de tenientes y subtenientes encargados de implantar en Chile los reglamentos tácticos de su país y los métodos modernos de instrucción, así

⁹⁸ EMGE; T. VII; ob. cit.; p. 17; en Cristián Garay, Fernando García; ob. cit.; p. 146.

⁹⁹ *Ibidem*.

como de orientar en su verdadero sentido el servicio de las tropas, sometido hasta entonces a un régimen que no favorecía ni la preparación de los oficiales, ni el adiestramiento de la tropa.¹⁰⁰

La idea de reforma traía, en esta etapa, asociada, la idea de evolución. El Ejército debía dejar atrás la fase de los ejércitos organizados a base de cuerpos de voluntarios por otra que se asentara en los ejércitos profesionales y, por extensión, permanentes. Esto último es clave, puesto que significó renovar tanto los conocimientos como los procedimientos de instrucción y de combate, “que los acontecimientos de las guerras europeas, especialmente la de 1870-71, entre Francia y Alemania, habían encaminado hacia nuevas orientaciones.”¹⁰¹ El proceso, iniciado con la llegada de un solitario capitán alemán, desembarcado en Valparaíso a fines de 1885, había dado paso a la importación de un grupo cada vez más numeroso de oficiales alemanes y de un envío, no menos considerable, de un ingente número de oficiales chilenos a Europa. La idea original, nacida en Chile, había crecido hasta tomar cuerpo en una visión que proponía como eje de todo el proceso al estado mayor. En carta de fecha 30/1/1882, el ministro de Chile en Berlín, Guillermo Matta, resumía todo el asunto al general Emilio Sotomayor, a la sazón director de la Escuela Militar:¹⁰² “Cuando le contesté la consulta le hice saber la recomendación de Ud. de estudiar los torpedos terrestres y las fortificaciones, lo mismo que de preparar láminas para la enseñanza militar. Si Halder [que había sido la primera opción antes de Körner] no se decidiese a ir, tengo en vista otros candidatos...” Y agregaba con entusiasmo: “Por lo que he observado aquí, compadre, y metiéndome en una cosa que poco entiendo, el Estado Mayor es el quicio de la organización de un ejército y el instrumento más seguro de la victoria. Sobre esto le escribí al presidente anunciándole que un teniente de Estado Mayor deseaba irse a Chile o bien prestar sus servicios en ese ramo o bien hacerse cargo en la Escuela Militar de una sección de cabos. ¿Qué le parece, compadre, la idea?”¹⁰³

Lo más importante, sin embargo, venía al final de la referida misiva: “...Chile tiene que pensar en sostener una educación militar a una altura que inspire respeto a sus vecinos y

¹⁰⁰ VV.AA.; *La instrucción...*; p. 3.

¹⁰¹ VV.AA.; *La instrucción...*; p. 24.

¹⁰² VV.AA.; *La instrucción...*; p. 24.

¹⁰³ La Escuela Militar era el instituto donde se formaban los militares, fueran estos oficiales o cabos, de allí su nombre. Con el tiempo iría a transformarse en instituto formador de oficiales. (Ley de Planta del Ejército Permanente de 10 de octubre de 1845; en Darío Risopatrón; *Legislación Militar de Chile*; en Pablo Rodríguez M.; ver nota 84 *infra*).

por esto mismo sería una ventaja poseer maestros que estuvieran al cabo de todos los adelantos modernos.”¹⁰⁴ En una segunda correspondencia, fechada un año y medio más tarde, Matta parecía aún más convencido de sus primeras impresiones: “El Ejército en Alemania, como que es su alma misma, es lo mejor que hay en organización y conducta, y si Chile no quiere perder las conquistas que ha hecho, es necesario que preste mucha y seria atención al poderoso elemento que asegura la vida de un país cuando se le *ilustra* y se le *arma* para defender su libertad y sostener su progreso.”¹⁰⁵ Ilustrar y armar eran las claves. Nada de eso sería posible, sin embargo, sin la decidida transformación del Ejército, lo que implicaba cortar la cuerda que arrastraba los trastos del pasado. El soldado profesional debía quitarse la gastada piel —para seguir la idea de Enrique Brahm— del soldado romántico.¹⁰⁶

La ilusión de que era posible cambiar un ejército por otro fue prendiendo paulatinamente hasta alcanzar todos los rincones. He aquí un testimonio de la época: “Me decía el señor general [Körner], que se organizarían casinos para los señores oficiales, instalados por cuenta del Gobierno, que mejorarían las condiciones debidas de la tropa en general, que se adquiriría material de guerra apropiado a las necesidades, que se iniciaría una instrucción práctica e intensa en las tropas y en los establecimientos militares, de acuerdo con la nueva reglamentación que se dictaría, de manera de conseguir en corto tiempo una grande evolución en todo sentido.”¹⁰⁷

El entusiasmo resultaba contagioso. El modelo prusiano representaba un camino en el que nunca nadie había pensado. Y la característica más distintiva parecía ser no tanto la llegada como el recorrido. La llegada podía representarse como un estado de equilibrio duradero y de tal consistencia que, sin importar lo que ocurriera, el ejército estaría preparado para enfrentarlo. El camino, en cambio, representaba el proceso transformador mediante el cual la sociedad civil adquiriría cierta conciencia de patria, de ciudadanía responsable, de deber hacia el más alto de todos los ideales, que es el de la nación. El proceso aseguraba el resultado. En suma, el modelo

¹⁰⁴ VV.AA.; *La instrucción...*; p. 27.

¹⁰⁵ *Ibídem*: p. 28. (Las cursivas son del autor.)

¹⁰⁶ Ver n. 38, *supra*.

¹⁰⁷ VV.AA.; *La instrucción...*; ob. cit.; p. 30. El texto aparece firmado por el general Arturo Ahumada.

no podía fallar. Y si algo podía fallar era la voluntad de llevarlo a la práctica. Un reloj es un reloj.

El futuro general Körner va a representar, en esta puesta en escena, el papel principal —y por partida doble: va a ser el director y el protagonista de esta *mise en scène*. Nacido en 1846, miembro de la generación de Hindenburg, veterano de la campaña de Sedán, y profesor de Historia Militar, Táctica, y Hoplogología en Charlottenburg, el entonces capitán va a ser contratado por el gobierno de Chile “en calidad de instructor, con el cometido de actuar como subdirector y profesor de la Escuela Militar y como organizador de la Academia de Guerra.”¹⁰⁸

Figura controversial, Körner encarna la quintaesencia del desacuerdo histórico. Para unos (Brahm, Arancibia), fue el motor de la reforma, para otros (como Sater y Herwig) se aprovechó de ella para construir una fortuna personal. En palabras de John Bawden,

El propósito de la profesionalización militar en Chile es objeto de un riquísimo debate historiográfico. William Sater y Holger Herwig discuten toda la idea de la prusianización. Primero, sostienen que Körner se enriqueció vendiendo uniformes, fusiles y cañones germanos. El interés financiero, sostienen, explica por qué Körner insistió tanto en el servicio militar obligatorio. En segundo lugar, los soldados chilenos podrían haber adquirido la apariencia de sus pares prusianos, pero apenas les alcanzaba para ser pálidas copias de los modelos originales. En 1920, el Ejército fracasó en su intento por movilizarse al norte cuando tropas peruanas se concentraron —o eso se pensaba— a lo largo de la frontera norte.¹⁰⁹ Enrique Brahm reconoce que Körner se enriqueció negociando la venta de armas con firmas alemanas, pero insiste en que aun así el hombre deseaba genuinamente transformar el ejército de Chile en un fuerza de combate eficaz, especialmente a la luz de la disputa entre Argentina y Chile, que casi resultó en una apertura de hostilidades en 1902.¹¹⁰

Ambas posturas deben ser ciertas. Ambas se basan en evidencia que no es propósito de este trabajo sopesar y comparar.¹¹¹ Por lo pronto, diremos que habiendo sido contratado como

¹⁰⁸ VV.AA.; *La instrucción...*; ob. cit.; p. 36.

¹⁰⁹ Véase nuestro relato más abajo.

¹¹⁰ John Bawden; ob. cit.; p. 9.

¹¹¹ “El Ejército fue una víctima de Körner y, en menor grado, el régimen parlamentario. Santa María deseaba modernizar [el aparato] militar y lógicamente seleccionó a un prusiano. El problema es que Körner traicionó tanto al gobierno chileno, que lo contrató, como al ejército que, se suponía, era al que tenía que guiar. Tal como Herwig y yo hicimos notar, Körner traicionó su misión al cosechar el dinero de las industrias de armamento germanas. En breve, lo que sucedió no fue culpa del Ejército sino de Körner y, en un grado menor, del gobierno que debería haberlo supervisado.” William Sater; correspondencia con el autor (24/5/2017). Véase también *The Grand Illusion*, p. 206.

instructor (o profesor), terminará sus días ejerciendo lo que era a la sazón el más alto cargo institucional, el de Inspector General del Ejército (1904 – 1910).

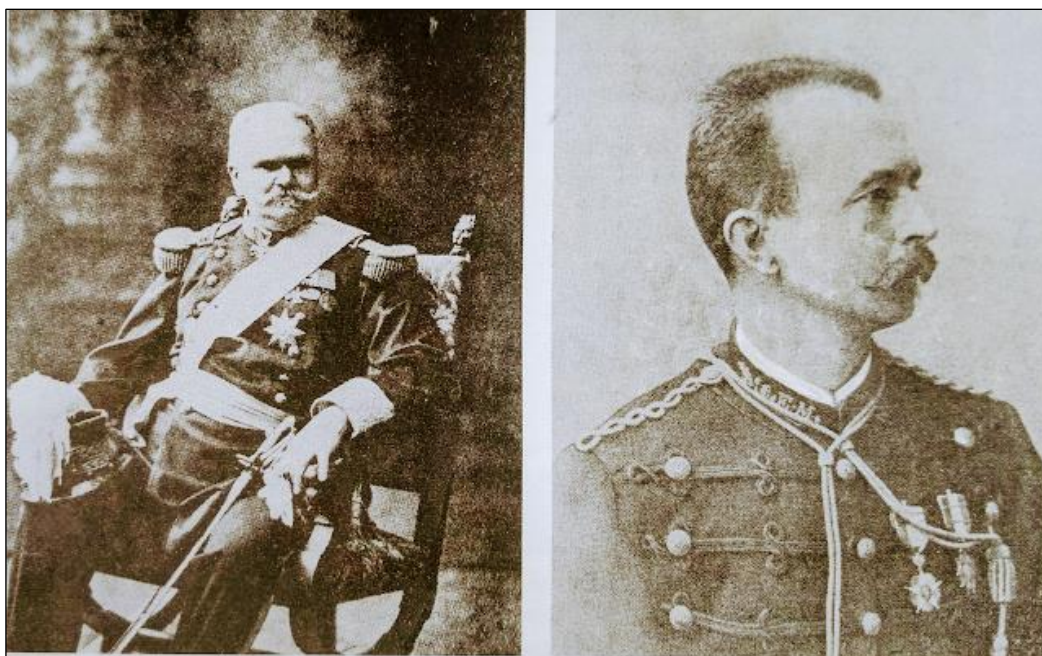


Figura 3.

Los generales Emil Körner y Jorge Boonen¹¹²

En un texto que hemos venido citando, *La instrucción alemana en Chile – Recuerdos de cuarenta años*, es del año 1926. En esa época, todavía temprana, la figura de Körner — aparentemente— no había fraguado en el ánimo del historiador como en el del entusiasta de la prusianización. Para este, “[Körner] ingresó en las huestes revolucionarias [en 1891], no por ideas políticas, sino por el deseo de abrir nuevos horizontes a la carrera de las armas y de ponerse al frente de los que habían sido sus alumnos, como él lo afirmó posteriormente repetidas veces.”¹¹³ Para ellos, el señalado reformador debía poner a prueba su modelo, sin perjuicio de que el contrato que suscribiera lo atara antes al Gobierno que a los revolucionarios.¹¹⁴ “Si bien Boonen,” escribe Gonzalo Vial, “influyó a Körner, ambos debieron tener presente que su futuro militar y el futuro de sus ideas militares eran más

¹¹² Gonzalo Vial; ob. cit.; 1984; p. XV, láminas interiores.

¹¹³ VV.AA.; *La instrucción...*; ob. cit; p. 37.

¹¹⁴ Véase en Gonzalo Vial; ob. cit.; p. 791: “Otros oficiales germanos,” señala, “se sintieron obligados por su honor a mantener neutralidad ante el conflicto civil.”

promisorios con el Congreso.”¹¹⁵ Para ir un poco más lejos, una disputa todavía no zanjada entre Del Canto y Körner mantiene abierto el interrogante acerca de las causas del triunfo del bando congresista en la guerra. ¿Fueron los viejos tercios los vencedores o las ideas renovadoras del instructor alemán las que determinaron el triunfo de los rebeldes? ¿Eran abrumadoramente ejemplares las técnicas y los arreglos de este, al extremo de probar que un antiguo cuerpo militar nada podría hacer frente a una maquinaria de guerra perfectamente concebida?

En realidad, el Ejército congresista no podía poner a prueba nada. “La mística que Körner daba al joven Ejército revolucionario,” apunta Alejandro San Francisco, “es de la mayor importancia, por cuanto se trataba de formar un ejército, de improvisarlo... a partir de mineros del salitre y voluntarios de la capital y del sur del país, pero en ningún caso era un ejército profesional, que llevara varios años trabajando junto. Se trataba más bien de aprovechar la fortaleza natural de estos mineros, y la experiencia de algunos en la Guerra del Pacífico, para que aprendieran rápida y disciplinadamente.”¹¹⁶

Fue una fuerza improvisada la que dio la victoria al bando en el que se hallaba Körner. Hasta 1891, el Ejército había transitado desde la educación a la práctica, pero estructuralmente no se había renovado. Desde 1839, el Ejército se organizaba a base de plazas fuertes, las cuales dependían de un comandante general de armas, cargo que solía ser ejercido por el respectivo intendente provincial. Puede afirmarse que en este esquema el Ejército no tenía un carácter unitario. En cierto modo existía pese a no contar con él, pues en aquel tiempo antes que una carencia esto resultaba ser una condición. Es lo que Körner va a modificar cuando haga pasar las zonas militares al control del Estado Mayor General (lo que, de paso, va a refrendar la intuición del ministro Matte acerca del papel que este organismo cumplía en Alemania). Merece la pena citar el texto siguiente, tomado de un ensayo del historiador Pablo Rodríguez, acerca de la estructura institucional del Ejército en la época.

El Ejército —dice— no tuvo un carácter “unitario” sino que era una organización basada en diversos cuerpos de armas, diseminados en el territorio nacional [plazas fuertes], subordinados a la autoridad

¹¹⁵ Gonzalo Vial; ob. cit.; p. 792.

¹¹⁶ Alejandro San Francisco; *La guerra civil de 1891. Chile. Un país, dos ejércitos, miles de muertos*; Santiago. T. II; Centro de Estudios Bicentenario; 2008; p. 143.

política que ejercía jurisdicción en determinada provincia o departamento, sin un comando superior en el nivel institucional que condujera las actividades de instrucción y administrativas, por cuanto el canal de mando se concretaba desde los cuerpos hasta el ministro de guerra, a través de una función anexa de las autoridades provinciales o departamentales, denominada comandante general de armas y comandante de armas particular, respectivamente... Para la supervisión de las actividades de los cuerpos, el ministro de guerra contaba con el inspector general del Ejército, en calidad de autoridad delegada, que no tenía facultades de mando y estaba sometida a las restricciones que la misma Ordenanza [para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de los Ejércitos de la República, de 1839] contenía, en cuanto a solicitar los permisos respectivos a las autoridades locales para ejercer sus funciones, en la provincia o departamento que correspondiera.¹¹⁷

La figura del comandante en jefe solo cobraba sentido cuando se formaba un ejército en campaña, el que se componía a partir de la segregación de unidades desde las zonas militares, para ser empleadas en este nuevo escenario.¹¹⁸ Pero esto no era todo, al depender de autoridades políticas (como los intendentes), el Ejército carecía de un estamento que lo condujera, si bien no centralizadamente, al menos de manera sincronizada. La Guerra del Pacífico activó la señal de alerta en todo lo que significaba la ausencia de un ejército permanente, apenas disimulada por la figura de un ejército supuesto (o latente) que, para peor, ni siquiera existía en forma pues no por nada hubo que improvisarlo en, prácticamente, todos los órdenes. “De hecho, una de las mayores dificultades que debió enfrentar el Ejército para la conformación de dicha fuerza se deriva, precisamente, de la carencia de un comando superior en el nivel institucional desde tiempos de paz...”¹¹⁹

En 1892, entonces, se crea un estado mayor permanente para asesorar al ministerio de la guerra. En 1895 se crean las zonas militares “como una forma de agrupar unidades militares en una determinada región, [aunque todavía] bajo el mando de la autoridad local. Con esta modificación [se otorgó, por primera vez] en la historia del Ejército ‘mando y administración militar dentro del territorio de su zona’ a un oficial de ejército en tiempo de paz,” sin perjuicio de que se tratase o no de fuerzas en campaña. “Solo a partir de esta fecha es posible identificar

¹¹⁷ Pablo Rodríguez M.; *La organización del Ejército en el siglo XIX. Fundamentos y evolución en el período 1830 – 1900*; en Boletín de la Academia de Historia Militar; año 2014; N.º 28 p. 99.

¹¹⁸ Pablo Rodríguez M.; ob. cit.; p. 100.

¹¹⁹ Pablo Rodríguez M.; ob. cit.; p. 98.

continuidad orgánica con las actuales divisiones del Ejército.”¹²⁰ Por su parte, la conducción institucional siguió desagregada. Administrativamente, las zonas militares se hallaban sujetas al control de los mandos locales. En todo lo demás, ellas dependían del ministerio de la guerra.

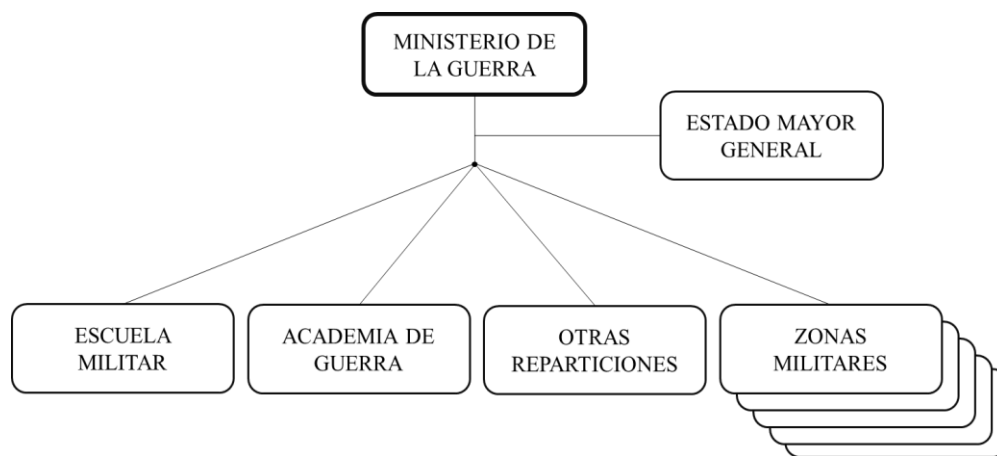


Figura 4. Estructura del Ejército a partir de 1892. Las zonas militares reemplazan a las antiguas Comandancias de Armas. La Escuela Militar y la Academia de Guerra se encuentran al mismo nivel que las zonas militares, con dependencia directa del Ministro de la Guerra.¹²¹

Como se ve, la separación del Ejército de la esfera de la política recoge el modelo prusiano y lo adopta. En consecuencia, para 1892 la estructura del Ejército (ver figura siguiente) es escindida de los mandos locales (intendentes) y pasa a depender del ministerio de la guerra. Este considera, además, la figura del estado mayor general, tal como señala el modelo en cuestión, solo que a diferencia de lo que ocurrió en Prusia, en el caso presente la subordinación a la autoridad civil, representada por el ministro de la guerra, parece hacerse efectiva desde el comienzo.¹²² Sabemos que más adelante, en 1920, en la llamada guerra de

¹²⁰ La búsqueda de veteranía histórica ha llegado a extender artificialmente la vida de las unidades en los niveles más significativos, esto es, el de los regimientos y divisiones. La continuidad forzada con que se ha trazado el itinerario de algunas de ellas ha hecho remontar su origen a las guerras de independencia lo que, salvo excepciones, ha constituido un despropósito. Lo mismo ha ocurrido con determinados cargos como el de comandante en jefe del Ejército. De hecho, nominalmente, y como cabeza institucional, esa figura recién va a aparecer en 1931 en la persona del general Bartolomé Blanche. (El Ejército, no obstante, mantiene la idea de continuidad. Véase en su sitio web la sección comandantes en jefe: <https://goo.gl/wMHe3D>; acceso: 13/6/2018.)

¹²¹ Pablo Rodríguez; ob. cit.; p. 105.

¹²² En términos muy poco académicos diremos que este molde va a empezar a desordenarse hacia la década de 1920, aspecto que, si bien escapa a los fines del presente ensayo, el lector interesado en el estudio de la evolución global del Ejército a lo largo del siglo XX debe tener presente.

don Ladislao, el modelo será puesto a prueba y no saldrá bien parado. Con todo, la influencia prusiana sobrepasará los límites meramente estructurales, se adentrará en el ethos de la profesión, como veremos en la última sección de este trabajo, y no dejará de verse a sí misma a partir de entonces como el antecedente más preclaro del honor y de la salvaguardia de los valores nacionales.

El esquema precedente entonces muestra el orden que adquirió el Ejército a partir de 1892. Ya hemos señalado más arriba que la reforma no fue una sola, antes bien se trató de un conjunto de reformas o modificaciones que afectaron a la educación, la organización y, como consecuencia, al empleo de la fuerza militar. El modelo que aquí se presenta debía parecerse a lo que Körner tenía en su mente, dado que era esta —hechas las salvedades más obvias— la organización del ejército prusiano: un mando central, unitario, y un conjunto de unidades dependientes agrupadas por tipos, de manera que, si bien la acción quedaba hasta cierto punto descentralizada, en todo lo demás el Ejército quedaba subordinado a un mando único. En otras palabras, la estructura resultaba piramidal, por oposición a la precedente que era más plana. En este nuevo modelo, “los cuerpos de armas [quedaban separados] de las intendencias y gobernaciones.”¹²³ En el modelo alemán pasaba algo similar, puesto que las zonas militares funcionaban como espacios físicos (los cuarteles) sobre los cuales pasaban las unidades militares en tránsito a nuevos destinos, es decir, las tropas lejos de permanecer fijas en alguna destinación se movían pasado un tiempo. Así, lo permanente era la zona, y no la unidad que la guarnecía.¹²⁴ En el caso chileno las unidades se irán quedando en las zonas hasta el extremo de identificarse con ellas, y lo único que va a moverse será la oficialidad y, excepcionalmente, el cuadro permanente. Esto dará lugar a una problemática que por diversas vías se intentará solucionar, a saber, el de las destinaciones de los oficiales. Por el momento, sin embargo, no iremos tan lejos y nos centraremos en el esquema que va a servir de base para la modificación de 1906, que es el tema que veremos a continuación.

¹²³ Pablo Rodríguez en *ibídem*.

¹²⁴ Debo esta aclaración al historiador Pedro Hormazábal E.

1906: EL AÑO DE LA REFORMA

La reforma del año 1906 es una revolución a escala reducida. Ya hemos visto que la revolución mayor se venía gestando desde veinte años antes en la educación y en la organización del Ejército. La que aquí estudiaremos no se dio tanto en la educación como tampoco en el eventual empleo de la fuerza militar, ella se dio con exclusividad en la organización y la administración, con algunos efectos parciales en la educación y el empleo. El Decreto de 12 de mayo de 1906 es en esencia un “Plan de reorganización de los servicios superiores del Ejército,”¹²⁵ en el marco de un esquema que se venía fraguando entre la oficialidad más joven, influenciada por su estadía en Europa, particularmente en el Imperio Alemán, que es de donde ellos van a tomar el modelo.¹²⁶ Recordemos que el que se hallaba vigente desde 1896 contemplaba zonas militares sujetas a un mando centralizado que en buenas cuentas lo ejercía el Estado Mayor General, pese a que por estructura esta responsabilidad recaía en el Ministro de la Guerra. En el nuevo modelo, en cambio, las zonas (concepto geográfico) serían reemplazadas por divisiones (concepto operativo), mientras que la fuerza militar seguiría dependiendo del Ministro de la Guerra, pese a que con el tiempo esta tarea iría a recaer cada vez más en la persona del Inspector General.¹²⁷ La fuerza territorial, en consecuencia, se distribuyó en cuatro divisiones, “[l]a primera se extendía desde la frontera peruana a Coquimbo; la segunda abarcaba desde el sur de Coquimbo a San Felipe, incluyendo a la capital, Santiago, y su principal puerto, Valparaíso; la tercera abarcaba la sección correspondiente a Concepción, la tercera ciudad más grande de Chile, como así también la base naval fortificada de Talcahuano; y la cuarta incluía todo lo quedaba del territorio hacia el

¹²⁵ Ejército de Chile; *Recopilación de leyes, DL., DFL., Reglamentos y Decretos del Ejército*; Plan de reorganización de los servicios superiores del Ejército. 12 de mayo de 1906; (D.O. 16 de junio 1906); Santiago; Imprenta Salesianos; 1982; p. 289.

¹²⁶ Como se verá más adelante, no toda la influencia va a provenir de Alemania. Hay elementos y usos que provendrán, por ejemplo, de Austria. De aquí se van a copiar la blusa blanca (que los germanos no utilizaban) o los vivos negros y amarillos (que serán distintivos de las escuelas matrices militares hasta el presente).

¹²⁷ EMGE; T. VII; ob. cit.; p. 270. Véase también en Sater y Herwig; p. 78: “La última de las cuatro instituciones autónomas en el ejército chileno, era la del inspector general, un puesto resucitado de la papelera de la historia. Establecido para ‘armonizar’ las varias organizaciones que operaban bajo la égida del ministro de la guerra, el poder del inspector general parecía ilimitado.”

sur, incluyendo el Estrecho de Magallanes, paso vital que conectaba a Chile con las economías del Atlántico Norte.”¹²⁸

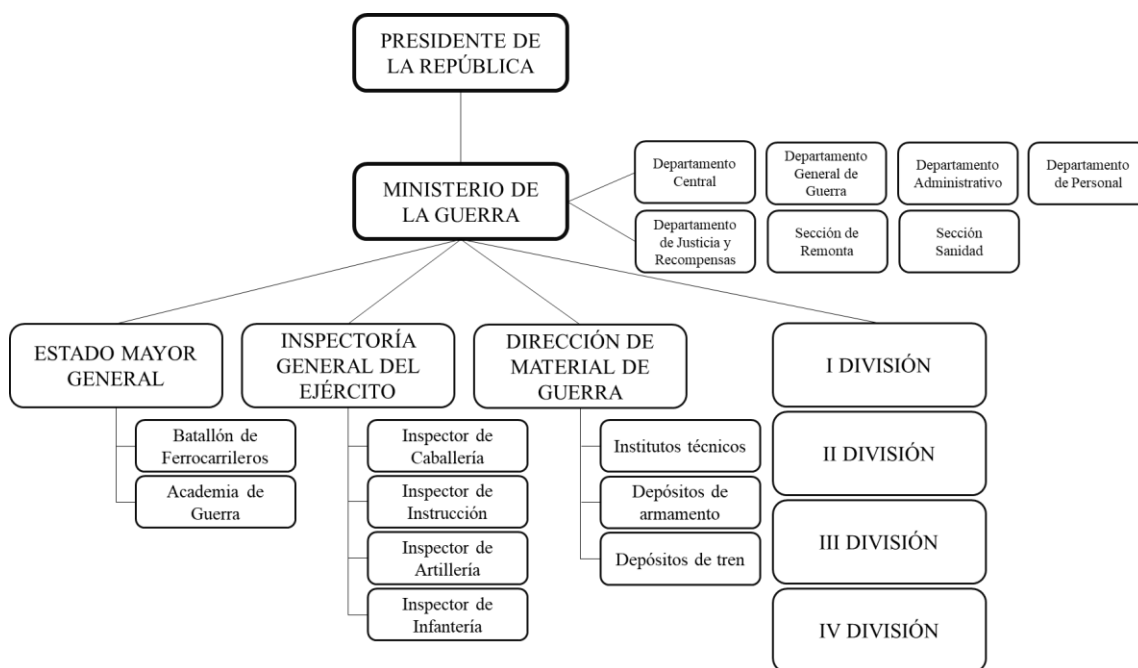


Figura 5. Estructura del Ejército a partir de 1906. Tanto la Academia de Guerra como la Escuela Militar pasan a ser órganos encuadrados. Desaparecen las zonas militares y en su lugar aparecen las divisiones. La Dirección de Material de Guerra deja de estar encuadrada y aparece como organismo dependiente en el mismo nivel que la Inspectoría, el Estado Mayor y las Divisiones¹²⁹.

A estas divisiones se añadían, bajo el paraguas ministerial, tres órganos más, a saber, el Estado Mayor General, la Dirección de Material de Guerra, y la Inspectoría General. Del primero dependían el Batallón de Ferrocarrileros y la Academia de Guerra; de la segunda, organizada en tres secciones, dependían la Fábrica de Munición, la Maestranza, la Fábrica de Pólvora, y el Museo Militar (primera sección); el Depósito de Armamentos (segunda sección); y el Depósito y la Compañía de Trenes (tercera sección); y de la última, las inspecciones y escuelas. La figura 5 ilustra de manera general esta distribución, lo que permite ver con claridad que la dependencia es centralizada pero aun así mejor dirigida que la anterior, por cuanto no hay autoridades intermedias entre el mando supremo y la fuerza en cuestión.

¹²⁸ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 73.

¹²⁹ La imagen corresponde a una síntesis de fuentes diversas: Memorial del Ejército, Cuaderno I; Santiago; Estado Mayor General; 1906; p. 217 – Anexos; Patricia Arancibia; *El Ejército*; ob. cit.; p. 257; EMGE; ob. cit.; p. 269 y ss.; Gonzalo Vial; ob. cit.; p. 796.

Además, no hay Comandante en Jefe del Ejército, aunque sí se han designado comandantes en jefe divisionarios.¹³⁰

Desde un punto de vista estructural, el Ejército podía asimilarse a un conjunto de cajas o cuadros más o menos llenos que, en tanto no hubiese necesidad de completar, permanecerían vacíos o “por completar.” Vale la pena que recordemos los problemas que el Gran Elector debió enfrentar hacia 1653 cuando promovió la idea de un ejército permanente, que no fuese necesario conformar cada vez que se requiriese. La idea, en suma, era bastante sencilla, y consistía en mantener un organismo que pudiese completar sus cuadros (nuestras cajas) de manera ordenada. Los cuadros venían siendo como un enrejado de cajas cuyos espacios se llenaban con personal movilizado, lo que traía consigo otra complicación, dado que con independencia de que existiesen los cuadros (lo que ya representaba un costo), el relleno debía acomodarse con la rapidez suficiente como para no dar pie a la situación precedente, es decir, sin ejército (como ocurrió en la guerra del Pacífico). Y aquí es donde entra la idea de sistema, pues la completación se realizaba con reservas entrenadas. Y el rol de preparar reservas lo cumplía otra institución igualmente indispensable: la del servicio militar. Así, convenientemente registrados, los ciudadanos se licenciaban del servicio para pasar directamente a la reserva. El Ejército, entonces, era un mecanismo que, hechas todas las salvedades, transformaba ciudadanos en reservas.

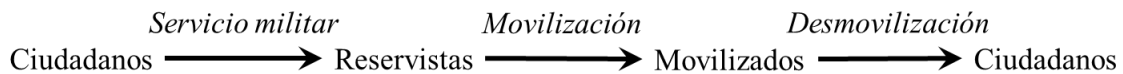


Figura 6. Secuencia de pasos que ilustra el sistema de completación de cuadros por medio de llamados. Para ello, es indispensable que cierto número de ciudadanos reciban preparación militar de manera de transformarse, por medio del servicio militar, en reservistas.

Como consecuencia, el sistema funcionaría siempre y cuando el ciudadano, luego de ser llamado, acudiera a reconocer cuartel. En teoría, al ser llamado, iba a encontrar su puesto y su equipo esperándolo. En otras palabras, la movilización no consistía en un mero enganche, era mucho más que eso, era poner a punto una maquinaria que se conservaba al día para recibir

¹³⁰ La imagen corresponde a una síntesis de fuentes diversas: Memorial del Ejército, Cuaderno I; Santiago; Estado Mayor General; 1906; p. 217 – Anexos; Patricia Arancibia; *El Ejército*; ob. cit.; p. 257; EMGE; ob. cit.; p. 269 y ss.; Gonzalo Vial; ob. cit.; p. 796.

y aprovechar al elemento humano que se *re-incorporaba* en momentos perfectamente sincronizados (no todos los reservistas acudían al mismo tiempo al llamado, este último se realizaba por fases). En este sentido, era como un reloj cuyas piezas se mantenían en anaqueles separados, y que solo se ensamblaba en el evento de que fuera necesario “consultar la hora.”

“La concepción koerneriana,” escribe Gonzalo Vial, “era tener un ‘esqueleto’ militar ‘rellenable’ en caso de necesidad. El esqueleto lo constituía la oficialidad y suboficialidad y era permanente; el relleno [eran] los conscriptos, llamados a las armas cuando se les precisaba, pero que debían tener un entrenamiento mínimo y previo para la guerra.”¹³¹ El problema, entonces, no radicaba tanto en lo permanente como en lo transitorio. ¿Cómo asegurarse de que el elemento de relleno, esto es, la soldadesca, iba a acudir a los llamados de movilización? La experiencia de la disputa con Argentina, en 1898, que dio pie a la movilización de la Guardia Nacional no resultó lo suficientemente eficaz y Körner debió tomar nota de ello.¹³² Se necesitaba con urgencia de una ley que se prestara fielmente a la necesidad y exigencias de un ejército movilizable, pues era evidente que la Guardia era “una entidad demasiado ocasional, numerosa (200.000 hombres teóricos) y desordenada.”¹³³ Este es el origen de la Ley de Reclutas y Reemplazos del Ejército y la Marina del año 1900.

Con todo, el experimento va a tomar un tiempo en alcanzar un estado más o menos perdurable. Según Gonzalo Vial, “el presupuesto nunca dio recursos para recibir una cantidad superior a siete mil u ocho mil conscriptos anuales... 20% del contingente. Tampoco para llamar al perfeccionamiento de los ya adiestrados (‘reservistas’), mecanismo que la ley contemplaba. De tal modo, el ‘esqueleto’ jamás se ‘rellenó’.” Pero eso no era todo. El servicio militar era ni más ni menos el flujo de sangre nueva que alentaba al estamento permanente, pero este, a su vez, regentaba viejos órdenes que no contribuían a asentarlo. En dos palabras, la realidad había empezado a pasarle las cuentas al decreto. “La gran escasez que se nota de personal de Jefes y oficiales perjudica de un modo extraordinario al buen servicio del Ejército. Todas las unidades tienen sus dotaciones incompletas, proviniendo esto de que la organización actual del Ejército [la de 1906] aumentó el número de unidades y de reparticiones superiores

¹³¹ Gonzalo Vial; ob. cit.; p. 794.

¹³² Gonzalo Vial; ob. cit.; p. 794.

¹³³ Gonzalo Vial; ob. cit.; p. 794.

que existían anteriormente.”¹³⁴ Por supuesto, se había transitado de lo geográfico a lo operativo sin contar con el capital necesario para hacerlo. No tiene nada de extraño, entonces, que la memoria de guerra de 1907 diera cuenta de la mala recepción que había provocado la Reforma en la oficialidad superior del Ejército:

Sobre todo, se nota cierto malestar en los servicios superiores del Comando. Puestos que corresponden a Generales están desempeñados por Coroneles; por Tenientes-coroneles, puestos que corresponden a Coroneles; y Mayores ocupan el puesto de Jefe de Regimiento. Esto no carece de gravedad, pues es causa de algún desprestigio para el Comando Superior, que la graduación del Jefe que lo sirve no corresponda a la alta graduación que el puesto requiere y que le ha sido asignada. Está fuera de duda que las Inspecciones de Armas no pueden dar el resultado que de ellas se espera si no son desempeñadas por Generales, como el Comando de las Divisiones, ni las Brigadas podrán ser bien y correctamente instruidas sino por Jefes de la categoría de Coronel.¹³⁵

La molestia era entendible. La grave disonancia entre el papel y la realidad dejaba a la reforma como un ejercicio auxiliar destinado a consumirse por sí solo. Al período, y no sin razón, Sater y Herwig lo llaman el de la “cambiante estructura del Ejército chileno.” En cuanto terminó de remodelar el cuerpo de oficiales, escriben refiriéndose directamente a Körner, “era solo cuestión de tiempo antes de que se enfocara en la composición del contingente.”¹³⁶ Así, en 1902, de ocho batallones de infantería, tres escuadrones de caballería, tres regimientos de artillería, y un regimiento de ingenieros, se pasaba (ante la posibilidad de una guerra con Argentina) a diez batallones de infantería, ocho escuadrones de caballería, y cinco regimientos de artillería. Todos estos cambios vuelven a acomodarse ya no una sino dos veces, en 1903. En marzo de ese año, de diez batallones de infantería, cinco regimientos de caballería más una escolta presidencial, cinco regimientos de artillería, y cinco grupos de ingenieros, se pasaba, en octubre, a doce batallones de infantería, cinco regimientos de caballería y cinco de artillería, cuatro compañías de ingenieros, y una compañía de comunicaciones. Por si todo esto fuera poco, las leyes de conscripción habían aconsejado la conformación de cinco zonas militares, las que —como era de esperar—, fueron reducidas a cuatro en 1903.¹³⁷

¹³⁴ Memoria de Guerra; 1907; p. 10.

¹³⁵ Memoria de Guerra; 1907; p. 10.

¹³⁶ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 72.

¹³⁷ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 73.

En enero de 1906 cambiará al Ejército una vez más. Y lo mismo va a suceder cinco meses más tarde. “Curiosamente,” escriben Sater y Herwig, “el plan de 1906 era, organizacionalmente, tan confuso como el de fines del siglo diecinueve: cuatro de los trece batallones de infantería, tres de los regimientos de caballería, y dos de los cinco regimientos de artillería, contenían un número distinto de tropas que otras unidades que pertenecían a la misma arma de combate.”¹³⁸

Pese a la apariencia de modernidad, ciertos errores se mantuvieron: en varias divisiones o faltaban unidades clave o adolecían de falta de personal. En 1911, por ejemplo, los escuadrones de caballería asignados a la tercera y cuarta divisiones tenían menos hombres que las unidades equivalentes en la primera y segunda divisiones. A los batallones de ingenieros asignados a la tercera y cuarta divisiones no solo les faltaban las compañías hipomóviles, sino que su fuerza en hombres no era la misma que la de sus contrapartes en la primera y tercera divisiones. Un año más tarde, la tercera y cuarta divisiones todavía no tenían el número autorizado de contingentes de ametralladoras, caballería, y regimientos o grupos de artillería. Más aún, sus unidades logísticas y de ingenieros carecían del número de tropas requeridas. Las razones de estos problemas no están claras. Ciertamente, la creación de nuevas unidades de combate o técnicas, que a menudo empezaban por canibalizar tropas de otras unidades, se traducían en que pocas de ellas podían contar con la fuerza requerida. La falta de recursos pudo haber contribuido también a la falta de personal y, por consiguiente, a los problemas organizacionales.¹³⁹

El Ejército, según el presente estado de cosas hacia 1906, parecía lidiar con su tamaño. Era el David transformándose invariablemente en Goliat. Y en esta dinámica transformadora, lo más relevante parecía ser el cambio mismo, no solo permanente sino acelerado. En cuestión de meses lo que había sido ya no era, y lo que era adoptaba rápidamente el carácter de lo provisional. Körner se movía retocando aquí y allá lo que le parecía cojo o desprolijo. Sin embargo, la canibalización de que hablan Sater y Herwig, da cuenta de algo aún más profundo, y es esa desconexión a que nos hemos referido más arriba entre la realidad y el programa que debía darle forma. “[N]os hemos acostumbrado,” escribía acertadamente el general Carlos Sáez, “a reemplazar la acción del tiempo, en toda obra de progreso, por una ley o un simple decreto, convencidos de que el progreso depende solo de la buena voluntad del legislador o de la iniciativa del Gobierno. En 1906, seguimos nuestra costumbre.” En efecto, la idea de que la

¹³⁸ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 73.

¹³⁹ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 75.

intención va unida a la acción, de manera que lo que se espera que suceda sucede por el solo hecho de esperarlo, es una condición de aquel Ejército de 1906 que va a proyectarse más allá de sus circunstancias locales.

En definitiva, la reforma del año de marras, en palabras de Gonzalo Vial, transformó el estado de cosas vigente que, a juicio de los actores del momento, mantenía al Ejército sumido en un excesivo centralismo. “Francisco Javier Díaz, criticaba este régimen basándose, precisamente, en el sistema germano. El imperio tenía un Gran Estado Mayor, sí, pero las divisiones —unidades regionales del Ejército— y sus comandos tenían una alta autonomía.”¹⁴⁰ Los discípulos de Körner, como se los ha llamado en otro lugar, “[e]ncabezados por el más germanófilo de entre todos los oficiales de entonces, el capitán Francisco Javier Díaz... contrariando la posición de sus maestros logró hacer aprobar una reorganización que descentralizó completamente a la institución.”¹⁴¹ Se ha destacado que la reforma de 1906 consistió en transformar las zonas militares en divisiones, pero tanto en los efectos como en el modo de hacerla efectiva, fue mucho más que eso, pese a que efectivamente “se robustecieron las atribuciones de los comandantes divisionarios, los que ahora se entendían directamente con el ministro de Guerra, sin intervención del Jefe de Estado Mayor [que hasta 1904 era Körner], con lo que,” por extensión, “se perdía toda unidad en el mando.”¹⁴²

Vista así, la reforma no venía a reparar un mal, lo que hacía era cambiar uno por otro: es cierto que la independencia de los mandos les otorga mayor libertad de acción al no tener que depender de las decisiones que adopte un órgano central encumbrado y —en el peor de los mundos posibles— desconectado de la realidad. Sin embargo, los órganos requieren entenderse entre ellos para que el Ejército, a la larga, funcione como un solo cuerpo (un solo reloj). ¿Era posible esto en el gran esquema de la reforma? ¿Pasaba la solución por reorganizar? ¿No había más alternativas como, por ejemplo, mejorar lo que ya había? El caso es que, más allá de las salvedades, la reorganización no rindió los frutos esperados. “El año 1920,” escribe Carlos Sáez, “[u]n simulacro de movilización puso en evidencia [que] existía

¹⁴⁰ Gonzalo Vial; ob. cit.; p. 795.

¹⁴¹ Patricia Arancibia Clavel, ed.; ob. cit.; pp. 256-7.

¹⁴² Patricia Arancibia Clavel, ed.; ob. cit.; p. 257.

un verdadero divorcio en los altos comandos.”¹⁴³ Añade que, en Alemania, que era de donde se había importado el modelo, existía un Gran Estado Mayor, cuyo jefe, en caso de guerra, pasaba a ser “el verdadero comandante en jefe de los ejércitos movilizados.”¹⁴⁴ Y esa diferencia, en la estructura misma del ejército chileno, había engendrado un vacío. “La doctrina nos jugaba esta vez una mala pasada. Habíamos montado una máquina de acuerdo con todos los principios del arte, pero en el momento de ponerla en marcha pudimos comprobar que sus engranajes no funcionaban...”¹⁴⁵ La lección que el mismo Sáez extrae habla bien de su agudeza como observador, pues se da cuenta de que los cambios en instituciones tan complejas no deben hacerse sino de manera gradual, sin descartar la experimentación o la prueba. Por lo mismo, señala, “[l]a experiencia es... la obra lenta de los años.”¹⁴⁶ La experiencia protege a los ejércitos de apresuramientos, de “entusiasmos no bien justificados, de lamentables precipitaciones.”¹⁴⁷

Este desacople de la realidad tenía el signo de una práctica inveterada que supone que el modelo, cualquier modelo, vale por sí mismo, esto es, por el mero hecho de serlo, y que a los organismos solo les basta con seguir las instrucciones que el modelo les entrega.

Hasta donde le había sido posible, Körner se preocupó por mantener una estructura orgánica que funcionalmente soportaba el peso de un ente socialmente dislocado. Si bien parecía tener inclinación por jugar con las piezas y mover los peones,¹⁴⁸ también es un hecho que el Ejército era un batiburrillo de amigos y enemigos: los vencedores y vencidos de 1891; su material y equipo, además, era diverso (véase más abajo el caso de la artillería); las visiones e intereses muchas veces resultaban contrapuestos entre la oficialidad más veterana y la más joven. Era uno solo, es cierto, pero como consecuencia, tanto de la guerra civil como de los viajes al extranjero de la oficialidad más joven, y la formación militar (los unos en escuelas y academias, los otros en ninguna de las dos), la homogeneidad o el consenso eran más una aspiración que una cuestión efectiva. El panorama no podía ser menos halagüeño. Con todo,

¹⁴³ Carlos Sáez M.; *Recuerdos de un soldado. El Ejército y la política*; Santiago de Chile; Editorial Ercilla; 1934; p. 31. El simulacro de simulación se refiere a la llamada “guerra de don Ladislao, del año 1920.”

¹⁴⁴ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 31.

¹⁴⁵ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 31.

¹⁴⁶ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 31.

¹⁴⁷ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 32.

¹⁴⁸ Cfr. Véase Sater y Herwig; p. 76.

Körner se las amañó para fusionar este cuadro variopinto en un conjunto que, a la distancia, presentaba tintes de uniformidad. Por lo mismo, nada resultaba muy sencillo. La estandarización, por ejemplo, del “tamaño de las unidades no fue una tarea fácil, y en algunos casos ciertas ramas del ejército no se prestaron con tanta fruición a la uniformidad.”¹⁴⁹ Ello fue así con las compañías de ingenieros de puentes cuyo número no era el mismo que el de su símil de ingenieros de combate. Los batallones de infantería y los escuadrones de caballería mantenían el mismo número de tropas en uno y otro lado. La artillería, por su parte, era la más compleja de todas las armas porque su material la obligaba a mantener estructuras diferenciadas. La artillería hipomóvil, la montada, y la de montaña, tenían diferentes tamaños. A esto se vino a sumar la llegada del material 7.5 cm L/13, compacto, y 7.5 cm L/13 modular, lo que obligó a crear dos tipos de baterías. “La reorganización del año 1911, sin embargo, resolvió el problema creando dos tipos de unidades de artillería: el regimiento y, uno más pequeño, el grupo.”¹⁵⁰

Este es el escenario en el que tendrá lugar la reforma de 1906. Todo lo que se había avanzado por consolidar el sistema de zonas militares en reemplazo de las antiguas comandancias generales de armas va a sufrir un freno que remecerá toda la estructura militar. La afición de Körner por el cambio, en más de un sentido, parecía ser contagiosa.¹⁵¹ Y aún más: “En la práctica, el veterano instructor prusiano fue sobrepasado por sus discípulos chilenos, jóvenes oficiales formados en Alemania y *encandilados con ese sistema, quienes se afanaron en trasplantarlo íntegramente a nuestro suelo.*”¹⁵²

Como hemos señalado, el gran promotor del cambio no será ni un general, ni un ministro, ni mucho menos el presidente, sino un joven capitán comisionado a Alemania en 1901 como parte de los acuerdos de intercambio de oficiales con ese país, que con alguna intermitencia se va a mantener hasta 1914.¹⁵³ (A mayor abundamiento, para ese mismo año,

¹⁴⁹ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 74.

¹⁵⁰ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 74.

¹⁵¹ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 77.

¹⁵² Patricia Arancibia Clavel ed.; ob. cit.; p. 229. (Las cursivas son mías.)

¹⁵³ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 23. “Entre 1900 y 1920,” anota el historiador Pedro Hormazábal, “los Adictos Militares chilenos cumplían misiones en las Embajadas de Alemania, Francia, Imperio Austro Húngaro e Inglaterra, pero durante el conflicto se dispuso el desplazamiento del Agregado desde Inglaterra a EE.UU., y también desde Francia a Suiza.” En *Jornada de Historia Militar IX y X*; ob. cit.; p. 75.

uno de cada cuatro oficiales chilenos había recibido entrenamiento en Alemania.)¹⁵⁴ Dicho capitán era Francisco J. Díaz Valderrama,¹⁵⁵ quien “se había impuesto a la consideración de la superioridad por su gran capacidad de trabajo y su indiscutible espíritu militar...”¹⁵⁶ Durante sus tres años de permanencia en Alemania, desempeñó distintos cargos: en un batallón de zapadores, un batallón de trenes, como alumno de la escuela de ingenieros de Charlottenburg (la misma donde años antes había estudiado Körner), y en el estado mayor de la VI División en Brandeburgo. Finalizada su misión en Alemania, el capitán Díaz pasó en 1904 a continuar sus estudios en el estado mayor del Ejército suizo.¹⁵⁷ “En el curso de ese año,” escribe el general Manuel Barros, “la superioridad [del Ejército] empezó a preparar la futura reorganización de sus altos mandos, para lo cual requería la asesoría de sus más capacitados oficiales. [Así, pone] fin... a la permanencia del capitán en Europa... con la misión específica de asumir [en Chile] la Secretaría de la Comisión Redactora de Reglamentos para encauzar la gran reforma de 1906.”¹⁵⁸ A la sazón, contaba con veintinueve años. Sáez: “No era tan errada la opinión aquella de un antiguo Inspector de Ejército (*sic*) que, deseando conseguir fuera suspendido el primer curso de la Academia de Guerra, calificó como un atentado contra la disciplina el hecho de que los ‘subalternos supieran más que los superiores.’”¹⁵⁹ Sin embargo, agrega, “[se] necesita también de un comando superior idóneo, capaz de satisfacer plenamente todas las exigencias de las funciones a su cargo.”¹⁶⁰ Dicho de otro modo: se hallaban las condiciones dadas para que la oficialidad más joven usurpara las decisiones encomendadas, en condiciones de normalidad, a los mandos más veteranos.

Ahora bien, en 1906 el Ejército no solo había dejado de parecerse al que le precedía, que ya era distinto, sino que era por completo diferente del que le iba a suceder. Por aquel

¹⁵⁴ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 204.

¹⁵⁵ En el tono acostumbrado, los redactores de la *Historia del Ejército de Chile* van a someter la realidad de los hechos a la de la ortodoxia militar, señalando que la propuesta de reforma la habría hecho el general Patricio Larraín Alcalde, un antiguo coronel de la Guardia Nacional (véase Sater y Herwig; ob. cit.; p. 79), al Ministerio de la Guerra, “tomando como modelo la organización del Ejército alemán,” y convenientemente “secundado por el entonces Capitán Francisco Javier Díaz Valderrama, quien había sido comandado en Europa y traído al país la reglamentación del Ejército prusiano, dedicándose a traducirla para su difusión.” En ob. cit.; tomo VII; p. 272.

¹⁵⁶ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 27.

¹⁵⁷ Manuel Barros R.; *El general Francisco J. Díaz Valderrama*; Santiago; Anuario de la Academia de Historia Militar. N.º 11; Edición de la Academia de Historia Militar; 1996; p. 24.

¹⁵⁸ Manuel Barros R.; ob. cit.; p. 25.

¹⁵⁹ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 31.

¹⁶⁰ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 31.

tiempo el Ejército era más pequeño que el actual. Sus oficiales no pasaban de 800, y su planta autorizada ascendía a las 13.389 plazas.¹⁶¹ Los ascensos eran por mérito y por antigüedad. Los uniformes sufrían modificaciones, incluso de estilo, basadas en los gustos y en los medios económicos de cada oficial, de modo que los oficiales de ingresos más modestos solían lucir uniformes menos vistosos.¹⁶² No había escuelas de las armas y servicios como las conocemos hoy, y las pocas que había en ocasiones se cerraban para, en algunos casos, reabrirse al cabo de un tiempo;¹⁶³ y en este mismo esquema no había servicios, no había Hospital Militar, no había Club Militar, no había centros recreacionales, no había una caja de retiro para pago de pensiones, y las pocas pensiones que se pagaban no beneficiaban sino a unos pocos retirados.¹⁶⁴ Sí había atención hospitalaria especial para las tropas, plazas para contadores, una fábrica para producir pólvora sin humo, explosivos, algodón nitrado, ácido sulfúrico y talleres de reparación de armamentos. “En paralelo, se adquiría equipamiento para la manufactura de armas cortas y de munición de artillería. Los resultados fueron desiguales: la fábrica voló dos veces.”¹⁶⁵

Tal vez el hecho de que el Ejército fuese tan pequeño en comparación con sus símiles europeos inspiraba a los mandos y asesores más influyentes para abrir, cerrar redistribuir y reorganizar, *ad nauseam*. Pero esto tendría un precio. El Ejército se hallaba en plan de consolidación de una reforma comenzada en 1895, y todavía sin terminar. Ahora, en 1906, la historia volvía a empezar. El tomo VII de la *Historia del Ejército de Chile* trata a este período con notoria condescendencia, y lo llama de “Consolidación de la labor reorganizadora,” dejando solo tres líneas para expresar la molestia de Körner: “El general Körner,” dice, “pasó así a convertirse, virtualmente, en el Comandante en Jefe, desempeñándose como Inspector General hasta la fecha de su retiro en 1910.”¹⁶⁶ Ninguna mención al hecho de que en el Ejército

¹⁶¹ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 71.

¹⁶² Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 33.

¹⁶³ La Escuela de Clases, creada en 1887, reabrió después de la Guerra Civil; en 1903 se volvió a cerrar para reabrirse en 1906 con el nombre de Escuela de Suboficiales. Algo similar había ocurrido con la Escuela Militar, que fue reabierta en 1892, junto con la Academia de Guerra. Otros experimentos semejantes no lo hicieron mejor. En 1906 se creó la Escuela de Aplicación de Tiro y Gimnasia, junto con las de Artillería e Ingenieros. Estos institutos a poco andar cayeron en el olvido o murieron antes de nacer. La Escuela de Tiro y Gimnasia no empezó a funcionar sino hacia 1911, cinco años después de su creación. Sater y Herwig; ob. cit.; pp. 79 – 80.

¹⁶⁴ Véase Sater y Herwig; ob. cit.; p. 70.

¹⁶⁵ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 76.

¹⁶⁶ EMGE; T. VII; ob. cit.; p. 271.

habían empezado a importar más el ruido que las nueces. De allí que se enumeren como entidades reales y acabadas las cuatro divisiones originales, sus respectivas brigadas, y las unidades que las componían.¹⁶⁷ Todo daba la impresión de estar allí, en presencia. “El primer paso dado —sigue el texto— para rescatar la independencia del mando del Ejército de la tutela de los Intendentes y Gobernadores, convertidos en Comandantes Generales y Particulares de Armas por la Ordenanza General del Ejército, había sido la creación de las Zonas Militares en 1895.” A continuación, en el párrafo siguiente: “El segundo iba a ser la creación de las Divisiones Militares, cuyos Comandantes en Jefe tenían el mando de sus zonas jurisdiccionales y dependían directamente del Ministro de la Guerra.”¹⁶⁸ Ninguna mención al hecho de que el segundo paso no era tal, sino la consecuencia más visible del arrebato de una parte de la oficialidad a la que Körner llamaba, “jóvenes turcos,” a los que acusaba de apearse más a la letra que al espíritu del sistema militar prusiano.¹⁶⁹

La disonancia entre los impulsores de la reforma de 1906 parecía alcanzar a los encargados de historiar el hecho en la década de 1980. Véase, por contrapartida, el contrapunto que hacen Sater y Herwig del veredicto de Sáez:

Bajo Körner, el Ejército chileno se había transformado en una villa Potemkin. El alto mando se ufanaba de que el Ejército consistiese en ocho brigadas, aunque muchas de ellas existían solo en las mentes de los más optimistas: no había Tercera ni Cuarta Brigada de Artillería, ni Cuarta Brigada de Caballería. La Octava Brigada de Infantería nunca llegó a nacer sino hasta 1909. La Tercera y la Cuarta divisiones no contaban con las correspondientes formaciones de ametralladoras; también se requería un regimiento adicional de caballería, y ambas carecían de regimientos de artillería o grupos. Finalmente, en vez de un batallón de ingenieros y un batallón logístico, solo contaban con las respectivas compañías.¹⁷⁰

Si a esto se añadía el hecho de que el Ejército debía cumplir, además de la defensa de la soberanía, con otras tareas de orden interior,¹⁷¹ el diagnóstico no podía ser más desalentador.

¹⁶⁷ Véase EMGE; T. VII; ob. cit.; p. 274 y ss.

¹⁶⁸ EMGE; T. VII; ob. cit.; p. 274.

¹⁶⁹ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 84.

¹⁷⁰ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 87.

¹⁷¹ Germen que más adelante y bien entrado el siglo veinte, va a brotar de la forma más inesperada y violenta. Véase, además, Patricia Arancibia Clavel, ed.; ob. cit.; p. 250: “Otra queja reiterada... consistía en que las tropas se fraccionaran para cumplir labores policiales. [Ello] dificultaba la instrucción de los cuerpos [y] resentía la moral de los soldados, sea por su continuo contacto con delincuentes como también al verse obligados a reprimir huelgas y otras manifestaciones sociales de protesta.”

No solo se trataba de combatir el bandidaje, proteger líneas férreas, prevenir disputas violentas entre los trabajadores del ferrocarril, prestar vigilancia a las cárceles, patrullar las minas de carbón en Arauco los días de pago, mantener el orden durante las elecciones, y hacer efectivo el cierre de los cordones sanitarios cada vez que se requería. A ello debía agregarse la represión en las salitreras, especialmente en Antofagasta e Iquique, con mucho la tarea más ingrata que se podía encomendar a una unidad militar.¹⁷²

“Nos habíamos desentendido de la realidad,” escribe el general Sáez, y agrega: “hemos vivido persiguiendo el progreso de nuestra institución a fuerza de decretos.”¹⁷³ Su voz, antes que crítica, es desencantada. En este esquema, es difícil encontrar una explicación que dé cuenta del trastorno que fue caracterizando, desde entonces y con los años, el carácter de la institución. Aun así, el concepto que mejor sintetiza este apresuramiento por modificar lo que todavía no ha terminado de asentarse, es el de *disonancia cognitiva*, esa incomodidad mental que nos hace superar una contradicción encontrando los medios y la manera de resolverla, ya no en la realidad sino en el modo de apreciarla. Véase, por ejemplo, lo que escribe en 1996 el general Manuel Barros Recabarren en el ya citado Anuario de la Academia de Historia Militar: “En efecto, el capitán Díaz fue el gran inspirador de esa Reforma... Después de participar en esta *trascendental* reorganización, el capitán Díaz rindió examen de oficial de Estado Mayor en diciembre de ese año, obteniendo una nota de 9,67 puntos... Desde 1907 a comienzos de 1909, el capitán Díaz ocupó diversos cargos... En febrero de [este último año] fue enviado [a Colombia] como jefe de la misión militar [donde permaneció] hasta 1912.”¹⁷⁴ Ninguna mención al estado de cosas que la reforma había generado. Tan solo se trataba de una “reorganización trascendental,” lo que ni de lejos permite apreciar lo que ella significó, por lo pronto en el esquema que hemos venido desarrollando hasta aquí.

El Ejército se hallaba henchido de puro aire, o para decirlo con palabras de Sater y Herwig, de una gran ilusión. “La reorganización,” escribe Sáez en párrafos que, salvo contadas excepciones, fueron pasando, convenientemente, al olvido, “había multiplicado las unidades y

¹⁷² Todos los datos en Sater y Herwig; ob. cit.; p. 87. Véase ahí mismo (p. 88) el sentido de la creación de unidades como el Batallón de Infantería Magallanes y el Regimiento de Gendarmes. Cfr. también Patricia Arancibia Clavel, ed.; ob. cit.; p. 252, en que se dan otras causas de descontento “corporativo.”

¹⁷³ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 33.

¹⁷⁴ Manuel Barros R.; ob. cit.; p. 25. (La cursiva es mía.)

para esto se hizo necesario reducir los efectivos. Un pelotón se transformó en compañía; un batallón, en regimiento. Reeditábamos la historia aquella de las caperuzas en que hubo de intervenir el sesudo Sancho durante el gobierno de su ínsula.¹⁷⁵ Multiplicamos el número de las caperuzas sin aumentar la tela, exponiéndonos a perder, los oficiales nuestro trabajo, y el Fisco, su dinero. Nuestras Divisiones eran unidades esqueléticas, cuya instrucción en el terreno exigía, sobre todo, una gran imaginación para ver regimientos donde no había sino diminutos batallones, y batallones donde escasamente existía el efectivo de una compañía.”¹⁷⁶ Las figuras siguientes ilustran sobre el particular, tomando como ejemplo el caso de la I División Militar con asiento en Iquique.¹⁷⁷

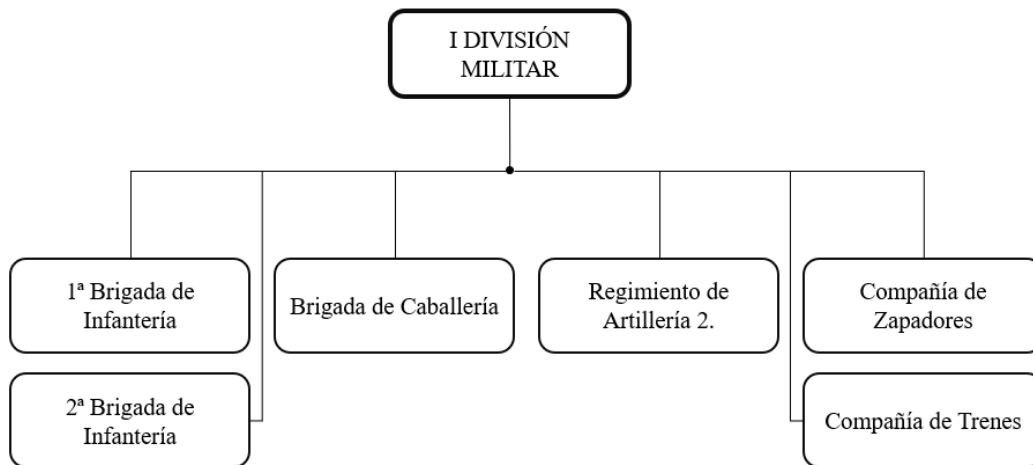


Figura 7a. Estructura de fuerza de la I División según la reforma de 1906¹⁷⁸

¹⁷⁵ La anécdota viene a cuento. Transcurre en el capítulo XLV del Quijote y nos muestra a Sancho resolviendo el caso de un hombre que encarga a un sastre la confección de una caperuza con un trozo de tela que le entrega. Desconfiando de la posibilidad de que el sastre se quede con parte de la tela le pregunta si es posible hacer dos, y el sastre responde que sí. Después, aún desconfiado, el cliente le pregunta si puede hacer tres, y el sastre responde de nuevo que sí. Y así suma y sigue hasta llegar a cinco. Cuando el sastre se las entrega, el cliente se encuentra con que las caperuzas apenas alcanzan para cubrir cada uno de los cinco dedos de una mano. Ciertamente, se siente estafado y se niega a pagar el trabajo. Entonces el caso es llevado al gobernador de la ínsula, que es Sancho, para que juzgue el caso. Como puede verse, Sáez ha captado el meollo de la Reforma hasta el extremo de que la anécdota cervantina da justo en el clavo.

¹⁷⁶ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 29.

¹⁷⁷ Listas de Revista de Comisario, año 1909. En ambos casos he considerado las dotaciones referidas a oficiales, suboficiales, clases y soldados. He dejado fuera una serie de designaciones auxiliares como cirujanos, preceptores, sastres, zapateros, talabarteros, practicantes, y músicos.

¹⁷⁸ He seguido el modelo propuesto por Patricia Arancibia; en ob. cit.; p. 256.

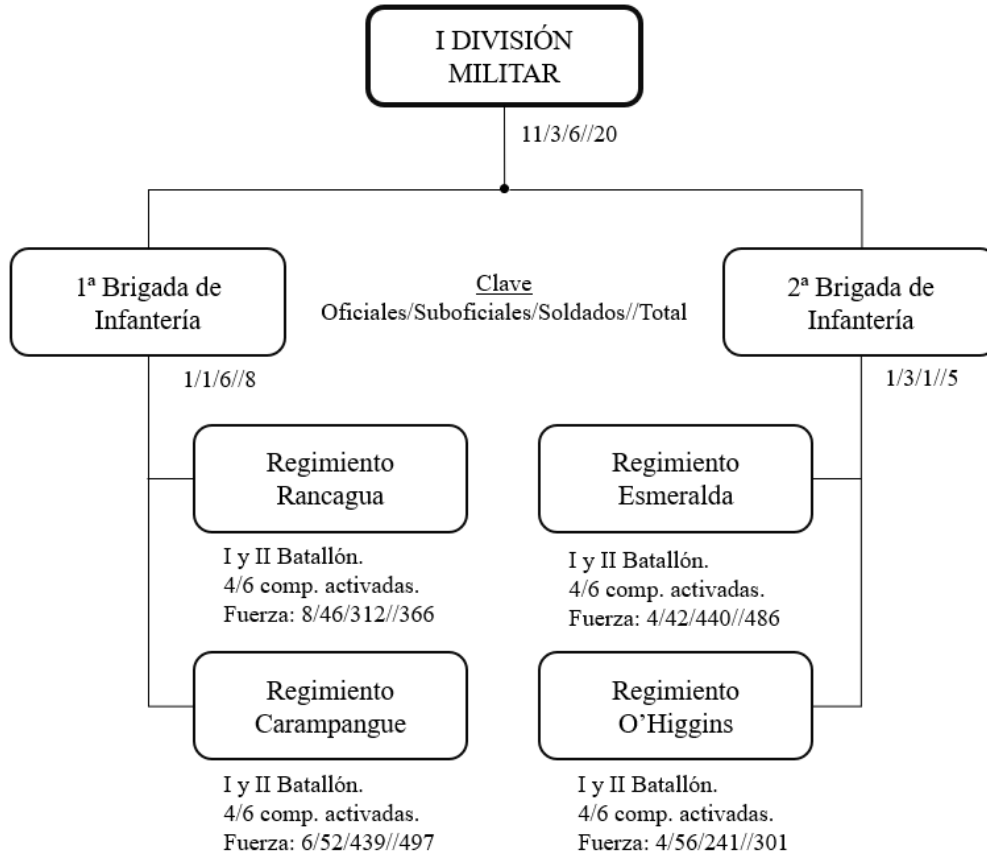


Figura 7b. Fuerza efectiva de la I División según la reforma de 1906, al mes de junio de 1909. Se presentan los casos de las dos brigadas de infantería y sus unidades dependientes¹⁷⁹.

La situación de las restantes unidades no parecía diferir mucho de las que mostramos más arriba en cuanto a su completación. No se encontraban todas activadas, y en las que sí lo estaban faltaba personal. Por ejemplo, en los regimientos Carampangue y O'Higgins el número total de oficiales, tomando en cuenta los dos batallones, era de seis y cuatro respectivamente. Las cosas no pintaban mucho mejor para las restantes unidades de la división que se muestran en la tabla siguiente. La brigada de caballería era, en los hechos, un regimiento y el regimiento de artillería era bastante menos que un regimiento.¹⁸⁰ En el caso particular de la compañía de trenes, la lista de revista ubica a la unidad en Santiago, encuadrada en el Batallón de Trenes, porque a esa fecha la unidad se hallaba en plan de “completar su material [de manera] que en

¹⁷⁹ Patricia Arancibia; ob. cit.; p. 256.

¹⁸⁰ Listas de Revista de Comisario, año 1909.

breve partirá a incorporarse a su comando”.¹⁸¹ No hay unidad de trenes en el norte del país. Hemos mantenido el número correspondiente a la fuerza de dicha unidad para que el lector se haga una idea de la magnitud involucrada. En suma, tres años después de promulgada la reforma, la situación resultaba claramente deficitaria. Se trataba, en el mejor de los casos, de un plan en marcha.

Unidad	Oficiales	Suboficiales	Soldados	Total
Regimiento Granaderos				
Plana Mayor	2	-	-	2
1er Escuadrón	2	14	86	102
2do Escuadrón	2	16	86	104
3er Escuadrón	1	11	82	95
4to Escuadrón	3	16	91	110
Regimiento de Artillería N.º 2 Arica				
Plana Mayor	3	1	-	4
1era Batería	3	17	60	80
2da Batería	2	15	52	69
4ta Batería	2	19	61	82
5ta Batería	3	12	66	81
Compañía de zapadores				
Sin designación	3	18	105	126
Compañía de trenes				
1era compañía	4	7	81	92

¹⁸¹ Memoria de Guerra; 1910; p. 5. véanse también pp. 33 y 49. La compañía llegaría a Iquique recién en 1910.

La Memoria de Guerra de 1910 (1909) es clara en este sentido. “Durante el año 1909, el Departamento [General de Guerra] ha continuado elaborando los reglamentos y disposiciones de carácter general para completar todos los trabajos necesarios a fin de que la organización, que se dio en 1906 a los servicios del Ejército, pueda funcionar en debida forma.”¹⁸² Pero también es autocomplaciente: “En el curso del año 1909 se crearon los Regimientos N.^{os} 15 y 16 de Infantería que forman la Brigada VIII de esta arma. Con esto *quedan completas* las cuatro Divisiones en lo que se refiere a unidades de infantería.”¹⁸³ No era cierto. Y por ello el mismo documento agregaba en la página siguiente que “Falta *también*, para completar las unidades de Infantería, de acuerdo con el progreso moderno y de conformidad con lo que todos los Ejércitos de las naciones más adelantadas han hecho en este sentido, dotarlas de ametralladoras. Pero, para realizar esto, sería necesario contar *también* con mayor personal de oficiales subalternos para que se hicieran cargo de este servicio.”¹⁸⁴ O sea, no eran solo ametralladoras lo que faltaba. Poco a poco, entonces, la Memoria de Guerra va dejando ver los espacios en blanco y las grietas de la reforma: es conveniente, señala, contar la organización de depósitos de armamento “en la cabecera de cada División,” faltan almacenes y depósitos de vestuario y subsistencia, falta una escuela de tiro y de gimnasia, faltan institutos de formación, panaderías militares, unidades de comunicaciones, areostación (*sic*)¹⁸⁵. “Todos estos servicios,” apunta, “completarían nuestra organización militar y dejarían a la institución en el grado de eficiencia que le corresponde.”¹⁸⁶

La tarea se hallaba lejos de ser completada. El Ejército no solo estaba siendo estructurado. Quizá si esto era lo de menos. Lo que faltaba era el relleno, tan amplio y variado como quepa imaginar. Veamos: el llamamiento a las reservas; el servicio militar (“Es casi superfluo repetir una vez más que es necesario proceder pronto a la reforma de nuestra ley de conscripción...”); el montepío militar (“La actual ley de Montepío Militar deja con una pensión verdaderamente exigua a las familias de los oficiales que fallecen.”); la ley de ascensos (“Está ya listo el proyecto de ley sobre ascensos...”); el armamento; el vestuario y el equipo (“la provisión de vestuario y equipo se ha llevado a cabo... con la mayor regularidad posible

¹⁸² Memoria de Guerra; 1910; p. 4.

¹⁸³ Memoria de Guerra; 1910; p. 4. (Las cursivas son mías.)

¹⁸⁴ Memoria de Guerra; 1910; p. 5.n

¹⁸⁵ Errata por aerostación, que es la mantención y uso de globos o dirigibles.

¹⁸⁶ Memoria de Guerra; 1910; pp. 5-6.

dadas las circunstancias...”); el alojamiento; el alumbrado; el consumo de agua; por nombrar solo algunos.¹⁸⁷

La memoria del año anterior (1909) tampoco había sido más optimista, revelando de entrada que “Aún no ha sido posible, por diversas dificultades, llevar a término los trabajos de organización de los servicios del Ejército que se iniciaron en 1906. Habiendo subsistido, como en los años anteriores, la escasez de oficiales subalternos, no se han podido organizar todavía los dos Regimientos de Infantería, etc.”¹⁸⁸ En 1911, 380 decretos supremos, 732 órdenes ministeriales, 316 notas, 200 circulares, y 935 providencias más tarde, los redactores aún no podían manifestarse conformes: “Las necesidades demasiado variadas de las fuerzas armadas y la reglamentación vigente, no completa aún ni bien experimentada, exigen laborioso trabajo en este sentido...”¹⁸⁹ En la sección dedicada a la I División Militar, el redactor no pierde la ocasión de manifestar su molestia por el pobre resultado que tuviera el reclutamiento en 1910: “No dudo,” dice, “que si en este Comando existiera el cargo de Auditor de Guerra, que el Reglamento Orgánico del Ejército le asigna, esta labor habría sido mucho más eficaz.”¹⁹⁰ Y agrega que para solucionar el problema han tenido que recurrir a diversos abogados que “graciosamente han entendido las consultas que les ha hecho el Comando de la División.”¹⁹¹

En 1912, el redactor del Departamento General de Guerra hacía ver que, si bien la reglamentación de 1906 había diseñado la organización del Ejército bajo un concepto moderno, dicha labor no podía estimarse terminada. Sin dar directamente la razón a críticos de la reforma como Sáez, daba a entender que el programa global se hallaba en marcha, y que de no completarse, “habría necesidad de modificar fundamentalmente la organización actual del Ejército; porque hallándose basada sobre cuatro Divisiones, es de imprescindible consideración el que ellas existan con los cuadros necesarios a su movilización, dotados a la vez con los materiales de guerra exigidos por dichas unidades en la organización moderna de los Ejércitos.”¹⁹² En otras palabras, cinco años más tarde, la inspiración de Díaz Valderrama,

¹⁸⁷ Véase también F. Galdámez Lastra; *Las actuales necesidades del Ejército*; en Memorial del Ejército; 1909; p. 109.

¹⁸⁸ Memoria de Guerra; 1909; p. 4.

¹⁸⁹ Memoria de Guerra; 1911; p. 4.

¹⁹⁰ Memoria de Guerra; 1911; p. 95.

¹⁹¹ Memoria de Guerra; 1911; p. 95.

¹⁹² Memoria de Guerra; 1912; pp. 4-6.

lejos de galvanizar, crujía por todos lados, pese a la labor incansable de los que debían seguir el aire de marcha que marcaba el tambor reformista. Era evidente que para estar al día no bastaba con caminar, había que correr. Por un lado, se aumentaba la planta de oficiales, por otro se escribían y aprobaban reglamentos. El ritmo resultaba frenético, el tiempo marchaba más aprisa que el reloj que lo medía: “La reglamentación de 1906, con seis años de experiencia, ha permitido apreciar sus bondades y defectos,” escribía el redactor del Departamento General de Guerra en 1912. ¿Señal de agotamiento? Es probable: “Nada hay en ella que no sea de fácil aplicación; pero por la circunstancia de ser esta reglamentación la resultante de la aplicación de métodos europeos, y por haber sido llevada a la práctica sin previo ensayo, se han notado algunos vacíos que, en no pocos casos, perturban la marcha de los negocios y hasta producen rozamientos incómodos en la esfera de acción de los distintos cargos.” Sin embargo, y a renglón seguido, desmintiendo todos los malos auspicios que cupiera abrigar, puntualizaba que: “En mérito de esto, una de las labores principales en el presente año será la revisión de los Reglamentos Orgánicos 1, 2 y 5. Hecha esta revisión, es bien posible asegurar que pueden subsanarse *todos* los defectos de organización experimentados hasta hoy, sin necesidad de perturbar el fondo de doctrina de la organización vigente cuyo mecanismo es sencillo y eficaz.”¹⁹³

Ciertamente, la forma era sencilla (figura 5), pero esto no quita el problema de tener que dotarla con el contenido material. A lo menos desde Aristóteles sabemos que forma y materia constituyen una asociación de la que la primera es el principio en potencia y la segunda el principio en acto. No experimentamos la segunda sin antes contar con la primera. Así ocurre con la arcilla que es la materia en potencia en relación con el ladrillo que es la materia en acto (forma). Aristotélicamente, entonces, no fue la materia la que adquirió nueva forma en este, nuestro caso, fue justo al revés. Con relación al de 1906, la estructura del Ejército precedente, la del viejo modelo por decirlo de alguna manera, no tenía materia suficiente para dar lugar al nuevo. No había la arcilla necesaria para este nuevo ladrillo.

La revista *Memorial del Ejército*, que recoge desde 1906 las opiniones de los oficiales sobre distintas materias de interés profesional no resultan especialmente interesadas en la

¹⁹³ Memoria de Guerra; 1912; p. 8. (La cursiva es mía.)

reforma. Sus artículos suelen reflejar las experiencias de los oficiales comisionados en Europa, lo que abarca desde las grandes maniobras, pasando por el material (cañones, ametralladoras, dirigibles),¹⁹⁴ el empleo de la caballería alemana,¹⁹⁵ la ley de organización militar de la Confederación Suiza,¹⁹⁶ hasta otros aspectos más específicos como la discusión de la ley de ascensos en 1908,¹⁹⁷ o el servicio militar obligatorio.¹⁹⁸ Diez años después de la reforma, en 1916, aparece un artículo del capitán Rafael Poblete, en el que trata de la organización del Ejército. La mayor parte del escrito se lo dedica a la estructura militar durante la Guerra del Pacífico, y solo al final, en un apretado conjunto de párrafos finales, se refiere a la reforma de 1906. Luego de atribuirle todo el mérito del trabajo a la visión del ministro de entonces, “el señor General don Salvador Vergara, [quien] se vino solo a apreciar (*sic*) que la organización de los Servicios Superiores no correspondían al estado del Ejército [y] por este motivo se reorganizó el Ministerio de la Guerra en la forma que existe actualmente, etc.,” agrega, para terminar, que “Todavía necesitamos, sin embargo, que la organización de nuestro Ejército sea estudiada y corregida conforme a las características propias de nuestro país, dando a los elementos constitutivos que lo forman un mejor empleo y suprimiendo todo lo que a la simple vista nos queda grande.”¹⁹⁹ En la edición del mes de julio de ese mismo año, a continuación de un artículo que publicara el capitán Carlos Sáez M., el entonces teniente coronel F. J. Díaz, publica “La organización del Ejército chileno en la Guerra de 1879-84.”²⁰⁰ En él hace ver que hay cuatro principios fundamentales para el sostenimiento de una fuerza militar, a saber: el reclutamiento, la división en armas y unidades, la constitución de autoridades superiores, y la ejecución de la movilización (o “paso del pie de paz al pie de guerra”).²⁰¹ De estos cuatro principios, hay dos que resultaron más onerosos para el Ejército (y para el país) a la hora de emprender las campañas de aquella guerra, y fueron los dos últimos. A modo de ejemplo, en relación con la movilización, Díaz anota: “Se ha visto que en el curso de la guerra quedó demostrada... la posibilidad de movilizar un Ejército de [prácticamente] 50 mil hombres, para

¹⁹⁴ Memorial del Ejército; ed. de 1907; p. 368.

¹⁹⁵ Memorial del Ejército; ed. de 1907; p. 358.

¹⁹⁶ Memorial del Ejército; ed. de 1907; p. 306.

¹⁹⁷ Memorial del Ejército; ed. de 1908; p. 129.

¹⁹⁸ Memorial del Ejército; ed. de 1908; p. 195.

¹⁹⁹ Memorial del Ejército; ed. de enero de 1916; p. 252.

²⁰⁰ Memorial del Ejército; ed. de julio de 1916; 467.

²⁰¹ Memorial del Ejército; ed. de julio de 1916; 468.

el cual faltaban, sin duda, cuadros permanentes y elementos materiales de todo género. Pues bien, es en este punto donde reside principalmente la diferencia entre organización e improvisación cuando se trata de crear fuerzas militares.”²⁰² En efecto, así ha sido desde la aparición de los primeros ejércitos, y en esto no se equivocaba. Mucho menos en lo que agrega hacia el final del apartado: “Sin tomar tales medidas, sin organizar el aprovechamiento del territorio para que dé simultáneamente lo que le corresponde, el paso del Ejército al pie de guerra no solamente será el resultado de una improvisación, sino que estará expuesto a la suerte; será paulatino, lento, costoso y sujeto a infinitas modificaciones, y a pérdidas de tiempo y de energía.”²⁰³ No podía estar más acertado, él, que había sido el cerebro tras la reforma adoptada diez años antes.

Parece ser un hecho probado que las reformas, la de 1906 y las que le siguieron, se dieron en dos esferas, una más exterior que la otra. Una de ellas, la más externa, se refocilaba en la forma, esto es, en el aspecto más visible del cambio, el mismo que estallaba en expresiones de alborozo como la de que “teníamos la fama de ser los prusianos de la América del Sur...”²⁰⁴ o “El Ejército chileno es igual a los mejores del mundo...”²⁰⁵ Más adentro, la esfera interior representa lo no visto, lo que va por debajo, que es donde se esconde el problema que estudiamos aquí y que —todo parece indicar— parece cargar con un peso de realidad mucho mayor. Aun así, la idea de profundidad es engañosa porque nos hace creer que hay cosas por debajo que no vemos. La profundidad de que hablamos aquí tiene la curiosa peculiaridad de que sí la vemos, lo que sucede es que así como la vemos en seguida la negamos. Esta es la razón de que el general Sáez y otros como él hayan abordado el problema de fondo, que es el de *ver*. Sin embargo, lo que en cierto modo se ha instalado es la *ilusión* de Sater y Herwig, o la esfera exterior como realidad pura y dura.

Pero hay algo más, la distancia entre la vida cotidiana, la vida de cuartel, y la del alto mando, la de aquellos que “pensaban” el Ejército, se va haciendo insalvable. La mirada estratégica es en sí misma equívoca, porque trae consigo la pretensión de que hay quienes la

²⁰² Memorial del Ejército; ed. de julio de 1916; 479.

²⁰³ Memorial del Ejército; ed. de julio de 1916; 480.

²⁰⁴ Arturo Ahumada, *El Ejército y la revolución*; en Patricia Arancibia Clavel, ed.; ob. cit.; p. 252. Véanse en esta misma línea las páginas 253–5.

²⁰⁵ Eduardo Poirier; *Chile en 1910*; cit. por Roberto Arancibia en *La influencia del Ejército chileno en América Latina. 1900 - 1950*; p. 140. Todo en Patricia Arancibia Clavel, ed.; ob. cit.; p. 253.

poseen como una marca de nacimiento. Si se revisan los primeros veinte años de la revista *Memorial del Ejército*, descubre uno que ella destila profesionalismo, es decir, lo contrario de la ingenuidad. Ya hemos hecho notar que la variedad de artículos y la minuciosidad con que son trabajados solo se ven igualados por su número. Durante los seis primeros años de vida de la revista se publicaron cerca de doscientos artículos en las temáticas más diversas, todos ellos bajo la pluma de más de ochenta autores, entre los cuales se pueden contar a Emil Körner (5 artículos), Marcial Urrutia (6 artículos), Fabio Galdámez (6 artículos), Alfredo Ewing (6 artículos), Francisco Javier Díaz (5 artículos), Marmaduke Grove (5 artículos), entre otros.²⁰⁶ Los artículos iban, como hemos señalado, desde lo más cotidiano y específico a lo más general y misceláneo, además de las consabidas traducciones y noticias sobre revistas y sucesos de importancia. Prácticamente ninguno de los artículos del período se centra en la cuestión de la organización del Ejército. Por el contrario, ellos se sitúan, por decirlo de algún modo, en las trincheras: las municiones, el vestuario y el equipo, la aeronáutica (incluido el vuelo de las aves)²⁰⁷, el combate nocturno, la guerra en la montaña, las ametralladoras. Seis años después del año en cuestión, dejando de lado el artículo fundacional de la edición de 1906, en que se da a conocer la nueva orgánica del Ejército, no hay una sola mención que la recoja. ¿Qué significa esto? No lo sabemos, pero aun así nos podemos aproximar: la reforma no parecía interesarle a nadie. Había cientos de temas más urgentes. El material de cada día copaba la vida de esos hombres, eso, y —a no dudarlo— el escenario europeo.²⁰⁸

Con todo, la gravedad que la reorganización de la estructura superior del Ejército representaba, y no solo para el presente del Ejército de entonces, parecía un juego exclusivo de las altas esferas, algo que acontecía lejos, en algún sitio remoto, y del que hablaban solo unos pocos elegidos.

Cuarenta años más tarde, en 1946, ninguna de las seis ediciones de la revista mencionará el hecho. En 1956 ocurrirá lo mismo. Como decíamos, la vida parecía estar en otra parte.

²⁰⁶ Puede verse una síntesis en la edición de 1911, p. 540 y ss.

²⁰⁷ Véase en *Memorial del Ejército*; ed. de 1909; p. 315 y ss.

²⁰⁸ Un buen ejemplo es el trabajo de Tobías Barros Merino, *La vida militar en Alemania*; en Cuaderno de Historia Militar N.º 12; 2016.

La reforma militar de 1906 fue un vástago de las precedentes. El problema era que aquí la imitación parecía haber alcanzado el paroxismo: poco y nada parecían importar las diferencias entre Chile y Alemania. Solo a modo de ejemplo, en 1900 Chile era un país de 2,9 millones de habitantes, mientras que la misma cifra se alzaba en Alemania a los 34,16, esto es, casi doce veces más grande. El PIB de Chile era de 3.398 millones de dólares; el de Alemania de 53.259: quince veces más grande.²⁰⁹ En lo militar, la desproporción resultaba aún mayor: mientras que el ejército chileno contaba a la sazón con 692 oficiales, su símil alemán alcanzaba los 29.000.²¹⁰ Así y todo, las realidades eran soslayadas por este carácter que otorga la disonancia cognitiva, y que nos hace ver que lo que falta, si bien no está, por obra de algún sortilegio o causa desconocida, muy pronto lo estará.

El primer artículo del primer número de la revista *Memorial del Ejército* aparece firmado por el capitán del estado mayor general Francisco Javier Díaz,²¹¹ y corresponde a un ensayo sobre la defensa territorial de Chile. La mirada que este joven autor despliega sobre el territorio nacional y el modo en que este condiciona la guerra con los países vecinos, corresponde más bien a la de un estadista, o a la de un estratega que ha pasado largo tiempo estudiando y verificando en el territorio las posibilidades que ofrece ya sea para avanzar, retroceder, ocupar el del enemigo o ceder parte del propio. En otras palabras, el país es como un tablero de ajedrez sobre el cual es posible jugar a la guerra, sin tener que zaherirlo. No solo eso. Para Díaz, en 1906 la defensa territorial del país era un problema que abarcaba en su parecer las amenazas del mundo entero. “La distancia de Chile a Europa y Estados Unidos,” escribía, “que es mayor que la de Inglaterra al África del Sur, hace que una campaña contra Chile sea de lo más costosa, aun abierto el Istmo de Panamá para servir a la República del Norte. Una escuadra no encuentra actualmente otro apoyo que los puertos sudamericanos del Atlántico, para efectuar su aprovisionamiento. Solamente Inglaterra posee las islas Malvinas, frente al Estrecho de Magallanes; los Estados Unidos forman solamente en la actualidad su línea mundial de operaciones hacia el Asia, por Hawái y las Carolinas, hasta las Filipinas, y hacia la América del Sur, por Cuba y Panamá y por otros puntos que obtendrá indudablemente

²⁰⁹ Tomado de André A. Hofman; *Chile's Economic Performance in the 20th Century, a comparative perspective*; Estudios de Economía, 20 (3); 2016; pp. 107 – 40. (Cifras en dólares de 1980.) Disponible en <https://goo.gl/dSVWMh>; acceso: 5/10/2018.

²¹⁰ En Sater y Herwig; ob. cit.; pp. 71 y 117.

²¹¹ Revista Memorial del Ejército – Cuaderno I; Santiago; Estado Mayor General; 1906; p. 9 y ss.

en el futuro.” La mirada del joven capitán va escenificando una guerra que debe producirle demasiada ansiedad o vértigo: “Mientras no exista el ferrocarril longitudinal hacia el norte de Chile, que pueda servir para formar una línea terrestre de operaciones, a través de ese territorio y hacia la frontera peruana, la decisión, en el caso de una guerra entre Chile y el Perú, exige haber obtenido de antemano la superioridad naval, la cual es preciso también obtener para emprender operaciones en la región salitrera de Chile septentrional (1879 – 1891).” Esta ansiedad era la misma que había hecho presa de la oficialidad prusiana que en 1895 tomara la decisión de viajar a Chile para prestar servicios en su renovado Ejército, convencidos de que la situación vecinal con Argentina les ofrecería la oportunidad de participar en una guerra: “La presencia masiva de los jóvenes instructores alemanes no tuvo larga duración. Muchos de ellos habían venido a Chile en la esperanza de participar en una guerra, de manera que cuando las relaciones entre Chile y Argentina parecieron normalizarse, perdieron interés en permanecer en el país. [De esta manera, el] 1 de septiembre de año 1896 la mayoría de ellos puso fin a sus vínculos con el Ejército chileno.”²¹² ¿Era esa la guerra que el joven Díaz tenía en mente cuando escribía? “En caso de una guerra entre Chile y la Argentina, la decisión se habría de obtener en tierra por el Ejército que atravesase la cordillera y que llegue a la capital enemiga, recorriendo la distancia que media entre Santiago y Buenos Aires.”

Qué duda cabe de que su experiencia europea lo había afectado. Su mente había fantaseado con las dimensiones de un problema estratégico que superaba con creces el de su propia realidad. El ejército prusiano era un actor social trascendente, y como tal no era un complemento social, antes bien precisamente lo contrario.²¹³ Los ejércitos aquellos —no solo el germano, sino el francés o el inglés— correspondían a realidades desproporcionadas para un pequeño país del sur del mundo, pero frente a su empeño germanófilo el detalle de la escala no era más que eso.²¹⁴ El análisis seguía siendo válido, y más aún, era necesario. Sin embargo,

²¹² Patricia Arancibia Clavel, ed.; ob. cit.; p. 238.

²¹³ “Un ejército bien constituido,” escribía Díaz, “es el fundamento de las libertades públicas.” En Andrés Avendaño Rojas; *General de división Francisco Javier Díaz Valderrama, su obra y su tiempo*; revista Memorial del Ejército N.º 476; 2005; p. 122.

²¹⁴ “Su adhesión por la formación militar alemana fue muy marcada. Enrique Brahm, en su obra ‘Preparados para la guerra,’ ... lo retrata como ‘el más germanófilo de los oficiales de nuestro ejército.’ ¡Casi cuatro años habían causado su efecto en el joven militar chileno!” En A. Avendaño; ob. cit.; p.119. Véase también en Patricia Arancibia Clavel, ed.; ob. cit.; p. 255: “Encabezado por el más germanófilo de entre todos los oficiales de entonces, el capitán Francisco Javier Díaz...”

¿dónde radicaba el problema de pensar estratégicamente, es decir, en grande? ¿Dónde radicaba el problema de pensar en términos tales como los de guerra total o de nación en armas?²¹⁵

El problema radicaba en los límites, en los bordes que señalan la realidad. “Mientras que resultaban adecuadas para Alemania, [las reformas] probaron ser dramáticamente inadecuadas para Chile. La nación sudamericana carecía del dinero, el potencial humano, y la voluntad política para soportar una capacidad militar como la buscada. Incluso Körner se apresuró a reconocer que sus planes se habían salido de control.”²¹⁶ El desfase entre lo anhelado y los medios de que se disponía para concretarlo, generó en los protagonistas una suerte de encantamiento, no en un sentido poético sino en el sentido neurológico al que ya nos hemos referido antes, el de la disonancia cognitiva.

La creación de la Academia de Guerra había respondido, en su momento, a la necesidad de contar con un instituto que formara a los oficiales como asesores del mando en todas las materias propias de la conducción. El estudio de la teoría de la guerra, por su parte, indujo en los jóvenes estudiantes la idea de que el ataque frontal *à la* Baquedano era un vestigio del pasado.²¹⁷ Ahora entraba en escena la maniobra, ese conjunto de movimientos “planificados racionalmente y con precisión matemática,” que despachaba al baúl de los recuerdos siquiera la intención de “enviar columnas de infantería a que cargaran contra el adversario con las bayonetas caladas.”²¹⁸

Aun así, uno de los inconvenientes de todos los ejércitos de todas las épocas, es que no pueden hacer experimentos con la realidad. “Todo ejército siente —escribe W. Görlitz— forzosamente el anhelo de poder comprobar su aptitud en una gran prueba.” También se sabe “que los generales solo pueden verificar su capacidad en la guerra.”²¹⁹ ¿Cómo poner a prueba la bondad de una planificación, sin el enemigo al frente? Por siglos los ejércitos han lidiado con esta limitación, de tal manera que la solución ha dado con un esquema en dos niveles o

²¹⁵ “En Chile y entre los militares el concepto de ‘nación en armas’ fue aceptado plenamente y pasó a ser un elemento básico del entramado intelectual que se sustentaba la doctrina del ejército de la época.” En Enrique Brahm; *Preparados...*; ob. cit.; p. 42.

²¹⁶ Sater Y Herwig; ob. cit.; p. 95.

²¹⁷ John R. Bawden; ob. cit.; pp. 17-8.

²¹⁸ John R. Bawden; ob. cit.; p. 18.

²¹⁹ Walter Gorlitz; ob. cit.; p. 212.

estadios comunicados entre sí: la instrucción y el entrenamiento. La primera tiene que ver con la preparación de la tropa, particularmente el individuo. El segundo, con la de los mandos. Este último, por consiguiente, es el más difícil de materializar. Se han ideado numerosas herramientas para poner a prueba la capacidad de los mandos de dirigir a la tropa en el terreno, no menos que la de los cuarteles generales y estados mayores que son los encargados de mandar y sincronizar a los que mandan. Para lo que aquí nos ocupa, lo importante es que todas las dimensiones se articulen y armonicen. Esto es esencial. Si no se da esa armonía, el ejercicio resulta espurio. La cabeza piensa en cosas que el cuerpo no tiene cómo realizar. Y este es el fundamento último del entrenamiento, el de poner a prueba la intensidad de la conexión entre lo posible y lo real.²²⁰



Figura 8. Francisco J. Díaz Valderrama (1877 – 1950)

Lo grave en 1906 no fue tanto el hecho de que unos pocos soñaran con hacer de Chile una potencia militar antes que una potencia económica,²²¹ sino que se desprendieran con tanta facilidad del piso en que debían poner los pies. El inventario de carencias del que hemos venido hablando, tanto en lo material como en lo intelectual, representan lo que podríamos denominar la gran divergencia.²²² No nos referimos aquí a las diferencias de todo orden que existían entre Chile y Alemania, sino a la manera que tenían sus autoridades y mandos de ver y de comprender al Ejército. El Ejército real, el de los cuarteles, el de la vida cotidiana, era uno, mientras que el de la dirección y el de la planificación era otro. Por eso fue tan importante la movilización de 1920, porque acusó la desvinculación existente y, quizá por primera vez, la palmaria realidad del espejismo.

²²⁰ Wikipedia; <https://goo.gl/BJGxZM>; acceso: 11/9/2018.

²²¹ La ventaja de la segunda sobre la primera es que ella no requiere de un aparato militar poderoso para crecer, mientras que la primera sí. No es este el lugar para desarrollar las diferencias entre una y otra, pero no estará de más señalar que el crecimiento económico no solo trae más prosperidad a los países, también los hace más pacíficos.

²²² Tomo la idea de un libro de Peter Watson, *The great divergence*.

Pese a lo anterior, no deseamos proponer al general Díaz como el gran responsable del desbarajuste producido a partir de las reformas de 1906. Ya la prusianización misma arrastraba una estela de equivocaciones y desaciertos, aunque tampoco se podría negar que entremedio había habido aciertos. Entre otros, el de aplomar un ejército que en buenas cuentas había pasado de ser movilizadado a permanente. Es cierto que antes de 1886 existía un Ejército con estructura y medios, pero también es cierto que no fue ese el Ejército que sacó adelante la tarea de 1879. Esta última la ganó un ejército casi por entero movilizadado y, sin temor a exagerar, casi por entero improvisado. Las reformas, en consecuencia, representaron un cambio ya no de grado sino de nivel. Sin embargo, el Ejército de 1906 era solo el doble que su símil de febrero de 1879. Se había pasado de una fuerza de más o menos cinco mil hombres en 1879 a otra de más o menos diez mil en 1906. Los problemas, en todo caso, no se habían multiplicado por dos. Es lo que hemos visto hasta ahora. Del modo en que ello ocurrió, decíamos, a partir de 1906, no podemos culpar al capitán Díaz, como tampoco celebrar el juicio certero del general Sáez. Hacerlo sería simplista, pues nos decantaríamos por unas pocas personas frente a un problema que es mucho más amplio y que abarcaba a más de una generación. No eran las ideas del joven capitán Díaz lo que había transformado al Ejército en 1906. Eran las ideas agregadas de casi todos los que viajaron a Alemania a estudiar y capacitarse.²²³ Ese mundo industrializado a la vez que estatizado y gravemente nacionalista, y que muy pronto iba a saltar por los aires, era el que había insuflado en los espíritus de aquellos jóvenes, ideas como las que hablaban de identidades nacionales y de ejércitos masivos que resultaban ser el eje en torno del cual esas sociedades giraban como satélites. En Alemania era el ejército, sin ir más lejos, el que hasta 1914 dictaba la política exterior. “Más riesgosa que cualquiera de sus actividades en el frente interior durante el período 1871 – 1914,” escribe Gordon Craig, “fue la influencia que el grupo de poder militar germano ejerció sobre la política exterior del imperio.”²²⁴ El modelo de sociedad alemán, bajo la influencia prusiana, era alentado por el espíritu militar. Y este último, había pasado de ser *un* valor social, a ser *el* valor social. Esta es la razón de que un modelo de sociedad, como el inglés, tuviese resultados tan distintos de su símil germano cuando se toma en cuenta, por ejemplo, el valor del mercado de capitales. En 1873, en el Imperio Alemán, el valor de los depósitos ascendía a ocho millones de libras

²²³ El mismo general Sáez había permanecido cuatro años en Alemania (1908 – 1912).

²²⁴ Gordon C. Craig; ob. cit.; p. 255.

esterlinas, los de Londres en tanto se elevaban a ciento veinte millones. Era esta la razón del poder militar británico. El poder militar se seguía del poder económico, y no al revés, como ocurría en el caso alemán. El modelo autoritario alemán era, por definición, intervencionista, justo lo contrario de la propuesta liberal inglesa. “Solo el Estado —dentro de la tradición burocrática alemana— estaba por sobre la lucha de clases y podía promover el bien común. De esta forma se acentuaba el poder de la comunidad sobre los individuos frente al conflicto.”²²⁵ ¿En qué se traducía la diferencia entre ambos modelos de sociedad? En que “franceses y alemanes no confiaban en sus instituciones financieras, [de modo que] el beneficio en francos y marcos se escondía bajo el colchón, no se invertía en empresas.”²²⁶ No pretendemos pasar de esta mención en el análisis, salvo para poner de relieve que el modelo militar traía bajo el brazo un modelo de sociedad, y esto va a ser crucial para comprender no solo la magnitud de la influencia que ejerció en las mentes de la oficialidad más joven, sino en las repercusiones que iba a tener a medida que fuese avanzando el siglo.

En definitiva, el fuero militar prusiano traspasó su curiosa dinámica a esta oficialidad, sin mayor aviso. El grupo de poder militar germano representaba la más pura encarnación del interés nacional y así parecieron entenderlo actores como Francisco Javier Díaz. De ahí había solo un paso para que se vieran a sí mismos como “mejor calificados que los políticos o diplomáticos para determinar las políticas que mejor protegerían dicho interés.”²²⁷ El mismo Schlieffen, que se consideraba a sí mismo un técnico apolítico, incorporaba en sus decisiones, aparentemente técnicas, toda una serie de mandatos políticos.²²⁸ Esto ayuda a explicarnos el tono con que Díaz escribe en la primera edición de la revista *Memorial del Ejército*, y a hacernos una idea de lo que su intelectualismo enriquecido por su experiencia personal podía representar para la vieja guardia, a la sazón, los veteranos del '79 y del '91.

La única forma en que el capitán Díaz podía modificar la estructura del Ejército era controlándola. Así fue como apartó para siempre a Körner del Estado Mayor General, relegándolo al cargo de Inspector General, donde se hallaba desde 1904. De este modo, el Estado Mayor pasó a ser el órgano rector en materias de apoyo “a los comandos superiores en

²²⁵ Enrique Brahm; *El impacto...*; ob. cit.; p. 14.

²²⁶ William J. Bernstein; ob. cit.; p. 158.

²²⁷ Gordon C. Craig; ob. cit.; p. 255.

²²⁸ Gordon C. Craig; ob. cit.; p. 256.

tiempo de guerra,” para lo cual contaba con cuatro departamentos y una sección (Departamento central, de informaciones, de transportes, de levantamiento, y sección historia).²²⁹ Esta misma figura se reproducía casi con exactitud en las Divisiones (recordemos que estas habían pasado a reemplazar a las zonas militares), con la salvedad de que en este caso el Estado Mayor dependía directamente del Comandante en Jefe de la División, en tanto que el Estado Mayor General dependía directamente del Gobierno (es decir, del Ministro).

Para que el sistema no se volviera inconsistente por la autonomía concedida a los comandantes divisionarios,²³⁰ la Inspectoría General era el estamento encargado de velar porque todas las piezas se hallasen en situación de responder de manera similar a cualquier emergencia que se produjese. Debe recordarse que en este modelo los comandantes divisionarios se reportaban al ministro de la guerra, no al inspector general (que para efectos prácticos, y con el paso del tiempo, iba a transformarse en la primera autoridad institucional). Por lo mismo, toda la articulación quedaba entregada a una autoridad —el ministro— que por sí sola no estaría en condiciones de dirigir y ejecutar, esto era obvio. Ya hemos visto que, en la versión alemana, y llegado el caso, era el Jefe del Estado Mayor el que pasaba a ejercer el mando institucional. Al desestimar esta opción, el Ejército virtualmente se había quedado sin cabeza, y era esto precisamente lo que reprochaba Sáez al modelo.

El salto que se había dado era una reacción al estado de cosas vigente hasta la fecha al interior del Ejército. Por entonces, en todos lados se sucedían los reclamos y las quejas por el pobre estado en que las unidades pervivían. El servicio militar obligatorio no había hecho más que agudizar los defectos de una maquinaria que funcionaba en la teoría de una manera y en la práctica de otra. A ello se venía a sumar el aspecto generacional: la oficialidad más joven, no la más antigua, era el repositorio efectivo de la influencia prusiana. (Una generación, dicho sea de paso, que era la primera sin guerra, y carente del prestigio “de haber ganado grandes batallas para la nación.”)²³¹ En “Alemania, los oficiales de Estado Mayor, que generalmente asistían a la Academia respectiva en el grado de teniente, cumplían luego, a lo largo de su carrera, la función de asesores del mando; aquí en cambio, tener dicha especialidad se convirtió

²²⁹ Revista Memorial del Ejército – Cuaderno I; 1906; p. 210.

²³⁰ Véase la Memoria de Guerra del año 1907, ob. cit., p. 4: “Los comandos de división, obrando con la independencia que los reglamentos les conceden, tienen ancho campo para ejercitar su propia iniciativa...., etc.”

²³¹ John R. Bawden; ob. cit.; p. 25.

en requisito para obtener el mando de una unidad táctica.”²³² A todo ello venía a sumarse el término de la crisis con Argentina y la firma del tratado de paz con Bolivia (1904).²³³ El viejo molde en que se veía al Ejército como una muleta de la que el Estado echaba mano solo en la medida que las circunstancias lo aconsejaran, era una práctica de la que el país todavía renqueaba. La queja del senador Enrique Mac-Iver al presidente acerca de un presupuesto que nunca acababa de ponerse al día sirve para tasar el estado de cosas en 1907: “¿Tenemos más de un ejército, tenemos más elementos de guerra, tenemos más fortificaciones, tenemos mayor seguridad de que habrá paz en el exterior? No, señor presidente. Lo que tenemos son mayores costos y nada más.”²³⁴ En otras palabras, el problema no era solo presupuestario.

A la luz de esta realidad se puede entender mejor lo que propone Enrique Brahm en *Preparados para la guerra*, cuando dice que “la adopción del modelo alemán por el ejército chileno se tradujo en un cambio de mentalidad de sus oficiales, el que puede sintetizarse en el concepto de profesionalización. Merced a la influencia alemana, y pese a lo que puedan señalar algunos críticos, el ejército dejó de ser una ruda e ignorante tropa de frontera, solo apta para la guerra contra los indios y mantenida algo al margen de la sociedad...”²³⁵ Es cierto que dejó de ser lo que era, ¿pero se transformó en lo que debía ser? No es la guerra o la inminencia de ella lo que justifica mantener un ejército. Es la ausencia del riesgo mismo lo que justifica su mantención. Mientras mejor preparado se encuentre, más disuasivo será, y por ende menor el riesgo de que el conflicto se desate. Esta es la dinámica de una fuerza permanente *en paz*. Los trabajos de Körner se habían movido en esa dirección, lo mismo que los de Díaz y su generación. Pero el paso no había sido ni constante, ni suave, ni creciente. Las costuras asomaban por todos lados. El ajuste de una maquinaria que había sido concebida a imagen de otra requeriría de más años y más dolores que todos los que pudieron soñar los “jóvenes turcos” de Körner en 1906.

²³² Pedro Charpin Rival; *Dos problemas de nuestra preparación militar*, en *El pensamiento de Estado Mayor en el tiempo. Documentos y Artículos*; Cuaderno de Difusión N.º 2; Santiago; Academia de Guerra; 1999; en Patricia Arancibia Clavel, ed.; ob. cit.; p. 258.

²³³ Cfr. Patricia Arancibia Clavel, ed.; ob. cit.; p. 258.

²³⁴ En Sater y Herwig; ob. cit.; p. 115.

²³⁵ Enrique Brahm; ob. cit.; p. 16.

“Las modificaciones del uniforme han sido nuestro ‘hobby’,” escribía Carlos Sáez en sus Recuerdos.²³⁶ Con toda seguridad se refería también a la organización del Ejército. La distancia entre el fenómeno observado y su realización es la que coloca a Sáez y a Díaz en campos contrarios. El primero tiene inclinación por la realidad de los pies en el suelo. El suelo —como a Anteo— le acomoda. A Díaz no, el suelo, antes que incomodarle, no parece interesarle mucho. Para Sáez, el mundo de la política contamina al Ejército (aunque él mismo haya sido una víctima de esa contaminación). Díaz en cambio no ve la contaminación, él ve la condición: el Ejército es una parte de la política, no como un apéndice, sino como un órgano vital. En una publicación de la Imprenta Nacional de Bogotá, que recoge sus conferencias sobre organización militar, decía: “Es una teoría antigua y arraigada en la mente de muchas personas la que de que el Ejército debe ser considerado solamente como un instrumento de la política,” es decir, un apéndice. “Esto fue sin duda el Ejército desde la Edad Media hasta la época de la Revolución Francesa; pero la nueva evolución del derecho público, iniciada en los comienzos del siglo XIX, se hizo extensiva también a la institución armada. Hoy día, la constitución política de un país descansa en el deber de defensa nacional... *En efecto, el Estado moderno se funda en la fuerza física de la Nación; y esta fuerza física está constituida por el Ejército.*”²³⁷

²³⁶ Carlos Sáez; ob. cit.; p. 33.

²³⁷ Francisco Javier Díaz; *Conferencias sobre organización militar*; Bogotá; Imprenta Nacional; 1909; p. 5. (La cursiva es mía.)

LA PRUSIANIZACIÓN EXTENDIDA: EL EJÉRCITO DESPUÉS DE 1906

LA SUMA DE LOS DÍAS: QUÉ ES LO QUE SE PIERDE CUANDO SE GANA.

El 19 de septiembre de 1910 —escribe Ferenc Fischer— Chile celebró el centenario de su independencia. El desfile militar fue el principal punto de atracción de las fiestas del centenario de dos semanas de duración. El general von Pfuel, representante del emperador Guillermo II, declaró con satisfacción que entre los desfiles de Santiago y el de Tempelhof cercano a Berlín no hay ninguna diferencia.²³⁸

Era cierto, sin lugar a dudas. La imitación del modelo alemán no había dejado de lado su aspecto más visible, que son las formas. Ellas han quedado asimiladas en el acervo genético del Ejército hasta el extremo que se las suele ver como la exteriorización del fondo. A la larga, es la forma lo que podemos exportar, no el fondo. El fondo tiene que ver, en este caso, con los pueblos, y sus instituciones. Con su modo de operar. Ya hemos dicho que la influencia política del ejército alemán iba más allá de su actuación, digamos, constitucional. Por lo tanto, su gravitación era mayor que la que podía haberles a otros ejércitos, aunque imitaran la exteriorización de aquel fondo, con todo su garbo y solemnidad.

No era el caso chileno. En el modelo alemán el ejército era la más noble institución de la nación, la que hacía posible la existencia de todos los demás. El Estado cae o se levanta con el Ejército, escribía Moltke.²³⁹ Esta es la razón de que los conflictos armados de los siglos XIX y XX lo hayan encontrado siempre a la altura de las circunstancias. Y no era éste el caso chileno. Desde las guerras de independencia, el Ejército debió hacerse desde un rescoldo que casi nunca tenía lo necesario para multiplicarse y crecer. La última crisis importante que debió

²³⁸ Ferenc Fisher; *La expansión (1885-1918) del modelo militar alemán y su pervivencia (1919-1933) en América Latina*; Varsovia; Revista Cesla, N.º 11; 2008; p. 139.

²³⁹ Daniel Hugues; *Moltke and the art of War*; Estados Unidos; Presidio Press; 1995; p. 35; en Roberto Arancibia C.; *La influencia del ejército chileno en América Latina*; s.l.; CESIM; 2002; p. 49.

sortear el Ejército, esta vez en pleno siglo XX, fue la de 1978 con Argentina, y no constituyó ninguna excepción.

Las sucesivas influencias sufridas por el ejército chileno fueron producto de los vaivenes históricos europeos. La primera influencia (y, sin lugar a dudas, la de más larga duración) fue la española. A esta le siguió la francesa como consecuencia de la llegada de oficiales del ejército napoleónico tras la derrota de Waterloo. Sin embargo, la influencia germana fue consecuencia de un proceso de búsqueda, un asunto, si se prefiere, deliberado.

Un plan deliberado que tenía por finalidad profesionalizar al Ejército, es decir, dejarlo y mantenerlo siempre en pie, sin tener que reinventarlo cada vez. Pero una y otra vez el impulso inicial fue decayendo, lo sólido se resquebrajó, y la dinámica se detuvo.

Aun así, hay algo que permaneció hasta cierto punto incólume pues, por decirlo de algún modo, estaba hecho de material inoxidable. Esta es la parte que se ganó, incluso después de haber perdido en casi todo lo demás.

Terminado el proceso independentista, el Ejército se componía de poco más de nueve mil hombres. Sesenta años más tarde, con tres movimientos revolucionarios importantes, y dos guerras exteriores, el Ejército contaba con poco más de dos mil hombres a su haber. Tras haberse levantado el estado de asamblea, por ejemplo, en 1866, luego de la segunda guerra con España (1864 – 1866), “se inició una nueva reducción en las fuerzas del ejército hasta los albores de la Guerra del Pacífico.”²⁴⁰ “Según el gobierno, [por] la disminución de la amenaza indígena y la crisis económica que vivía el país.”²⁴¹

Las cosas no iban a cambiar. Antes de la llegada de los alemanes, el general Indalicio Téllez, escribía que “Ninguna institución chilena se había mantenido tan estancada como el ejército. El que encontraron aquí los alemanes, fue el mismo ejército que libró las batallas de nuestra independencia. Parecerá un tanto exagerada esta declaración, pero es estrictamente verdadera. La única diferencia que entre ambos existía, era la del armamento. En casi un siglo, éste había progresado mucho y nuestro gobierno lo había adquirido en la necesaria cantidad.

²⁴⁰ Jean Pierre Blancpain; en Roberto Arancibia C.; ob. cit., p. 105.

²⁴¹ Instituto Geográfico Militar; *Breve reseña histórica del Ejército de Chile. Desde 1603 a 1910*; Santiago; IGM; 1988; en Roberto Arancibia C.; ob. cit., p. 103.

Lo menos que al ejército se le podía haber pedido, era que se hubiese interesado en conocer ese armamento, y que enseguida hubiera estudiado la manera de emplearlo. Nada de eso se hizo. El Ejército seguía durmiendo el sueño de la Independencia.”²⁴² En efecto, siempre que el Ejército despertaba era de noche.

Quizá si la mayor diferencia con todas las reformas precedentes fue que a esta ya no se le llamó influencia sino reforma. Ya hemos revisado en qué consistió y hasta hemos podido formarnos una idea de lo profunda que fue. Cambiaron, o se reformaron, los uniformes, las formas militares, los reglamentos, la organización, la formación profesional, los himnos, las marchas, el armamento. Una especie de entusiasmo se apoderó de las tropas. Había un espíritu nuevo en el Ejército, escribe el general Roberto Arancibia, y uno de los síntomas más destacados era la gran cantidad de publicaciones extranjeras que llegaban. “Es difícil determinar hasta qué punto se consultaban... pero el solo hecho de que se recibieran en tal cantidad y desde países tan diversos acreditaba una curiosidad intelectual” desconocida en años anteriores.²⁴³

En dos palabras, fue el cambio más acusado en términos de renovación que sufrió el Ejército en toda su historia.

Y, pese a la enorme variedad del cometido, quizá no haya habido un aspecto más crucial que aquel que afectó a la mentalidad militar.²⁴⁴ Un cambio tan radical como este equivalía a pasar de una época a otra, solo que estando plenamente conscientes. Nadie está muy al tanto de la época en que vive. En este caso, el proceso se hizo patente.

El factor más notable de este gran giro fue el paso que se dio para dejar definitivamente atrás los castigos corporales. Nos referimos a las penas de azotes y de palos, al uso del calabozo, y los grilletes, incluida la pena de muerte, tal como lo preveía la antigua Ordenanza

²⁴² Indalicio Téllez; *Recuerdos Militares*; Santiago; IGM; 1949; pp. 13-4; en Roberto Arancibia C.; ob. cit., p. 121.

²⁴³ Enrique Brahm; *Del soldado romántico...*; ob. cit.; p. 17; en Roberto Arancibia C.; *La influencia...*; ob. cit., p. 131.

²⁴⁴ Cfr. Enrique Brahm; *Preparados...*; ob. cit.; *passim*.

en su título LXXX.²⁴⁵ De esta clase de penas se pasó a las más sutiles del honor.²⁴⁶ Así, señala la *Historia del Ejército*,

el cambio concreto más notable se refiere al concepto del deber militar, que obliga a superiores y subalternos a una leal relación de servicio para con la Patria. Se inculcó que en los distintos planos jerárquicos, oficiales y soldados estaban comprometidos moralmente con la nación en un común deber nacional y ciudadano que, a cada cual, imponía obligaciones voluntariamente aceptadas. Al oficial, una conducta ética ejemplar y perfeccionamiento constante para ejercer, con real ascendiente, su función profesional de mandar; y al soldado, la aceptación consciente, razonada y voluntaria de subordinación y obediencia... Fue así como, por la influencia de los alemanes, se desterró del Ejército la práctica de los castigos corporales... De este modo, con la reforma de 1906, el concepto de disciplina en el Ejército quedó definitivamente basado en el honor.²⁴⁷

El honor militar reemplazó al castigo físico. Ahora la sanción tenía que ver ya no tanto con lo que alguien hubiese hecho sino con lo que alguien era, con su carácter, es decir, con su *ethos*. Y, como era de esperar, el cambio no iba a producirse instantáneamente.²⁴⁸ De hecho, habrían de pasar décadas hasta que las demandas del honor descendieran desde los oficiales, y pasando por los suboficiales y clases, alcanzara a los soldados.

Era en los oficiales donde, en principio, este modelo del honor encarnaba. Eran ellos los que debían proyectar en sus hombres, por transposición, el sentido del deber no como una reacción natural al castigo, sino como una inclinación natural, casi como la que tienen los cuerpos a caer de arriba abajo.

La paulatina extinción del castigo físico tenía que ver con la descentralización, tal como esta tiene que ver con la independencia que deben tener los comandos de las zonas más alejadas

²⁴⁵ Roberto Arancibia C.; ob. cit., p. 102.

²⁴⁶ “El 3 de agosto de 1808 fueron abolidos los castigos corporales en Alemania por faltas a la disciplina, instituyéndose un sistema de justicia militar que protegía al soldado individual del veredicto de comandantes locales. Los nuevos artículos se diseñaron para reducir la repugnancia a la vida militar que sentían aquellas clases llamadas al servicio militar [y] que habían sido eximidas en el pasado, pero que ahora deberían hacerlo... ya fuera en el ejército permanente o en la guardia nacional.” Tomado de G. Craig; ob. cit.; p. 48.

²⁴⁷ EMGE; T. VIII; ob. cit.; pp. 21-2.

²⁴⁸ Cfr. Sater y Herwig; ob. cit.; p. 104: “El reclutamiento debe haber generado tal rechazo a causa de la naturaleza bárbara de la vida militar. Los castigos eran salvajes, etc.” Asimismo, en Patricia Arancibia C.; ob. cit.; p. 205 n.

en relación con las centrales. Al cubrir los ejércitos extensiones tan vastas de territorio, fenómeno que se fue dando con la ampliación de los campos de batalla, especialmente después de las guerras napoleónicas, los mandos debieron delegar sus órdenes en subordinados que se hallaban alejados de su supervisión directa. En adelante habría que confiar en ellos. Y aunque no fuera así exactamente, en cierto modo, y con el honor de por medio, los oficiales empezaron a mandarse solos.

El honor es eso. Se hace lo correcto aun cuando no haya nadie mirando.

En parte de una obra inédita, Francisco Balart revisa el mismo tema, esta vez para extenderlo hasta las fronteras en que se tocan la obediencia y el servilismo: “El alma del oficio de las armas, el ejercicio del mando estaba destinado por entonces a instruir un contingente formado por hombres de modesta extracción social, y a prepararse para conducir profesionalmente unidades al combate, materializando la defensa de un territorio cuya falta de profundidad estratégica y dificultades geográficas son evidentes. De ahí las virtudes y defectos del cuerpo de oficiales: sentido de la jerarquía, disciplina, sobriedad, conocimiento de la realidad social y apoliticismo, en el sentido partidista de la expresión. Innecesario es decir que todas estas características son rasgos positivos que cambian de signo cuando se degradan. Así, entre la obediencia y el servilismo hay una frontera moral cuyos límites pueden tornarse imprecisos por un exagerado apego a la disciplina. Los oficiales de rango inferior, en los años 20 del pasado siglo, se enfrentaron precisamente a un dilema de esta naturaleza.”²⁴⁹

Las virtudes, así como los vicios, suelen verse como compartimentos separados, aunque todo parece indicar que hay continuidad entre ellos. En una sola médula se mueven la virtud y el vicio, incluso el temor, y hasta el respeto reverencial por una autoridad que no es sino un igual que nació antes. Lo que se ganaba de un lado podía perderse del otro. El honor y su pérdida son hasta más vistosos y elegantes que los latigazos. Estéticamente son más digeribles. Pero es inevitable que, así como en el relato del jardín del Edén, circule por debajo la serpiente.

²⁴⁹ Francisco Balart; *El ejército de los chilenos* (1920 – 1965); obra inédita, apuntes del autor.

EL FINAL ESTABA ESCRITO: LA PRUSIANIZACIÓN REVISITADA

La movilización del año 1920 dio un espaldarazo a los críticos de la reforma. La organización que se diera al Ejército en 1906 iba a pasar su prueba de fuego. Diversos movimientos de tropas en Perú, además de un golpe de Estado en Bolivia, encendieron las alarmas en Chile. La crisis, también conocida como guerra de don Ladislao, por el entonces ministro de la Guerra, Ladislao Errázuriz, determinó la movilización de tropas al norte, lo que implicó el traslado de diez mil efectivos hasta Tacna, y de otros dos mil que permanecieron en Antofagasta.²⁵⁰

“El año 1920 pudimos palpar las consecuencias del paso dado en 1906,” escribe Carlos Sáez en sus memorias. “Un simulacro de movilización puso en evidencia uno de los errores cometidos. En los momentos mismos en que se creyó probable un conflicto bélico, pudimos ver que existía un verdadero divorcio en los altos comandos. El Inspector General del Ejército declaraba... que los planes del Estado Mayor solo servían para alimentar con ellos una hoguera... En Alemania, la preparación y dirección de la guerra debía ser la obra del Gran Estado Mayor. Nosotros habíamos pasado, sí, por alto un pequeño detalle, a saber, que el jefe del Gran Estado Mayor Alemán estaba llamado a ser, en caso de guerra, el verdadero comandante en jefe de los ejércitos movilizados.”²⁵¹ A la larga, todos los modelos fracasan.

Hacer coincidir el trazado de los planos con las dimensiones reales del ingenio de que se trate (un motor, una turbina, un puente), es una tarea que se aborda desde dos direcciones, esto es, desde la mesa de dibujo y desde el terreno, simultáneamente. Aquí estriba la razón de que Sáez insista en que la experiencia sea, por lo general, “la obra lenta de los años.”²⁵² “La movilización aquella,” prosigue, “nos hizo comprender que, por mucho tiempo habíamos vivido de ilusiones. Durante catorce años habíamos estado trabajando en preparar esta operación... Los hechos nos demostraron que, si habíamos respetado los principios, nos habíamos desentendido, en cambio, de la realidad.”²⁵³ Todo confabuló para que el papel velara las vueltas y giros del mundo real.

²⁵⁰ EMGE; T. VIII; ob. cit.; p. 220 y ss.

²⁵¹ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 31.

²⁵² Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 31.

²⁵³ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 32.

El Estado Mayor General, encargado de la planificación y coordinación, carecía de un lazo que lo uniera con la fuerza que debía poner en ejecución lo planificado, puesto que las divisiones eran independientes. Körner, como inspector general, era un mero observador, si bien inquisitivo, carente por completo de la posibilidad de inmiscuirse en el empleo de las fuerzas. ¿De quién dependían en último término las divisiones? Del ministro de la guerra.²⁵⁴ Y el ministro de la Guerra era solo eso, no un conductor militar.

En definitiva, como escribiera Gonzalo Vial, el resultado fue caótico. Y añade, en un giro de hilaridad, que “un general que tenía a su cargo la Primera División hacía este recuerdo ‘bélico:’ le enviaron unos carros sin ruedas, reclamó y —subsano el reclamo— le mandaron una partida de madera...”²⁵⁵

La opinión pública quiso saber cómo la disciplina de hierro germana del general Körner había fallado. Sin embargo, no fue la disciplina de hierro germana lo que falló, sino la falta de potencial humano y las carencias de equipo los que condenaron a su Ejército.²⁵⁶

El Ejército no solo había caído en la trampa de una pretensión vana, la de creer que querer es poder. Si bien la desconexión de la realidad había jugado —como suele hacer— una mala pasada a los diseñadores del modelo de las cuatro divisiones, el gobierno, por otra parte, no entregaba los recursos necesarios al Ejército para emprender ninguna de las mejoras que la modernización demandaba.

Ya lo hemos señalado, siempre que lo despertaban, el Ejército encontraba la noche. No hay una sola crisis, particularmente en el siglo XX, que no haya sorprendido al Ejército adoleciendo de graves déficits en todo orden de cosas.

En la era del cambio que hacía de una sociedad de tipo militarista a otra de tipo industrial,²⁵⁷ el Ejército se militarizaba él solo. Mientras se probaba sus uniformes nuevos, el país parecía mirar en otra dirección. No era de extrañar que nada hubiese funcionado en la

²⁵⁴ Cfr. Roberto Arancibia C.; ob. cit.; p. 137.

²⁵⁵ Gonzalo Vial; ob. cit.; p. 798.

²⁵⁶ Sater y Herwig; ob. cit.; p. 102.

²⁵⁷ Herbert Spencer, en Mario Góngora, ob. cit., p. 140. El texto original puede hallarse en *Principles of Sociology*; cita íntegra en <http://oll.libertyfund.org/quote/57>; citado por Mario Góngora en ob. cit.; p. 140.

movilización de 1920. Y aunque parte de la responsabilidad recaía en los mandos, parte también recaía en los encargados de dar sustento institucional a esa responsabilidad.

La vieja muleta, esa de la que se echaba mano cada vez que se requería, volvía a aparecer entre el inventario del gobierno. El Ejército de la vocación científica, de la guerra regulada por leyes, de la guerra como la más difícil de las ciencias,²⁵⁸ se contaba historias a sí mismo. La de 1906 no fue la menos disparatada. Tampoco sería la última.

²⁵⁸ Enrique Brahm; *Preparados...*; p. 33.

CONCLUSIONES

La reforma militar de 1906 representó uno de los cambios de mayor importancia en la organización del Ejército de Chile. Ya el paso previo que había designado zonas militares para el despliegue militar a lo largo del país, separando la dependencia de la fuerza militar de la autoridad civil, y sometiéndola a la autoridad única del Estado Mayor General, había sido importante. Este segundo paso, en el despertar del siglo XX, terminó de dar forma a un ejército que ya completaba veinte años de reformas y transformaciones.²⁵⁹

La idea, en su conjunto, era la de hacer más operativo al Ejército, ya no pensando en el lugar en que las unidades se acantonaban (zonas) sino en su empleo para la guerra (divisiones). Para ello había que considerar que, a diferencia de todo lo sucedido con anterioridad, esta vez se podía contar con reservas entrenadas, es decir, con un capital del que antiguamente se carecía.

Si bien en lo cualitativo la idea resultaba plausible, en lo cuantitativo las cosas se complicaban. En dos palabras, no había material para rellenar la nueva estructura. No solo material humano, sino que también —y muy especialmente— el material físico, y que iba desde los cuarteles mismos hasta el armamento, la mantención de este, la munición, y todo el soporte administrativo y logístico necesario.

Todo parece indicar que la reforma fue más aprisa que la posibilidad de concretarla. En efecto, la posibilidad del crecimiento orgánico supone una dosis importante de armonía entre ese crecimiento y el material que lo informa. En definitiva, se buscó avanzar en el tiempo adelantando el reloj. Por tanto, las unidades, antes que completos orgánicos, acabaron siendo verdaderos listados de carencias.

Un hecho que cabe hacer notar es que, pese a todo, la oficialidad parecía acomodarse a como diera lugar a los nuevos tiempos. Una revisión de los artículos publicados en la revista *Memorial del Ejército* en los primeros años tras la reforma, y hasta cincuenta años más tarde, da cuenta de que el pensamiento militar erraba por otras latitudes. Al parecer, la reforma había sido mucho más efectiva en la mentalidad de la oficialidad más joven, que en la de la cúpula. Ellos, en efecto, escribían acerca de todo lo que ocurría cerca del piso, en el terreno mismo, teniendo a la vista el material (el que tenían y el que deberían tener), y todas sus formas y posibilidades de empleo.

La oficialidad joven del Ejército era el rostro de la reforma. Eran mucho más profesionales que lo que su patrón (el Estado) estaba dispuesto a reconocer. No había elementos para la instrucción —escribe Gonzalo Vial—; el vestuario y el calzado no eran proporcionados con oportunidad; se atrasaban los sueldos; el rancho era malo; los regimientos no pagaban sus cuentas; los cuarteles ocupaban edificios viejos, demasiado pequeños, con deterioros irreparables por la escasez de dinero... Las unidades solían pedir préstamos

²⁵⁹ La idea no era completamente original, pues Körner ya la había intentado siete años antes. En Roberto Arancibia C.; ob. cit.; p. 137.

bancarios para paliar el atraso con que se les remesaban aun los recursos presupuestados.²⁶⁰ Un personaje de la novela *Casa Grande*, Ángel Heredia, descartaba la profesión militar de plano: “El ejército era tan miserablemente remunerado.”²⁶¹

La lectura de la revista *Memorial* daba cuenta de una realidad paralela. De tanto en tanto se dejaba caer alguna queja pidiendo reformas urgentes, las más de las veces referidas a las leyes de ascensos, de montepío, y de reclutas y reemplazos. La tan denostada movilización del año 1920, que más que ilustrar sobre la capacidad militar reveló sus fallas,²⁶² dio lugar, pese a todo, a singulares demostraciones de entusiasmo y encendido patriotismo.²⁶³

Qué duda cabe de que había más de un Ejército. Estaba aquel de las realidades diarias, y aquel otro con el que soñaban las cúpulas o los jóvenes turcos insuflados de prusianismo finisecular. Esta escisión se agravaría con los años hasta hacer crisis por primera vez en 1924. El modelo de Ejército iba a crecer más allá de sus propios límites hasta abarcar a la sociedad toda. Si era posible construir un modelo para el Ejército —habrán pensado los protagonistas de la crisis de aquel año—, entonces también la sociedad debía tener un molde.

La reforma de 1906 había puesto a la cabeza del Ejército a una autoridad política, a saber, el Ministro de la Guerra. Si a ello se sumaba una institucionalidad que, al decir de Gonzalo Vial, se prestaba para que la política interfiriera con el Ejército (no al revés), el caldo estaba preparado para que una especie nueva asomara la cabeza. La reforma, que había procedido en aras de una estructura operativa fulminante, había ido a dar a la arena equivocada. A diferencia del enemigo militar, de una fuerza militar oponente clara y reconocible, el Ejército iba a enfrentar ahora al más difícil de todos los adversarios. Nos referimos al ideológico.

Pero todo esto ya escapa de los horizontes que nos fijamos al comienzo del trabajo. La guerra para la que el Ejército se transformó nunca tuvo lugar. Las zonas militares, paulatinamente, fueron pasando la cuenta a los jóvenes turcos de 1906, de modo que las divisiones empezaron a quedarse solo con el nombre de tales, primando el vasallaje administrativo hacia la autoridad central que, en la figura del comandante en jefe, a partir de la década de 1930, iba a encontrar su largamente postergado final.

Los sueños del joven capitán Díaz Valderrama, quizá el más encendido de los hijos de la reforma, iban a retornar una y otra vez a lo largo del siglo XX, adoptando las formas más curiosas que quepa imaginar: regimientos reforzados, destacamentos, brigadas, nuevas divisiones, cuerpos de ejército. Más de cien años después, las actuales divisiones mantienen vivo el pulso de las otrora zonas militares, mientras que por su parte las brigadas empiezan a recuperar el sitio que él les quiso dar.

Queda por saber si esta vez el Ejército sabrá mirar su propio modelo de fuerza militar, o si acostumbrado a transitar el camino señalado por otros va a repetir —aunque sea a otra escala— los errores del pasado.

²⁶⁰ Gonzalo Vial; ob. cit.; p. 797.

²⁶¹ Gonzalo Vial; ob. cit.; p. 801.

²⁶² Sater y Herwig; ob. cit.; p. 101.

²⁶³ EMGE; T. VIII; pp. 223-4.

EPÍLOGO

Francisco Javier Díaz Valderrama ha debido cargar con el título de “el más germanófilo de los oficiales chilenos.”²⁶⁴ Pero la historia no se ha detenido ahí. Una búsqueda por Internet revela que se lo sindicó, además, como pionero del nacionalsocialismo hitleriano.²⁶⁵ Ambas cosas son ciertas, hay que decirlo, pero con matices. El nacionalsocialismo se dio en una época en que los viejos órdenes dinásticos se descomponían para dar paso a otros nuevos que venían a ocupar su lugar, y como reacción también a los socialismos internacionalistas que renegaban de conceptos como los de nacionalidad y patria. Entra en escena el Estado, y junto con él, la idea de que la nacionalidad importa más que la casa reinante y todos sus monarcas juntos. El historiador húngaro John Lukacs llega a sostener que hoy por hoy todos somos nacionalsocialistas. “Por supuesto,” escribe, “las proporciones del compuesto nacionalismo – socialismo cambian de país a país; pero el compuesto está ahí... Lo que murió en 1945, junto con Hitler, fue el nacionalsocialismo germano... En todos los demás lugares nacionalismo y socialismo se abrazaron, reconciliaron y organizaron, sin odio, sin violencia, y sin guerra.”²⁶⁶

Octavio Paz, por su parte, en *El ogro filantrópico*, reconoce que “Los liberales creían que, gracias al desarrollo de la libre empresa, florecería la sociedad civil y, simultáneamente, la función del Estado se reduciría a la de simple supervisor de la evolución espontánea de la humanidad. Los marxistas, con mayor optimismo, pensaban que el siglo de la aparición del socialismo sería también el de la desaparición del Estado.” Sin embargo, todo fueron “Esperanzas y profecías evaporadas: el Estado del siglo XX se ha revelado como una fuerza más poderosa que los antiguos imperios y como un amo más terrible que los viejos tiranos y déspotas. Un amo sin rostro, desalmado y que no obra como un demonio sino como una máquina.”²⁶⁷

Díaz Valderrama no solo era un hombre de estado, era eso y algo más. En *A propósito de nuestra política militar*, escribe, en la misma portada del libro: “CHILENO: piensa en la defensa de tu patria, porque de lo contrario, alguna vez tendrás que arrepentirte de no haberlo hecho.”²⁶⁸ Era un patriota en activo. El mismo Mussolini, se había separado del partido socialista italiano por la oposición de este último a intervenir en la Gran Guerra. También era un patriota en activo. Solo que su propio movimiento va a engendrar un corpus de ideas cuya constante va a ser la pluralidad. Por lo mismo, si con los fascismos se hubiese tratado de cestas, nunca se hubiesen encontrado dos iguales. Los numerosos grupos que para 1925 en distintos países se denominaban fascistas, “no eran más homogéneos que su similar italiano [y] algunos

²⁶⁴ Entre otros, en Enrique Brahm; *Preparados para la guerra*; ob. cit.; p. 76.

²⁶⁵ Puede verse en el sitio web de “Vanguardia-Nacional;” <https://goo.gl/Z9hYF7>; acceso: 21/12/2018.

²⁶⁶ John Lukacs; *The duel: The Eighty-Day Struggle Between Churchill and Hitler*; New Haven; Yale University Press; p. 223; en Kevin D. Williamson; *The Politically Incorrect Guide to Socialism*; New York; Regnery Publishing Inc.; 2011; p. 157.

²⁶⁷ Octavio Paz; *El ogro filantrópico*; Barcelona; Seix Barral; 1979; p. 85; en Francisco Balart; *El ejército de los chilenos (1920 – 1965)*; ob. cit.; apuntes del autor.

²⁶⁸ Francisco Javier Díaz V.; *A propósito...*; ob. cit.; portada.

movimientos que a nuestros ojos serían Fascistas rechazaban esa etiqueta. El ascenso del nazismo en Alemania complicó aún más las cosas, etc.”²⁶⁹

El problema de las etiquetas políticas no es tanto lo que suelen dejar fuera como lo que suelen meter —más o menos a la fuerza— adentro de la definición. Si bien Díaz Valderrama podía abrazar la causa del nacionalismo (de la cesta que fuere), no parecía abrazar con la misma fuerza la del socialismo. En un artículo del año 2005, el general Andrés Avendaño señalaba que si bien Díaz participó en la fundación del movimiento nacional socialista chileno, y de la Acción Nacionalista de Chile, en virtud de esta última se declaraba respetuoso del “juego político parlamentario, [y que] su fin era la reconstrucción de la nacionalidad quebrantada por los antagonismos; por lo mismo se entendía como anticapitalista y antisocialista.”²⁷⁰ Por si esto fuera poco, en 1932 funda el Movimiento Nacional Socialista, al que definió como “nacionalista, antiliberal, antiparlamentario, y antimarxista.”²⁷¹

Pero a un hombre no lo agotan las etiquetas, son estas las que se agotan al momento de definir a un hombre. El historiador Virgilio Figueroa anota en su biografía de Díaz que desde las posiciones más altas “le [correspondió] impulsar y modernizar la instrucción general del Ejército..., dirigir cursos de perfeccionamiento del alto comando del Ejército, juegos de guerra y viajes de estudios..., del servicio de material de guerra, del servicio de intendencia, y del de sanidad; estudiar los asuntos vitales que el supremo gobierno le [había] confiado y hacer innumerables proposiciones al gobierno que tienden a la mejor organización... del delicado organismo a su cargo.”²⁷² Y todo esto también es cierto. Como lo es que son muchas “las generaciones de oficiales de la Escuela Militar, de la Academia de Guerra, de la de Ingenieros Militares y de subordinados en las unidades de tropas, que recuerdan y practican las enseñanzas que recibieron del profesor versadísimo y sabio director de sus estudios.”²⁷³

También es cierto que sus propias convicciones chocaron también con la realidad a la hora de evaluar los problemas que en la organización de la estructura del Ejército había ido encontrando. “A la luz de las normas que dejo consignadas,” escribe, “nuestra actual organización, aun sin tomar en cuenta la situación que ha creado el restablecimiento de la 4.a División, no está en buenas condiciones porque no tenemos sino dos divisiones más o menos completas en cuanto a unidades: la 1.a y la 2.a que cuenta cada una con tres regimientos de infantería, un regimiento de artillería y un batallón de zapadores; pero la primera carece de batallón de comunicaciones y de batallón de tren, y en cambio le sobra un regimiento de artillería, etc.” “En resumen,” agrega, “después de haber tenido un ejército más o menos bien distribuido, ahora estamos en una situación de inferioridad manifiesta con respecto a otros

²⁶⁹ Kevin Passmore; *Fascism. A very short introduction*; Oxford; Oxford University Press; 2014; pp. 3-4.

²⁷⁰ Andrés Avendaño R.; *General de División Francisco Javier Díaz Valderrama, su obra y su tiempo*; en revista Memorial del Ejército; ob. cit.; p. 125.

²⁷¹ Andrés Avendaño R.; ob. cit.; p. 126.

²⁷² Virgilio Figueroa; *Diccionario histórico y biográfico de Chile*. T.II; Santiago de Chile; Establecimientos gráficos Balcels & Co.; 1928; p. 577.

²⁷³ Virgilio Figueroa; *Diccionario...*; ob. cit.; p. 577.

ejércitos, y como ya lo he repetido, mucho trabajo nos costará volver a tener lo que anteriormente existía.”²⁷⁴

Sabía lo que quería.

Pero si algo no se le dio bien a Díaz Valderrama fue pensar en sus modelos como entidades provisionales y, antes que todo, como entelequias. No lo sabemos, quizá sí lo hizo. Después de todo, tal vez estaba en lo cierto, el Ejército debía organizarse a base de divisiones, estas a base de brigadas, y estas últimas a base de regimientos, siguiendo el todo un orden que fuese reflejando siempre lo más grande en lo más pequeño: “Sobre la base de las divisiones de infantería y de caballería se constituyen cuerpos de ejército, también de infantería y de caballería; ejércitos y grupos de ejércitos, según las fuerzas que una nación puede alistar para la guerra.”²⁷⁵

El caso, repetimos, es que, a la larga, todos los modelos fracasan. No era posible probar, como hicieran los hermanos Wright, cientos de modelos de aeroplanos hasta dar con el que se sostuviera mejor en el aire. La realidad no permite hacer experimentos con ella, y este caso que hemos estudiado aquí, la parte mínima que hemos estudiado aquí, la del año 1906, es una muestra de ello.

Para Díaz, la estructura debía guiar al contenido, y no había tiempo que perder en preguntas o dudas que alargaran innecesariamente la cuestión. Citando a Le Bon, Sáez, bastante más cáustico que Díaz, decía que “En religión y en política, el triunfo es siempre de los creyentes, jamás de los escépticos.”²⁷⁶ Si de verdad iban a servir de ayuda la duda, la espera paciente, el cálculo razonado y sesudo, no eran estos el lugar ni el momento para probarlo.

Digámoslo de otro modo: para Díaz Valderrama, el Ejército no podía resignarse a esperar. Para Sáez, en cambio, la acción no era la alternativa. Lo era, en cambio, la experiencia. En otras palabras, la espera.

Si en algo ambos coincidían, era en que el Ejército era algo demasiado importante como para dejárselo a los políticos. Cuatro años después de aquella calaverada de los diez mil a Tacna, en 1924, lo hicieron sentir.

²⁷⁴ Francisco Javier Díaz; *A propósito...*; pp. 20-1.

²⁷⁵ Francisco Javier Díaz; *A propósito...*; p. 19.

²⁷⁶ Carlos Sáez M.; ob. cit.; p. 53.

BIBLIOGRAFÍAS

FUENTES PRIMARIAS

1. Listas de Revista de Comisario – I División Militar, años 1906, 1907, 1908, 1909, 1910.
2. Memoria del Ministerio de Guerra; 1906, 1907, 1909, 1910, 1911, 1912.
3. *Revistas*
4. Boletín de la Academia de Historia Militar; Santiago; AHM; 1996, 2014.
5. Cuadernos de difusión; Academia de Guerra del Ejército; Santiago; ACAGUE; N.º 2; 1999.
6. Cuadernos de Historia Militar; Santiago; EMGE; DECHEE; 2009; 2016.
7. Jornadas de Historia Militar; II, III, IV, IX y X; Santiago; 2005 – 2016.
8. Memorial del Ejército de Chile; Santiago; EMGE; 1906, 1907, 1908, 1909, 1910, 1911, 1912, 1913, 1916, 1926, 1936, 1946, 1956, 2005.
9. Revista Cesla; Varsovia; N.º 11; 2008.
10. Revista de Historia, Vol. 25; Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile; 1990.

FUENTES SECUNDARIAS

1. Antología del cuento chileno; Santiago de Chile; Editorial Universitaria S.A.; 1963.
2. Patricia Arancibia Clavel, ed.; *El Ejército de los Chilenos. 1540 – 1920*; Santiago de Chile; Editorial Biblioteca Americana; 2007.
3. Roberto Arancibia C.; *La influencia del ejército chileno en América Latina*; s.l.; CESIM; 2002.
4. Enrique Brahm; *El impacto de la Primera Guerra Mundial en Chile*; en Jornada de Historia Militar IX y X; s.l.; Departamento de Historia Militar; 2016.
5. Enrique Brahm; *Preparados para la guerra*; Santiago; Ediciones Universidad Católica de Chile; 2003.

6. Bernardino Bravo Lira; *Una Historia jamás contada. Chile 1811 – 2011*; Santiago; Origo Ediciones; 2017.
7. Francisco Balart; *El ejército de los chilenos (1920 – 1965)*; obra inédita; 2017.
8. John R. Bawden; *The Pinochet Generation*; University of Alabama Press; 2016.
9. William J. Bernstein; *The birth of plenty. How the prosperity of the modern world was created*; New York; McGraw-Hill; 2004.
10. Gordon A. Craig; *The politics of the Prussian army. 1640 – 1945*; New York; Oxford University Press; 1964.
11. Simon Collier, William Sater; *Historia de Chile. 1808-1994*; Cambridge; Cambridge University Press; 1998.
12. Francisco Javier Díaz V.; *A propósito de nuestra política militar*; Santiago de Chile; Imprenta Jeneral Díaz; 1938.
13. Francisco Javier Díaz; *Conferencias sobre organización militar*; Bogotá; Imprenta Nacional; 1909.
14. José Díaz, Rolf Lüders, Gert Wagner; *La República en cifras. Chile 1810 – 2010. Historical Statistics*; Santiago de Chile; Ediciones U.C.; 2016.
15. Francisco A. Encina; *Historia de Chile – T. 20*; Santiago; Editorial Nascimento; 1952.
16. Francisco A. Encina; *Nuestra inferioridad económica*; Santiago; Editorial Universitaria; 1981.
17. Ejército de Chile; *Recopilación de leyes, DL., DFL., Reglamentos y Decretos del Ejército*; Santiago; Imprenta Salesianos; 1982.
18. ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO (EMGE); *Historia del Ejército de Chile*, T. VII y VIII; EMGE; Santiago; 1982.
19. Virgilio Figueroa; *Diccionario histórico y biográfico de Chile*. T.II; Santiago de Chile; Establecimientos gráficos Balcells & Co.; 1928.
20. José Luis Giordano, de la Universidad de Talca, titulada *La Predicción del terremoto de 1906. ¿Ciencia o fantasía? Una aproximación a la historia perdida bajo la leyenda del Capitán Middleton*; Editorial Académica Española; 2013.
21. Mario Góngora; *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*; Santiago, Editorial Universitaria; 2013.

22. Walter Görlitz; *El Estado Mayor Alemán. Su historia y semblanza* – Tomo I; Buenos Aires; Círculo Militar – Biblioteca del Oficial; 1952.
23. Paul Kennedy; *The rise and fall of the great Powers*; New York; Vintage Books; 1989.
24. G. J. Meyer; *A world undone. The story of the Great War. 1914 to 1918*; New York; Bantam Dell; 2006.
25. Niccolò Machiavelli; *Art of War*; Translated, Edited, and with a Commentary by Christopher Lynch; Chicago; The University of Chicago Press; 2003.
26. René Millar C.; *El Ejército en la década de 1920*; en Centro de Estudios e Investigaciones Militares; II Jornada de Historia Militar; Santiago; CESIM; 2005.
27. Edison Otero; *Citas de filosofía, ciencia y pensamiento crítico*; Santiago; Universidad del Desarrollo; 2018.
28. Kevin Passmore; *Fascism. A very short introduction*; Oxford; Oxford University Press; 2014.
29. PS. Pabón, L. de Sosa, J. L. Comellas; *Historia contemporánea general*; Barcelona; Editorial Labor S.A.; 1970.
30. Steven Pinker; *Enlightenment Now*; Viking; New York; 2018
31. John Röhl; *Kaiser Wilhelm II: A concise life*; United Kingdom; Cambridge University Press; 2014.
32. Alejandro San Francisco; *La guerra civil de 1891. Chile. Un país, dos ejércitos, miles de muertos*; Santiago. T. II; Centro de Estudios Bicentenario; 2008.
33. Carlos Sáez M.; *Recuerdos de un soldado. El Ejército y la política*; Santiago de Chile; Editorial Ercilla; 1934.
34. Osvaldo Silva Galdames; *Breve historia de Chile*; México, D.F.; Fondo de Cultura Económica; 1995.
35. William Sater, Holger H. Herwig; *The grand illusion. The Prussianization of the Chilean Army*; Lincoln and London; University of Nebraska Press.
36. Gonzalo Vial; *Historia de Chile (1891-1973) La sociedad chilena en el cambio de siglo (1891 – 1920)*; Santiago; Editorial Santillana del Pacífico S. A. de Ediciones; 1983 y 1984.
37. Gonzalo Vial; *Historia de Chile (1891-1973) Triunfo y decadencia de la oligarquía (1891 – 1920)*; Santiago; Editorial Santillana del Pacífico S. A. de Ediciones; 1983.

38. VV.AA.; *La instrucción alemana en Chile. Recuerdos de cuarenta años*; Santiago de Chile; s.p.i.; 1926.
39. Kevin D. Williamson; *The Politically Incorrect Guide to Socialism*; New York; Regnery Publishing Inc.; 2011.

INTERNET

1. André A. Hofman; *Chile's Economic Performance in the 20th Century, a comparative perspective*; Estudios de Economía, 20 (3); 2016; pp. 107 – 40; <https://goo.gl/dSVWMh>; acceso: 5/10/2018.
2. Ejército de Chile; comandantes en jefe: <https://goo.gl/wMHe3D>; acceso: 13/6/2018.
3. Larry E. Greiner; *Evolution and Revolution as Organizations Grow*; en Harvard Business Review; May-June 1998; disponible en <https://hbr.org/1998/05/evolution-and-revolution-as-organizations-grow>; acceso: 17/12/2018.
4. Manepedia; Valparaíso, 1906, *El terremoto que la Armada predijo*; en <https://goo.gl/Us5xds>; acceso: 13/3/2018
5. Memoria Chilena; <http://www.memoriachilena.cl/>.
6. Revista de Marina N.º 894 (septiembre – octubre de 2006); <https://goo.gl/PqbGoG>; acceso 13/3/2018.
7. Cristián Garay Vera, Fernando García Molina; *Germanización y Fuerzas Armadas. Chile y Argentina bajo el embrujo prusiano 1885-1914*; pp. 144-5. Disponible en Notas históricas y geográficas; <https://goo.gl/oYmpbT>; acceso: 18/4/2018.
8. Online Library of Liberty; *Principles of Sociology*; cita íntegra en <http://oll.libertyfund.org/quote/57>; acceso: 22/7/2018.
9. Our World in Data; <https://ourworldindata.org/world-population-growth>; acceso: 24/4/2018.
10. Santiago Cultura; *17 de agosto: El día después del terremoto de 1906*; en <https://goo.gl/k8bQab>; acceso: 13/3/2018.
11. The History Place; en Internet, <https://goo.gl/q4D5bY>; acceso: 17/11/2017.
12. The musical offering; Wikipedia, <https://goo.gl/2QJ4BX>, acceso: 5/6/2018.



FRANCISCO DE ZURBARÁN. *Hércules luchando con Anteo*.²⁷⁷

²⁷⁷ Francisco de Zurbarán; Galería online, Museo del Prado., Public Domain, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=45236783>.